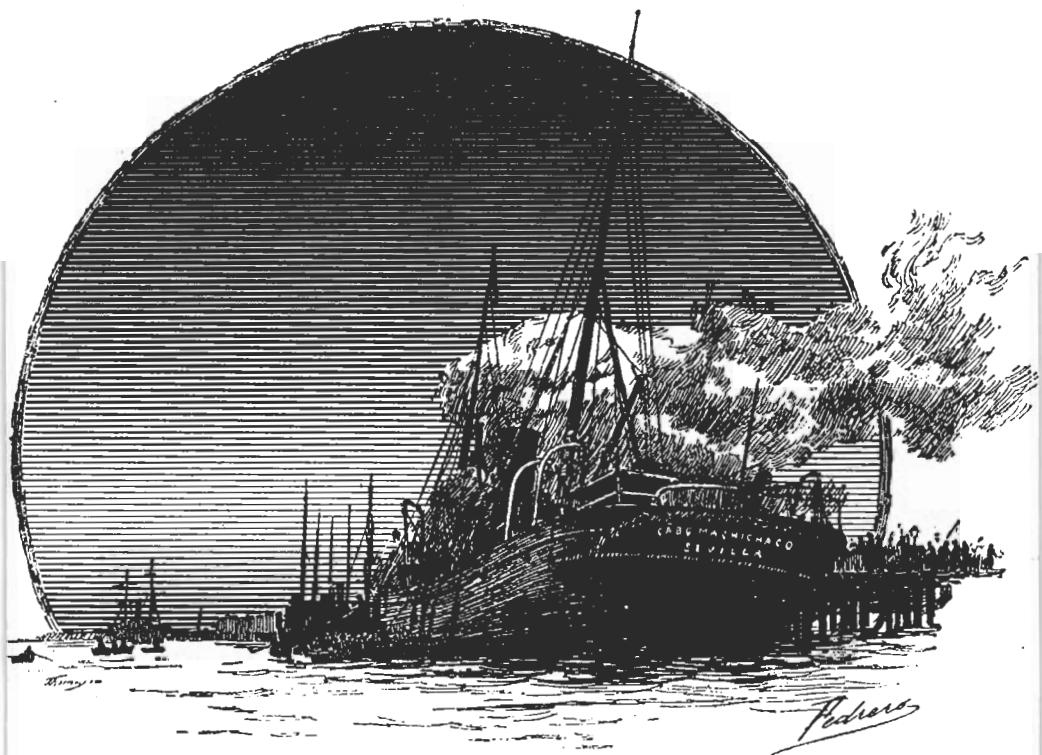


José María de Pereda

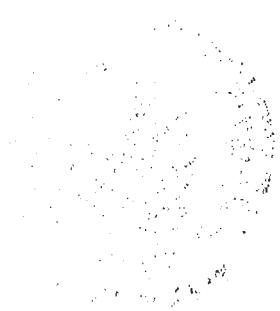
PACHIN GONZALEZ



Edición, estudios literario e histórico
a cargo de:

José Manuel González Herrán
Benito Madariaga de la Campa

PACHIN GONZALEZ



José María de Pereda

PACHIN GONZALEZ

Edición, estudios literario e histórico por
José Manuel González Herrán y
Benito Madariaga de la Campa.



Ediciones del Excmo. Ayuntamiento de Santander

1985



Colección Puertochico.

Núm. 1 *Santander y la Universidad Internacional de Verano.*
Benito Madariaga.

Núm. 2 *Pachín González.*
José María de Pereda.

Fuente de las ilustraciones:

La Ilustración Española y Americana, Noticia circunstancial de la explosión del vapor "Cabo Machichaco" y La medicina en Cantabria
del Dr. Francisco Vázquez.

Los encargados de la edición agradecen la colaboración prestada por el director del Archivo Fotográfico del Excmo. Ayuntamiento de Santander.

Edita: Excmo Ayuntamiento de Santander.

ISBN: 84-505-0953-X

Depósito Legal: SA 7 - 1985

Imprime: América Grafiprint. Daoíz y Velarde, 30.

Composición maquetación y portada: ESTUDIO 33

NUESTRA EDICION

Reproducimos aquí el texto de la edición del tomo XVII de las *Obras Completas de José María de Pereda* (Madrid, Est. Tip. Viuda e Hijos de Tello, 1906), aparecida poco antes de la muerte del autor y muy posiblemente revisada por él o con su aprobación. Para resolver algunos problemas de lectura hemos confrontado aquel texto con el de la primera edición (1896, en la misma casa editorial) y consultado el de las *Obras Completas* de Editorial Aguilar, vol. II (8^a. ed., Madrid, 1965). Dado el carácter de nuestra edición, no señalamos las mínimas y poco significativas variantes.

Respetamos, en general, la sintaxis y puntuación del texto, no siempre correctas, aunque sistematizamos los signos de exclamación e interrogación, que el autor emplea de modo excesivamente libre para lo que hoy es usual. Respetamos también, como hacen todos los editores de Pereda, los tan característicos loísmos, laísmos y leísmos en que —a fuer de cántabro— el escritor de Polanco incurre habitualmente. En cambio, corregimos la ortografía y acentuación, de acuerdo con las normas académicas vigentes. También, las escasas erratas evidentes en la edición de 1906, teniendo en cuenta el texto de las otras ediciones consultadas; pero rechazamos casi siempre las correcc-

ciones que hace Aguilar, a nuestro juicio, injustificadamente (vgr., sustituye *contundidos* y *declamaciones* por *confundidos* y *declaraciones*).

En las notas hemos procurado aclarar algunos términos poco usuales o dialectales, atendiendo al sentido que tales términos tienen en otros textos del autor; asimismo, y como complemento de lo expuesto en las páginas introductorias, explicamos algunas alusiones a lugares, personajes o sucesos y comentamos los aspectos más relevantes desde el punto de vista del arte literario.

B. M. y J. M. G. H.

INTRODUCCION HISTORICA

Bien ajena estaba la tranquila ciudad de Santander al iniciarse el mes de noviembre de 1893, mes de Todos los Santos y de los Difuntos, de que pocos días después se iba a producir inesperadamente en el puerto una de las tragedias más impresionantes de su historia, que llevaría la muerte y el dolor a gran número de sus habitantes. El triste suceso ha quedado inscrito, con su rastro sangriento, entre los que se recuerdan como más penosos en las efemérides de las catástrofes que asolaron a Santander en el siglo pasado.

Una abundante bibliografía en prosa y verso se ocupó después de divulgar la que se ha llamado “la catástrofe del Machichaco”.¹ Quizás la más popular y conocida de todos sea el cuento largo o “novelita”, como la llama Pereda, *Pachín González*, que encabeza la literatura descriptiva del suceso.

Pereda fue testigo presencial del desastre desde el balcón de su casa en el número 4 del paseo del Muelle, desde donde divisaba la bahía y las machinas del muelle o desembarcadero de Maliaño. Pero además tuvo ocasión de comprobar en los días posteriores los efectos de la catástrofe y pudo recoger de viva voz las versiones de los numerosos testigos y protagonistas

1 Véase el número extraordinario del 3 de noviembre de 1.894 y los periódicos de los días inmediatos al siniestro, Cfr. los diarios *El Cantábrico*, *El Atlántico* y *La Atalaya*

de aquella tragedia de la que se ocupó también la prensa durante largo tiempo. El siniestro del **Cabo Machichaco** impresionó el espíritu del novelista, hondamente turbado en esos momentos por la muerte de su hijo primogénito, tragedia familiar ocurrida el 2 de septiembre, a la que siguió esta otra de la ciudad dos meses después.

La primera versión literaria que tenemos del suceso fue escrita a los pocos días de producirse y se debe a la pluma ágil de Benito Pérez Galdós, quien, sirviéndose de la prensa y de las cartas recibidas de sus amigos, reconstruyó admirablemente el incendio y explosión del **Cabo Machichaco** en una de sus colaboraciones escritas el 15 de noviembre para el diario **La Prensa** de Buenos Aires. Precisamente, Galdós había estado ese verano en Santander, y el día uno de noviembre, terminadas sus vacaciones, salió para Madrid. Como él mismo cuenta, en trance estuvo de perder la vida, ya que de haberse encontrado en Santander en esa fecha, al acudir a presenciar el incendio desde el muelle, le hubiera sorprendido allí la muerte. Así nos lo relata el propio Galdós: “Salí —como he dicho— de Santander el primero de noviembre. Si hubiera retrasado mi viaje unos días más, como estuve a punto de hacerlo, es seguro que el día 3 por la tarde me habría encontrado, entre cuatro y cinco, en la casa de Pereda y habríamos salido los dos al balcón, y habríamos visto al **Cabo Machichaco** en la segunda machina de Maliaño. Un vapor ardiendo no es espectáculo que se ve todos los días. Tengo la seguridad de que no me habría contentado con verlo desde un balcón y habría ido a presenciarlo de cerca, como fue medio Santander, ignorante del peligro”.²

Pereda, hombre emotivo y curioso, asimiló fácilmente todos los datos que, desde diferentes procedencias, le iban llegando sobre la forma en que sucedió la catástrofe y las consecuencias que tuvo en su ciudad. Enrique Menéndez y José Ortiz de

2 Carta publicada el 18 de diciembre de 1893, escrita el 15 del mes anterior. Cfr. William H. Shoemaker: *Las cartas desconocidas de Galdós en "La Prensa"* (Buenos Aires, Edic. Cultura Hispánica, 1973), p.505.

la Torre le informaron, desde el punto de vista médico, del alcance humano de aquella tragedia que produjo más de doscientos cincuenta muertos y por encima de seiscientos heridos ³. Recorrió después la zona afectada, escuchó numerosas versiones del siniestro y pudo apreciar la acción devastadora de aquella explosión que se continuó con un devorador incendio de una parte de la ciudad.

Aquellas imágenes impresionaron su mente y en cuanto terminó, no sin grandes esfuerzos, su gran obra *Peñas Arribas*, acometió la empresa de escribir este cuento o relato histórico novelado del que ya transmite noticias, a los pocos días del suceso, a su amigo Benito Pérez Galdós, diciéndole: "Por misericordia de Dios continuamos vivos y hasta en buen estado de salud en esta su casa después del desastre del 3 de Noviembre, tras el otro desastre doméstico del 2 de setiembre. Bien dice el que dijo que no le dé Dios a un cuerpo todo lo que puede sufrir" ⁴.

El suceso tuvo lugar el viernes 3 de noviembre, día de San Malaquías, al declararse por la tarde un incendio en el vapor *Cabo Machichaco*, advertido por la salida de humo de la sentina en la bodega número dos en la parte de popa⁵. El incendio se propagó con gran rapidez debido a otras mercancías combustibles que transportaba el barco, como eran maderas, tabaco, etc. Pero lo verdaderamente peligroso eran las 172 cajas de dinamita que llevaba a bordo con un peso de 51.400 kilogramos, aparte de ácido sulfúrico, y el cargamento de hierro, clavos, lingotes, etc., que en el momento de la explosión se propagarían como proyectiles.

El barco, perteneciente a la Compañía Ibarra, había sido construido en Newcastle en 1880 y tenía 79,00 m. de eslora,

3 Galdós habla de cuatrocientos muertos y más de mil heridos. *Ibidem*, p.527.

4 Soledad Ortega: *Cartas a Galdós* (Madrid, Rev. de Occidente, 1964), p. 160.

5 Pereda en el relato dice que "la quema estaba entre el palo delantero y la máquina".

una máquina de 160 caballos y desplazaba 1.607,63 toneladas. El 24 de octubre el barco salió de Bilbao, donde no pudo descargar la dinamita, a causa de existir una epidemia de cólera, y llegó con el mismo fin al puerto de Santander, al que venían consignadas 20 cajas de explosivo.

Atracó en el muelle de Maliaño, en la sección llamada de Manzanedo, zona de una gran circulación por recorrerla el ferrocarril del Norte, el de Solares y el tranvía urbano. En frente estaban calles tan importantes como Antonio López, Cádiz, Castilla, Méndez Núñez, Calderón de la Barca, etc., donde figuraba establecido un importante comercio, aparte de almacenes, talleres, casas de huéspedes y escritorios de comerciantes.⁶

A causa de ser un día soleado, a primeras horas de la tarde un numeroso público estaba en la calle. Precisamente ese día se celebraba el 60 aniversario de la acción de Vargas y la banda de música pensaba interpretar en la Plaza de la Constitución un repertorio de piezas selectas. Para aquella noche estaba anunciada también la zarzuela “El rey que rabió”.

No se sabe exactamente cuándo comenzó el incendio a bordo, tal vez provocado, según las diferentes versiones, por un fósforo, alguna colilla, por rotura de una bombona de ácido sulfúrico o por la carga de petróleo. La prensa llegó a apuntar que ya existía fuego hacia las diez y media de la mañana.

Naturalmente el espectáculo de un barco incendiado atrajo la atención de numerosos curiosos que desde diversos lugares de la ciudad acudieron a presenciar las maniobras de salvamento que comenzaron en seguida. Hubo un momento de pánico entre las gentes cuando se corrió la voz de que el barco transportaba dinamita, pero la presencia a bordo de las autoridades devolvió la tranquilidad al abigarrado público que presenciaba el siniestro. El vapor **Alfonso XIII** y el auxiliar **Santander** acudieron a prestar su ayuda, igual que los bomberos municipales. A las cuatro y media seguía ardiendo el barco. Se

6 Para mayor detalle sobre las circunstancias del siniestro véase *Noticia circunstanciada de la explosión del vapor Cabo Machichaco* (Santander, Impr. L. Blanchard, 1893).

logró entonces hundirlo y se completó abriendo una vía de agua en las planchas a golpes de mandarria desde el buque auxiliar. Es muy posible que estos golpes produjeran la conmoción que hizo detonar la dinamita transportada, lo que provocó la explosión hacia las cinco menos cuarto. El barco estaba en estos momentos inclinado sobre la banda de estribor, un tanto recostado sobre el muelle.

El efecto de la explosión lo expresaba literalmente Galdós con estas palabras: “Fue como erupción instantánea de un inmenso volcán. Trepidó horrorosamente el suelo de la ciudad”.⁷ El material de hierro de la carga se proyectó como si fuera metralla sembrando la muerte y la desolación en aquel muelle, pocos minutos antes repleto de gentes bulliciosas que presenciaban el espectáculo. Una cascada de agua y fango cayó sobre el muelle repleto de cadáveres alcanzando una distancia de hasta seiscientos metros.

El buque, después de la explosión, quedó prácticamente sumergido, menos la popa, que sobresalía del nivel del agua. “El aspecto del muelle antes bullidor y lleno de colorido, de una luz alegre como la acuarela, tornóse en un segundo funebremente tétrico, gris, enlodado”.⁸ Cuentan que el estampido llegó a oírse en Torrclavcga.

Los efectos consiguientes, aparte de las víctimas que occasionó, incluso a larga distancia, no fueron menos devastadores. Los materiales inflamables proyectados alcanzaron a una de las casas de la manzana sur de la calle Méndez Núñez, que empezó a arder por el tejado y propagó el fuego a los edificios inmediatos; únicamente se salvó la primera de la fila izquierda ocupada por el Hotel Continental.

Se produjo inmediatamente un estado de confusión y pavor a causa de los heridos y de los que buscaban ansiosos a sus

7 Benito Pérez Galdós, carta al diario *La Prensa* de Buenos Aires, *op. cit.*, p. 507.

8 Noticia circunstanciada ... *op. cit.*, p.29.

familiares desaparecidos. El tren de Solares de las cuatro y media coincidió con la explosión, pero logró pasar la zona. Multitud de casas quedaron destrozadas en sus tejados, cornisas, tabiques y miradores. Las líneas telegráficas y telefónicas fueron también destruidas por la catástrofe.

Los proyectiles del material llegaron a gran distancia, igual que la onda expansiva e incluso algunos cadáveres aparecieron en parajes muy alejados del lugar del suceso. La prensa reseñaba así, con curiosos ejemplos, los efectos de la explosión en la ciudad: la uña de un ancla cayó en la Peña del Cuervo y otra en Perines. Varias vigas de hierro fueron a parar a la huerta o jardín de la catedral destrozando parte del claustro. Pereda cuenta en su relato cómo el costado sur de la catedral sirvió de parapeto quedando como muestra los impactos de la metralla. En los arcos de Botín apareció una arboladura de acero que se incrustó al caer en el suelo y el cepo de un ancla llegó hasta el Prado de San Roque. El brazo y la caña de otra ancla arrancó un balcón de la casa número 2 del Puente, cayó después a la calle y perforó el suelo. Los buzos encontraron después la hélice destrozada de la lancha *Julieta* y la chimenea del vapor siestrado quedó irreconocible y aboyada tras de herir, al ser arrancada, a diversas personas.

La gente no sabía muy bien lo que había pasado. Inmediatamente se propagaron toda clase de rumores que aumentaron en los días siguientes. Pereda, al conocer la noticia de que el día 8 se iba a proceder a la retirada de la dinamita existente aún en la bodega de popa, abandonó Santander y se refugió en su casa de Polanco.

Aquella noche del 3 de noviembre fue la más triste de la historia de Santander. Era una visión dantesca de muertos y heridos, ruina y desolación, con una parte de la población ardiendo. El escritor refleja admirablemente esta secuencia en **Pachín González** utilizando una técnica cinematográfica de reportaje cuando escribe: “El incendio de los muelles se había ido nutriendo de la madera de los contiguos; hacia el fondo del Oeste se erguían otros nuevos, cebados en las entrañas de gran-

des edificios, y el que él había dejado naciente sobre los que cerraban la plaza por el Norte, era ya una lumbre formidable que llevaba devorado un tercio de la hermosa cortina, y extendía sus tentáculos de llamas destructoras sobre todo lo que quedaba enhiesto a sus alcances".⁹

Pero todavía eran más patéticas las escenas de dolor humano con gritos y lamentos y la búsqueda ansiosa de personas y niños. Federico Urrecha, redactor de **El Imparcial**, aludía en un artículo suyo a los niños muertos en gran número y a los que no aparecían: "No se sabe qué fue de ellos, aunque se supone; pero los padres desolados preguntan todos los días o publican las señas en estos periódicos".¹⁰ Uno de estos niños testigo de la tragedia fue José del Río Sainz, quien estuvo, como él cuenta, a punto de perecer. Lo primero que se apreció fue la oscilación del suelo seguido del entenebrecimiento de la atmósfera unido al estampido. Muchas personas, ajenas al incendio del barco, creyeron que era un temblor de tierra o el fin del mundo.¹¹ El día 4 en el patio del Hospital de San Rafael había ya 113 cadáveres, 79 de hombres, 25 de mujeres y 9 de niños. Al día siguiente, **El Atlántico**, escribía: "El hacinamiento de cadáveres en el depósito del Hospital y las grandes heridas de casi todos, que favorecían su descomposición más inmediata, hicieron que, a pesar del empleo de desinfectantes y el celo y cuidados de las Hermanas de la Caridad, resultase difícilmente tolerable la permanencia en aquel lugar de las personas que por sus cargos u otros motivos tuvieron que estar allí".¹²

Nuevos momentos de ansiedad y de dolor se produjeron

9 Pachín González, p. 91 de esta edición.

10 Federico Urrecha: "La catástrofe de Santander", **El Atlántico**, Santander, 7 de noviembre de 1893, p.1.

11 "Pick": "Recuerdos de hace veinticinco años. El año, el día y la noche de la explosión", **La Montaña**, núm. 2. (Habana, 11 de enero de 1919).

12 **El Atlántico**, 5 de noviembre de 1893, p.2.

cuando se trató de identificar los cadáveres y los restos de personas que aparecían entre los escombros o en los tejados. En algunos casos fue imposible conocer su identidad. En un tejado en la calle del Peso apareció un cadáver y otro en Maliaño. También se dieron casos de ser lanzados los cuerpos y penetrar a través de cristaleras y techumbres, como ocurrió en el almacén del señor Pardo o el que atravesó la vidriera de la casa número 1 de Méndez Núñez, donde estaba el Hotel Continental. En el tejado de la casa número 8 de la Cuesta de la Atalaya cuentan que aparecieron días después pedazos de ropa y de hierro.

Los buzos de las Obras del Puerto comenzaron el día 5 a trabajar en el triste y macabro cometido de extraer del mar los cadáveres y restos humanos existentes en las inmediaciones del buque. Encontraron hasta 16 muy difíciles de identificar, e incluso vísceras, necesitándose 18 mantas de las utilizadas por los soldados para envolverlos y transportarlos.¹³ Los periódicos, como puede verse, reproducían estas noticias sensacionalistas que mantenían el estado de pánico colectivo, ambiente que supo muy bien recoger Pereda en su relato.

Todavía bastantes días después había en el muelle restos de sangre y del barco destrozado. *El Atlántico* del día 7 informaba con esta macabra noticia de las medidas sanitarias tomadas en la zona: “Esta tarde se desinfectará con cloruro de cal y agua fenicada el muelle de Maliaño en la parte que fue teatro de la sangrienta hecatombe del día 3 y se recogerá la capa de tierra impregnada de sangre y sembrada de cabellos y otros despojos que un ganguil arrojará en alta mar. Después se echará allí una capa de cal viva”.¹⁴

En los días que sucedieron a la explosión continuó el pánico a causa del incendio y comenzaron a propagarse toda clase de rumores, que perduraron durante mucho tiempo produ-

13 *El Atlántico*, 6 de noviembre, p.3.

14 *El Atlántico*, 7 de noviembre de 1893, p.3.

ciendo confusionismo e inseguridad. Así, se decía que el fuego se iba extendiendo hasta el cuartel de San Felipe donde había municiones almacenadas o bien el fuego llegaría hasta la fábrica del gas. El temor a una epidemia también estaba presente en las gentes, que comenzaron a huir a los extrarradios o a los pueblos vecinos, mucho más al anunciar la extracción de la dinamita depositada en el casco hundido. **El Atlántico** el 10 de noviembre de 1893 recogía también el rumor de que entre las ruinas de las casas y en algunos tejados habían aparecido cartuchos Remington que se suponía iban destinados a los enemigos de España en Marruecos.¹⁵ Todavía en marzo de 1894 Pereda escribe a Narciso Oller y le cuenta el pánico de la ciudad y sus horrores, así como la sospecha de que el vapor transportaba contrabando de guerra para los moros.

La prensa apareció llena de esquelas y con amplia información sobre el suceso. Listas de muertos y heridos eran consultadas por el vecindario. En **La Atalaya** del domingo 5 de noviembre la primera página apareció toda bordeada de negro, como una esquela, con un texto del obispo de Santander y la información del siniestro. **El Atlántico**, con el título de “catástrofe inmensa”, se ocupó durante varios días del suceso, y fue tal el nerviosismo de los tipógrafos que se equivocaron de mes y pusieron octubre los días 4 y 5 de noviembre. Eran especialmente patéticos los anuncios recompensando a quienes informaran sobre el paradero de personas queridas.

Fueron corrientes las escenas en el Hospital como las que relata Pereda en **Pachín González**. El patio estaba lleno de cadáveres y **El Atlántico** del día 5 informaba diciendo que está “cubierto de destrozados miembros de cadáveres; cabezas, piernas, brazos ...”¹⁶ – En alguna ocasión la gente forzó las puertas y entró en tropel. La prensa aludía también al lúgu-

15 “¡Pobre Patria!”: **El Atlántico**, 10 de noviembre de 1893, p. 1. Este mismo rumor volvió a producirse con motivo de la segunda explosión del Cabo Machichaco, a lo que alude Galdós en su artículo (29-IV-94), *op. cit.* p. 529.

16 **El Atlántico**, 5 de noviembre de 1893, p.2.

bre tañido de las campanas de Santa Lucía anunciando todos los días numerosos muertos en los hospitales o en las propias casas.

Enrique Menéndez Pelayo, médico a la sazón en el Hospital de San Rafael, del que era director su tío Juan Pelayo, le escribía a los pocos días a su hermano Marcelino y le relataba de esta manera lo que había significado aquella catástrofe en la población:

“La explosión me cogió a mí camino del Hospital, cerca ya de él, y a nuestros padres en casa, donde no hubo más desperfectos que la rotura de cristales, común a todas las casas de la ciudad, y un trozo de hierro que atravesó el tejado de la nueva biblioteca. Nada padeció libro alguno, pues fue en el centro del salón. A estas horas se halla todo compuesto.”

“Por lo demás, la hecatombe fue de las que escribirán las remotas historias. Maliaño ha desaparecido puede decirse, del plano de Santander.¹⁷ El aspecto del Hospital, donde incesantemente llegaban heridos, que curábamos en el suelo, por los pasillos, por todos los ámbitos de la casa, era desgarrador; poco más tarde, cuando a media noche recorría yo las salas haciendo guardia, era tristísimo, era algo así, como un castigo bíblico. ¡Qué ayes, qué penas, y qué impotentes los remedios humanos! Todo eran curas provisionales, absurdas algunas, pero no se podía apenas poner mano en ninguna, bajo pena de provocar la hemorragia irrestañable, el nuevo síncope, la muerte en fin, con sus mil formas. A cada requisita que se hacía faltaban uno o dos ... Mientras tanto en el depósito, en el patio, en la huerta, más de ciento veinte cadáveres, y otros tantos que lo parecían en su palidez buscando entre aquéllos a los suyos.

“Renuncio a describirte y supongo que lees los periódicos. Juan y yo, y con nosotros cuantos tienen tan triste profesión, estamos fatigadísimos, aunque esta misma actividad y trabajo incesante nos ha librado, en parte, del común abatimiento”.

“Ayer cundió por el pueblo un pánico horrible; porque se iba a proceder a la extracción de unas cajas de dinamita que aún quedaban. No hay peligro, según los técnicos afirman, y

17 Se refiere Enrique Menéndez a la zona del muelle llamado de Maliaño, no al pueblo.

la operación se está llevando a cabo sin el menor contra-
tiempo.”¹⁸

Por el contrario, fue entonces cuando huyó una gran parte de la población lejos del lugar de las operaciones, temerosa de que volviera a repetirse la explosión.

Del 9 al 11 los buzos procedieron a extraer las cajas de dinamita de la bodega de popa del vapor y fueron arrojadas a alta mar transportadas en gabarras.

Aquella situación de emergencia exigió la creación de salas y hospitales de campaña para recoger a los heridos y enfermos. Con este fin se creó una sucursal del Hospital de San Rafael. Actuaban en éste como médicos Juan Pelayo, Juan Pablo de Barbáchano, Baldomero Ocejo y Enrique Menéndez. En la sucursal, situada en un barracón improvisado en Calzadas Altas, figuraban en el equipo médico Enrique Diego Madrazo, en funciones de director, con Saráchaga, Joaquín Santiuste, Buega y Vicente Quintana.

El Gran Hotel del Sardinero se habilitó, con tres salas, para centro de curación de heridos y se encargó la asistencia médica a los doctores José Ortiz de la Torre y Jesús Sarabia.

Pero aparte de las medidas asistenciales y sanitarias, que eran las más perentorias, existía el problema del siniestro de un gran número de casas de la ciudad y, lo que era aún peor, en muchos hogares pobres, al perecer el cabeza de familia, se presentaba el problema urgente de una asistencia económica a la viuda y a los hijos de los fallecidos. Para prestar las ayudas debidas se reunió la Junta de Socorros de la ciudad. La Sociedad Protectora de los niños, de Madrid se brindó a recoger a los huérfanos. Los periódicos insertaban listas con los donativos de las personas que caritativamente se ofrecieron a socorrer a los damnificados económicamente o con sus prestaciones de ropa y enseres.

18 Carta del 8 de noviembre de 1893, en *Epistolario de don Enrique y don Marcelino Menéndez Pelayo* (Santander, Sociedad Menéndez Pelayo, C.S.I.C., 1954), pp. 16-17.

El día 9 de noviembre se constituyó la Junta Central de Socorros, bajo la presidencia del Ministro de Hacienda, con asistencia del gobernador civil, obispo de la ciudad, alcalde, presidente de la Audiencia, etc. Tenía por objeto aquella reunión determinar los objetivos de la Junta que pretendía unificar los socorros, administrarlos y darles una aplicación de acuerdo con las necesidades¹⁹.

De toda España llegaron socorros y ayudas, lo mismo que de la propia provincia. Los héroes del momento fueron el personal médico, los bomberos y los buzos, que desempeñaron los cometidos más responsables, desagradables y peligrosos²⁰.

*El Atlántico*²¹ insertaba un artículo en el que se refería de pasada a los niños de la calle, a los "raqueros" que Pereda había popularizado, y que murieron en gran número. También es cierto que algunos de ellos se comportaron heroicamente, como sucedió con nueve muchachos que salvaron en la lancha Dolores a veintidos naufragos²². Tal vez entonces Pereda concibió el propósito de escribir este relato con el fondo argumental y el decorado de la ciudad destruída por la explosión del Cabo Machichaco.

A nuestro juicio, la idea del argumento pudo muy bien partir de un triste suceso del que se hizo eco la prensa en esos días. Era el caso de un muchacho que estuvo buscando ansioso a su padre por la ciudad. Al acudir al Hospital y no encontrar-

19 *El Atlántico*, 13 de noviembre de 1893, p.1.

20 Una de las personas que en esta situación demostró su espíritu caritativo fue Gervasio González de Linares, hermano del fundador de la Estación de Biología Marítima, quien prestó unos servicios de guardia y consuelo a los enfermos en el Hotel de curación del Sardinero. A causa de una *pneumonia*, posiblemente contraída en estos trabajos, moría a los pocos días, el 22 de noviembre, en casa de su hermano el naturalista.

21 *El Atlántico*, 5 de octubre (quiere decir noviembre) de 1893, p.2. Federico Urrecha en su artículo del 7 de noviembre de 1893 en *El Atlántico* aludía a los niños perdidos en la catástrofe, p.1.

22 "3 de noviembre de 1893", *El Eco Montañés*, 3 de noviembre de 1900, pp.1 y 2.

le, cuando pensaba retirarse lleno de desconsuelo, apareció el cadáver entre los siniestrados que llegaban en aquel momento.²³

La noticia era muy a propósito para un relato novelado de aquella tragedia y se prestaba a sacar de ella gran partido. Sólo había que cambiar el padre por la madre para darle aún mayor fuerza y patetismo.

El proceso de elaboración y argumento tienen, pues, un entramado paralelo al proceso real del suceso.

Como vamos a ver a continuación, Pereda supo muy bien compaginar el hecho real con la creación ficticia en un montaje dramático-poético, que tiene, en este caso, idénticas características al resto de su obra: desde la confianza de Dios o la resignación hasta la censura a la emigración y huida del terruño paterno con un desenlace feliz, como en la mayoría de los libros de Pereda.

El vapor en el que marcha Pachín González no sale, según nos dice el cuento, hasta el día 20, fecha de partida de nuestro puerto de los vapores de la compañía Trasatlántica de Barcelona que hacían la línea Antillas, New York y Veracruz. Los protagonistas, Pachín y su madre, son aldeanos procedentes del medio rural, pobre, a quienes el no tener perspectivas halagüeñas de progreso les obligaba a emigrar desde muy jóvenes. Con un exiguo equipaje formado por las alpargatas, el hatillo de ropa o poco más, y una carta de recomendación para alguno de los viejos indianos montañeses que, ya situados, podían proporcionar una colocación a estos paisanos suyos recién llegados, se embarcaban los emigrantes en la gran aventura de buscar trabajo en tierras americanas. La Habana era el puerto de destino más frecuente de los emigrantes españoles, quienes emprendían el viaje en edades comprendidas entre los 14 y 17 años. A veces, varios muchachos del mismo pueblo realizaban

23 El Atlántico, 5 de octubre (quiere decir noviembre) de 1893, p.2.

el viaje juntos con la esperanza de protegerse y ayudarse mutuamente²⁴.

Este era, pues, el motivo de la venida de Pachín González a Santander con su madre.

Pereda nos ofrece una visión de aquel Santander de 1893 desde primeras horas de la mañana. Nos cuenta cómo eran los más madrugadores los repartidores y las personas piadosas que acudían a misa al rayar el día. Después, cuando despuntaba la mañana, iban abriendo los establecimientos dedicados a los primeros parroquianos: bares y cantinas; se veía el circular ajetreado de los repartidores y de las lecheras que venían de los pueblos inmediatos y de los labriegos que acudían al mercado con sus productos. Luego abrían, entre otros, las oficinas y escritorios del Muelle con su ruido de retirada de tableros y el encendido de las primeras luces sobre las escribanías. A una de ellas acude Pachín con su madre para sacar el pasaporte en la Aduana y el billete del pasaje, que costaba entonces en tercera para La Habana 160 pesetas.

Dice Pereda que la calle se llenaba de ruidos y rumores del rodar de los vehículos y del trajinar de las gentes. Alude a los coches de lujo y a los carros de bueyes que se dirigían con paso cansino al puerto donde ahumaban los vapores. Allí, en el puerto estaban el vapor correo **Alfonso XIII**, el trasatlántico **Catalina** de la Compañía Pinillos, el **Cabo Machichaco** y el carguero **Vizcaya** que pertenecían a Ybarra. Junto con ellos estaban otros vapores, como **Unión Hullera** y **Bayonés**, aparte de los de matrícula extranjera, como el inglés **Edén** y el francés **Galindo**. Otras muchas embarcaciones mayores o menores salpicaban el puerto, entre las que figuraban el remolcador **Santander**, el ganguil **San Emeterio** y la lancha **Julieta**, de la Junta de Obras del Puerto²⁵.

24 Manuel Vaquerizo Gil: “Emigración a América por el puerto de Santander (1845-1856)”, en *Santander y el Nuevo Mundo* (Santander, Institución Cultural de Cantabria, 1979), pp. 245-262.

25 Rafael González Echegaray: *Un retazo de la historia santanderina. Mutua*

El niño asiste asombrado a la contemplación de algo nuevo para él: la ciudad con sus “palaciones” del Muelle, aquellas casas cuadradas de piedra, inmensa, alineadas frente al mar donde atracaban los vapores. Algunos años antes aquellas mismas casas habían llamado también la atención de George Borrow, quien describe estos edificios de estilo francés, que le parecían más sumptuosos que los palacios de Madrid²⁶. El concejal Francisco Mazón había empedrado el suelo de esa parte del Muelle Viejo, tan típica del Santander finisecular, y en este año de 1893 había estrenado esa zona su alumbrado con luz eléctrica. Son, precisamente, las casas “grandonas”, construidas por los ricos, lo que llama la atención al muchacho puererino en su primera visita a la ciudad, así como los postes altos de telégrafo, o aquel correo de cuatro palos fondeado en la misma embocadura de San Martín que se llevaba a los jóvenes como él lejos, muy lejos, a trabajar a las Américas.

A partir de ahora, Pereda nos va a referir puntualmente los pasos de madre e hijo en sus diferentes salidas hasta que tiene lugar la explosión. En la carta-prólogo escrita a Victoriano Suárez, el novelista insiste en la fuerza dramática que encierra su relato, “por desgracia rigurosamente histórico hasta en sus menores detalles”.

En la segunda parte, el cuento cobra una mayor tensión dramática y la trama se circunscribe únicamente a la búsqueda angustiosa de la madre de Pachín desaparecida en la catástrofe, lo que le permite al escritor describir en los diferentes episodios el horror de aquella tragedia.

El caso de Pachín González buscando a su madre, temeroso de que hubiera muerto, recuerda las peripecias del pequeño Marcos del cuento “De los Apeninos a los Andes”, de Edmundo de Amicis, incluido en el libro **Corazón (Diario de un niño)**,

Montañesa (Santander, 1981), Vid. cap. III “La catástrofe del “Cabo Machichaco”, pp. 29-37.

26 Véase su libro **La Biblia en España** (Madrid, Alianza Editorial, 1970), p.399.

que se hizo en seguida popular y se dio a conocer a los niños españoles en 1887 traducido por Hermenegildo Giner de los Ríos. También Pachín González buscará dolorosa e insistenteamente a su madre: “¡madre mía ... madre de mi alma!”...

¿Donde estás? ¡Viva o muerta, yo necesito... yo quiero hallarte!”

Pereda apunta en el cuento la causa probable del incendio del barco cuando dice: “Dominaba la creencia de que había en la bodega incendiada líquidos y materias inflamables en abundancia; latas de petróleo, por lo menos. No podían ser de otro origen aquellas tremebundas llamaradas de antes, cuya humera apestaba “a demonios chamuscados”.

Igualmente alude al incendio de los muelles y de los edificios cuyas llamas fueron casi dominadas el día 4, gracias a la colaboración de los bomberos de Santander, Torrelavega, Valle de Iguña y los procedentes de las provincias limítrofes, cuya ayuda puntualiza.

La descripción de la ciudad de noche y en ruinas, con los edificios ardiendo, es verdaderamente magistral, tal como ya advirtieron sus contemporáneos que habían sido testigos del suceso.

Luego pinta Pereda la commoción y el dolor de la gente buscando a sus familias o auxiliando a los heridos material y espiritualmente. Tanto Pereda como Galdós coinciden al contar el caso frecuente de niños arrebatados por la expansión de los brazos de sus madres.

Dentro del rigor histórico están también los detalles de la situación del hospital en esos días e incluso la graciosa figura del tío Pepe, el viejo hortelano vizcaíno que habitaba en el hospital de San Rafael, descrito primero por Enrique Menéndez y en el que se inspiró Pereda, quien el día de la lectura de la obra a su amigos le dijo a Enrique Menéndez: “—Ya me per-

donará usted que no haya resistido a la tentación de apoderarme un rato del tío Pepe”²⁷.

Hay momentos en que Pereda es omnisciente respecto a los sucesos que van a suceder y, así, al final del cuento advierte al lector de que nuevas desventuras iban a caer sobre la infortunada ciudad. Se refiere a la segunda explosión del *Cabo Machichaco* que, por supuesto, no trata en el libro, aunque le hubiera proporcionado argumentos para otra narración parecida. Existen menos referencias a este segunda catástrofe que vino a ser una continuación de la primera.

Tal como lo refiere Pérez Galdós al escribir sobre el suceso en el diario *La Prensa* de Buenos Aires (29-IV-1894), la extracción de los restos del casco fue motivo de una nueva explosión.

La adherencia de cristales de nitroglicerina a los restos del barco suponía un peligro y esta vez los afectados fueron únicamente los buzos que realizaban el trabajo cuando el día 21 de marzo de 1.894 tuvo lugar otra explosión que volvió a sembrar el pánico en la población. El 29 de este mismo mes se acordó volar los restos del barco “maldito” que había constituido una verdadera pesadilla para la ciudad.

Galdós nos describe el terror y la psicosis de pánico que se apoderó nuevamente de la población temiendo otras explosiones.

La ciudad quedó prácticamente abandonada y fueron desalojadas las casas inmediatas. Las fuerzas militares acordonaron las proximidades. Una serie de voladuras parciales los días 30 y 31 de marzo acabaron, por fin, con los restos de aquel barco que había transportado la muerte en el vientre de sus bodegas.

La catástrofe del *Machichaco* ha permanecido, a partir de entonces, envuelta en una leyenda de tragedia que, desde dife-

27 Citado por Eduardo de Huidobro en *Bol. Bibl. Menéndez Pelayo*, num. 4 (Santander, julio-agosto de 1921), p. 205.

Vease igualmente, Enrique Menéndez: “El tío Pepe (Episodio de la catástrofe)”, *El Atlántico*, 3 de noviembre de 1895, p.1.

rentes fuentes populares, llegó posteriormente al pueblo en forma de romances o relatos. Mucho tiempo después, allá en la Plaza Vieja, en pleno corazón de la ciudad, un ciego cantaba aquella copla que decía:

Día de luto será,
mientras Santander exista,
el día tres de noviembre
del año que aquí se cita ²⁸ –

Benito Madariaga de la Campa
Santander, Noviembre 1983.

28 Véanse los pliegos de cordel “Espantosa hecatombe” e “Incendio”, en *Papeles varios referentes a la provincia de Santander 1889-96*, t. 9 de la Colección de E. de la Pedraja. Biblioteca Municipal.

INTRODUCCION LITERARIA

El día 7 de noviembre de 1893 escribía Pereda a su amigo el novelista catalán Narcís Oller: “...el objeto de la presente es en primer lugar darle fe de nuestras vidas después de la tremenda catástrofe ocurrida el día 3 (...) Espanta la lista de muertos y heridos graves a cuantos conocemos el vecindario de la ciudad y aún espanta más cuando se considera que muchas de estas víctimas (...) están ya en el fondo de la bahía, quizás hechos pedazos, como los que van extrayendo los buzos, horroizados ya de su espantosa tarea. Esto es inenarrable; y a veces y con haber creído que mi desgracia era de las mayores que puedan ocurrir en una familia, me creo sin derecho para quejarme de ella por respeto a lo que veo ahora en otros hogares, aún más castigados que el mío”.¹

Como traslucen las últimas frases de ese texto —y confir-

1. Esta carta se reproduce en el libro de Narcís Oller, *Memòries literàries. Història dels meus llibres* (Aedos, Barcelona, 1962); el fragmento citado, en la pág. 256. También en la tesis de Mathilde Bensoussan, *L’amitié littéraire de José María de Pereda et de Narcís Oller à travers les lettres de Pereda et les Mémoires d’Oller* (Faculté des Lettres de l’Université de Rennes, 1970); inédita, puede consultarse una xerocopia del ejemplar mecanografiado en la Biblioteca de Menéndez Pelayo, Fondos Modernos, de Santander.

man otras cartas de aquellos días sobre el mismo asunto², aquella tragedia se añadía en el ánimo del novelista al abatimiento en que le había sumido dos meses antes —el 2 de septiembre— el suicidio de su hijo mayor; y, según confesaba en carta al crítico Ruiz Contreras, parece como si aquel infierno colectivo le hiciese olvidar el propio: “No me parece hoy más pequeño porque me rodeen otros aún mayores que él; pero el espectáculo de tantos horrores, de tantas pesadumbres y de tantas lágrimas, impulsa a los corazones honrados a olvidarse de los propios dolores para llorar los ajenos”³.

Por los días en que ocurrieron estos hechos se encontraba Pereda en plena redacción de *Peñas arriba*, tarea que sufriría por tal motivo una larga interrupción que a punto estuvo de ser definitiva; cediendo al consejo de familiares y amigos, el escritor se dispuso a concluir los capítulos que faltaban, aceptándolo como terapéutica para su depresión anímica: la novela se terminó de escribir entre junio y diciembre de 1894 y salió impresa en los últimos días de enero de 1895.⁴

Pues bien, aquel impresionante acontecimiento del 3 de noviembre del 93 no había caído en olvido para Pereda: cuan-

2. Así, en carta a Galdós del 4-XII-93: “Por misericordia de Dios continuamos vivos y hasta en buen estado de salud en esta su casa después del desastre del 3 de Noviembre, tras el otro desastre doméstico del 2 de Septiembre” (en Soleidad Ortega, *Cartas a Galdós*, Revista de Occidente, Madrid, 1964, pág. 160). Al sacerdote P. José Vinuesa —en carta que su editor fecha el 2 de Noviembre, pero que forzosamente ha de ser posterior a la explosión— escribe: “... me ha sumido en el marasmo de que no he despertado... ¡espanta decirlo!, pero es la pura verdad, sino con la sacudida horrorosa de la inenarrable conflagración del día 3 en esta ciudad, lo cual si no anima mi desgracia, parécesme que me priva del derecho de quejarme de ella, por respeto a otras tan grandes, y aún mayores...” (José Manuel Bleca, “De un epistolario de Pereda”, en: *Filología y Crítica Hispánica. Homenaje al profesor F. Sánchez Eribano*, Alcalá-Emory University, Madrid, 1968, pág. 314). Y también la carta a Ruiz y Contreras que enseguida citaré.
3. Carta de diciembre de 1893, reproducida en el libro de L. Ruiz y Contreras, *Tres moradas* (Sucesores de Rodríguez y Odriozola, Madrid, 1897), pp. 37-38.
4. He explicado la historia de la redacción de *Peñas arriba* en las págs. 405-413 de mi libro *La obra de Pereda ante la crítica literaria de su tiempo* (Ediciones de Librería Estudio. Ayuntamiento de Santander. 1983).

do todavía resonaban los ecos del aplauso unánime con que fue recibida **Peñas arriba** (sin duda alguna, el más notable de sus éxitos), emprendió el novelista la redacción del que había de ser su último libro. Aunque no sabemos con precisión cuando comenzó a escribir, no sería antes de septiembre del 95, ya que en cartas a Oller de esos meses alude a su falta de inspiración, tras la salida de **Peñas arriba**⁵. Poco tiempo le llevaría la elaboración de **Pachín González**, puesto que a finales de diciembre ya estaba concluída, según la noticia que trasmite al mismo Oller en carta del día 30: “Se me olvidó decir a V. en mi anterior fechada el día 20 que he escrito un libro muy chiquitín, que voy a publicar enseguida, contra mi voluntad, pero por mandato de estos contertulios (Marcelino Menéndez, inclusive que anda por aquí) a quienes di lectura de él. Es, ¡pásmese V.! la catástrofe del Machichaco, enfocada de cierto modo a guisa de capítulo de novela”. En efecto, el libro aparece fechado —según costumbre habitual en el autor— en su última página: “Santander, diciembre 1895”.

De acuerdo con ese **mandato** de sus amigos a que alude en la carta, el original pasó pronto a la imprenta; a principios de enero de 1896, una nota sin firma en el diario santanderino **El Atlántico** recoge y amplía una noticia aparecida en **La Epoca**, de Madrid, según la cual el libro está ya en manos de Tello, el impresor habitual de las obras de Pereda; además de desvelar el asunto y señalar su breve extensión, menciona el previsto título, **Dies irae**, que Menéndez Pelayo ha desaconsejado, por lo que el autor “ha decidido poner por título del nuevo libro el nombre del protagonista de la acción, un muchacho llamado

5. “No sé qué hacerme ni cómo desvanecer los espesos nublados que han vuelto a invadir mi cerebro, vacío de toda idea novelable”, escribe el 25-V-95; en carta del 3 de junio se refiere a “este cerebro entenebrecido desde que escribí la última palabra de la reciente novela”; e insiste en la misma idea el 3 de septiembre; (Bensoussan, op. cit. en nota 1, págs. 338, 339 y 345, respectivamente). La carta que enseguida cito, fechada el 30 de diciembre, en esa misma obra, pp. 355-356.

Pachín González”.⁶ Una carta de Pereda a Oller del 18 de enero confirma que el libro está en prensa y a punto de salir.⁷ El 10 de febrero escribe a Menéndez Pelayo: “Dentro de unos días te entregarán el correspondiente ejemplar de **Pachín González**, empuñando ya la llave de los Tello para salir a la calle”⁸. En efecto, según datos de la prensa de esos días, el libro se puso a la venta en Madrid el 20 de febrero.⁹

El indiscutible prestigio del novelista polanquino –de cuyo próximo ingreso en la Academia volvía a hablarse en los periódicos– y el todavía reciente éxito de **Peñas arriba**, hicieron que la crítica prestase a **Pachín González** una atención muy superior a sus merecimientos.¹⁰ En general, estos juicios coinci-

6. “La Epoca, tomando la noticia de no sabemos qué periódico de provincias, dice anoche que “el eminent novelista don José María de Pereda prepara un nuevo libro que ha leido a un reducido círculo de amigos de Santander”; que “la obra tendrá carácter marcadamente épico, se referirá a la catástrofe del Maehichaco y formará un tomo de unas 100 páginas”, y por último “que el ilustre escritor pensaba que el libro llevase por título *Dies irae*, pero ha prescindido de ello por indicación de Menéndez Pelayo y aún no tiene nada decidido sobre el particular”.

En efecto, el sabio académico Menéndez Pelayo fue de los que asistieron a la lectura del grandioso cuadro de la catástrofe pintado por el gran novelista, y Pereda al fin se ha decidido a poner por título del nuevo libro el nombre del protagonista de la acción, un muchacho llamado **Pachín González**. La obra, según nuestras noticias, excederá bastante de las cien páginas, y ya está en poder del editor de Madrid, señor Tello”. (“Otro libro de Pereda”, *El Atlántico*, Santander, 10-1-96; año XI, núm. 10).

7. “Mi **Pachín González** está ya en prensa y deseando ir a ofrecer a V. mis respetos”; en Bensoussan, *op. cit.*, pág. 359.

8. En: María Fernanda de Pereda y Enrique Sánchez Reyes, “Epistolario de Pereda y Menéndez Pelayo”, en *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, XXIX, (1953), pág. 349.

9. Así lo anuncian *El Imparcial*, *El Heraldo de Madrid* y *La Unión Católica*, del día 19 y el semanario ilustrado *Nuevo Mundo*, del día 20.

10. Entre otros, se ocuparon de la novela: Ramón de Solano, en *El Atlántico*, el 24 de febrero; E. R. Solís, en *El Cantábrico*, el 27 de febrero; “Cándido” (J. Martínez Ruiz), en *El Globo*, el 26 de febrero; “Mambrú”, en *La Unión Católica*, el 27 de febrero; “Pedro Sánchez” (J. M^a Quintanilla), en *El Atlántico*, el 28 de febrero; Demetrio Duque y Merino, en *El Atlántico*, el 29 de febrero; Federico Urrecha, en *Heraldo de Madrid*, el 29 de febrero; F. Miquel en *Diario de Barcelona*, el 4 de marzo; “Clarín” (Leopoldo Alas), en *Heraldo de Madrid*, el 4 de marzo y en *La Publicidad*, de Barcelona, el 7 de marzo; C. Omar, en *La Veu de Catalunya*, el 10 de mayo; Melchor de Palau, en la Re-

dieron en elogiar con benevolencia el librito de Pereda; y lo mismo hicieron otros lectores, que transmitieron al autor su opinión por el correo: así se deduce de algunas cartas de agradecimiento, como las que dirigió a Antonio Maura y a Narcís Oller el 12 de marzo.¹¹ En cuanto a la acogida del público en general hubo de ser muy favorable, a juzgar por el hecho de que en el mismo año de su aparición, 1896, se hicieron al menos tres ediciones. Otro dato confirma ese éxito: a los tres meses de ponerse a la venta *Pachín González* ya recibía Pereda diversas solicitudes para que permitiese su traducción al francés; en carta a José M^a Quintanilla fechada el 26 de abril de 1896 escribe nuestro autor: “Tannemberg (...) se llevó a *Pachín* para traducirlo, y no me había avisado aún de su llegada, cuando me trajeron de la *Revista Contemporánea* una carta (...) del director de la *Revue des Revues*, de París, pidiéndome permiso para traducir el mismo libro; en vista de lo cual escribí a los dos, es decir, a Tannemberg y al de la *Revue* por si les convenía ponerse de acuerdo y servirse mutuamente”.¹² La noticia no se limitó a la correspondencia privada, sino que pronto se hizo pública: aparece en un artículo de Melchor de Palau en la *Revista Contemporánea*, de Madrid, el 30 de mayo.¹³ Pero no nos consta que tal traducción se llevase a cabo finalmente.

vista *Contemporánea*, el 30 de mayo; Eduardo Gómez de Baquero, en el num. 89 (mayo) de *La España Moderna*. Estudio detenidamente estas críticas de *Pachín González* en las págs. 453-465 del libro citado en la nota 4.

11. “Celebro en el alma que no le dieran mal rato la visita y la catadura de *Pachín González*; pero escrúpulos de conciencia me obligan a declarar a usted que no he pagado el placer a muy subido precio, porque a mis ojos, vale mucho más que aquel librejo la carta en que me habla de él; y no por las alabanzas que contiene, sino por el quid de su arte, privilegio de muy contados lectores, bien dignos de ser leídos”, escribe a Maura; en: Blecua, epistolario citado en la nota 2, pág. 315. En la carta que ese mismo día dirige a Oller, le agradece una del novelista catalán, fechada el 27 de febrero, en la que se elogia su último libro; vid. Bensoussan, *op. cit.*, pág. 372.
12. En: Concepción Fernández-Cordero, “Cartas de Pereda a José María y Sinforo Quintanilla”, en *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, XLIV, (1968), pág. 429.
13. “La *Revue des Revues* ha pedido permiso al autor para la traducción y publicación de tan interesante obra: Pereda le ha contestado que el distinguido

En la “Carta–Prólogo” que para la edición de **Pachín González** como tomo XVII de sus **Obras Completas** escribió Pereda en noviembre de 1905 (y que en esta edición reproducimos), explicaba así el novelista el éxito de esta obra: “Es uno de los libros que, al publicarse, más lectores me conquistó en menos tiempo (...) el éxito venturoso que usted dice haber tenido ese librejo al nacer, bien pudo consistir en lo terrorífico del drama que narra, por desgracia rigurosamente histórico hasta en sus menores detalles, y no en la manera de describirle”. Esta opinión, probablemente acertada, nos permite plantear uno de los aspectos más notables de **Pachín González**, su carácter mixto, a medio camino entre la **historia** y la **novela**, como experiencia de un género hoy bastante frecuente, pero entonces poco usual: la **novela-reportaje**, entendiendo como tal la que, basado su asunto en un suceso verídico y aún próximo —lo que la diferencia de la **novela histórica**—, reproduce en su trama argumental episodios, personajes o acontecimientos también verídicos, hasta el punto de que algunos de aquellos sucesos se relatan como lo haría un reportaje periodístico, pero insertando en la narración ciertos elementos de ficción, que sirvan de soporte **novelesco** a la materia narrada.

Esa novedad fue notada ya por algunas de las críticas inmediatas, que discutieron si aquella obra era una **historia** (crónica, escribían otros) o una **novela**. Como muestra de las diversas opiniones que se emitieron en aquel debate, citaré la de Melchor de Palau, para quien **Pachín González** era un “documento histórico”, ya que en la narración “la memoria domina a la imaginación y la supera ostensiblemente”; en cambio, Eduardo Gómez de Baquero afirmaba: “No es este libro, en realidad, novela ni historia, y sin embargo, es ambas cosas (...) No pretende **historiar** en este libro la catástrofe santanderina,

crítico Boris de Tanemberg, conocido por sus estudios acerca de la literatura española, la había obtenido con anterioridad y que a él, por tanto, debía dirigirse”; art. cit., Revista **Contemporánea**, Madrid, 30-V-96; tomo CII, pág. 429. (A la vista de ese párrafo se diría que Palau tuvo acceso a esos datos gracias a Pereda o a Quintanilla).

sino que toma aquel trágico episodio como materia de arte para sacar de él y fijar en forma literaria la impresión dramática que se desborda del terrible suceso”.

Como explica Benito Madariaga en la *Introducción histórica* a esta edición, la novelita de Pereda se basa con notable fidelidad en los sucesos que configuraron la trágica catástrofe del 3 de noviembre de 1893, sus antecedentes y consecuencias. Pero el acierto del escritor cántabro, lo que separa artísticamente su libro de otros *reportajes* que por aquellos días se publicaron en torno a tan memorables sucesos, es el que Pereda se sirviese de sus probadas dotes de novelista para imaginar unos personajes, unas peripecias y unas circunstancias absolutamente ficticios, pero que se insertaban sin violencia en el curso de los acontecimientos realmente acaecidos y que la mayoría de sus lectores recordaban vivamente. Cosa que —dicho sea de paso— nuestro autor ya había hecho en ocasión anterior, con “*El fin de una raza*”, cuadro de *Esbozos y rasguños* (1881) cuya ficción se basaba en aquella Galerna del Sábado de Gloria de 1876.¹⁴

Como sucedía en ese cuadro, la novelita de 1896 constituye una logradísima mezcla de elementos verídicos y ficticios, que sitúa hábilmente a los personajes novelescos —Pachín, su madre— en medio de los acontecimientos de aquellos días de noviembre de modo que no sean sólo testigos, sino parte de la tragedia, la cual —como luego diré— nos es mostrada precisamente a través de la terrible experiencia del aldeanuco montañés.

Por otra parte, la distancia transcurrida entre los sucesos evocados y el momento de la redacción (poco más de dos años, como hemos visto), aunque sujetase la imaginación novelesca dentro de los límites de lo veraz, permitía al escritor la inserción de ciertos elementos que, muy probablemente, ya habían

14. Vid. a este propósito el apartado “Cómo escribió Pereda “*El fin de una raza*” del trabajo de Ignacio Aguilera, *Rastro literario de una tragedia marinera*, Ateneo de Santander, 1.961.

entrado a formar parte de lo que podríamos considerar como “legendario”: esos dichos, comportamientos, anécdotas, que, verídicos o no, suelen divulgarse alrededor de ciertos acontecimientos memorables y que terminan por ser aceptados como parte de aquella historia; ese es el carácter de ciertos elementos de *Pachín González*: la figura del Obispo, el jardinero vasco del hospital, la mujer que busca entre las víctimas un rostro querido... Pero, como he señalado, la relativa proximidad de lo ocurrido, que nadie en Santander habría olvidado, obligó al novelista a guardar una escrupulosa fidelidad a ciertos datos de la verdad histórica: ello se evidencia en muchos momentos de la novela, en los que el autor hace gala de un prurito de cronista y señala con puntual exactitud determinados detalles que —como señalamos en las notas— son rigurosamente históricos. Sirva como muestra más notable la precisión horaria que muestra el narrador, marcando cronométricamente los momentos que preceden a la explosión.¹⁵

Ahora bien, por encima de ese respeto a la verdad histórica, lo que hace del libro que comentamos una pequeña joya literaria es su indiscutible **verdad artística**, que se debe a sus aciertos de técnica narrativa; veámoslo con algún detalle.

La trama argumental de *Pachín González* es —como siempre en Pereda— simplicísima: el joven Pachín, acompañado de su madre, acude a Santander el Día de Difuntos de 1893, para embarcarse rumbo a las Indias, donde, siguiendo una arraigada tradición regional, espera hacer rápidamente la fortuna que —en su parecer— la tierra natal le niega; mientras paseando por los muelles y viendo los barcos allí atracados, hacen tiempo hasta la salida del suyo, tiene lugar la explosión del *Cabo Machichaco*, que conmociona a Pachín y le separa de su madre. El resto del relato nos mostrará, a través del angustiado peregrinar del muchacho en busca de aquélla, los terribles efectos de la explosión; finalmente, tras haber recorrido la ciudad, asistido a escenas desgarradoras, visitado hospitales y depósitos de cadá-

15. Cfr. en esta edición, las notas: 13, 23, 41, 49.

veres, leído los periódicos del día siguiente y escuchado espe-
luznantes relatos de otros testigos de la catástrofe, Pachín en-
contrará a su madre sana y salva. La historia concluye con la
irrevocable decisión del **muchachuco**, que regresará a su aldea
“a trabajar (...) majando terrones como los majó mi padre, que
trabajando así, honrado vivió y en santa paz entregó a Dios el
alma...”

Tan levísima peripecia argumental no es sino un pretexto —como ya dije— para referir la explosión y sus terribles efectos, por lo que en la composición de **Pachín González** ocupa un lugar preponderante todo lo que alude a aquel acontecimiento, relegando a papel secundario y subordinado otros elementos narrativos. Ello da su especial fisonomía a este relato, en el que predominan absolutamente las descripciones —directas o indirectas— y escasean los diálogos y la acción (fuera del acongojado deambular de Pachín entre escombros y víctimas). Similar desequilibrio se advierte también entre las diversas partes de la novelita: aproximadamente el primer tercio de sus páginas se ocupan en narrar las horas precedentes a la explosión, mientras que todo el resto del libro se dedica a la minuciosa exposición de las consecuencias de la catástrofe. El ritmo del relato, que ya era lento en ese primer tercio, se demora aún más en las páginas que reconstruyen la odisea de Pachín en busca de la madre, si bien el movimiento —externo e interno— del personaje contribuye al imprescindible dinamismo narrativo.

Ahora bien, la maestría de Pereda se pone a prueba en su manejo de recursos que mantengan el interés de un relato cuyo acontecimiento más importante es conocido previamente por el lector. Así, desde la primera aparición del barco que arde, el autor desliza veladas alusiones (que son proféticas) al peligro que encierra, jugando con la insensata tranquilidad de los espectadores y la prudente desconfianza de Pachín, que el lector sabe que es muy fundada. En la segunda parte del relato, el foco de interés que hace avanzar la narración es la búsqueda de la madre; pero aquí el lector no conoce de antemano el feliz de-

senlace; aunque, según el modo de novelar de Pereda, haya razones para suponerlo.

Como eje conductor del relato, el autor se sirve del personaje protagonista, cuya perspectiva narrativa predomina constantemente; una de las razones que probablemente tuvo Pereda para usar tal recurso, aparecía apuntada en la reseña de Ramón de Solano en *El Atlántico*, el 27-II-96; el novelista, sabedor de que no era fácil referir con objetividad aquella catástrofe, habría elegido un procedimiento narrativo que constituye “un término medio entre la narración y la autobiografía: narra desde el pensamiento de Pachín, y más que relato de Pereda semeja el libro una descripción que va haciendo el mísero aldeano con infuso genio y de maravillosa manera”. Por su parte, Clarín aducía un ilustre precedente en este modo perspectivista de mostrar unos hechos impresionantes: “Como Stendhal en *La Cartuja de Parma* nos hace asistir al desastre de Waterloo y formar de él la conciencia que realmente podía formar un soldado, un actor de la batalla, Pereda nos hace asistir al espectáculo espantoso que llenó de luto a su pueblo siguiendo a su Pachín en la penosa odisea...”

En efecto, no es sólo que la presencia del muchacho sea constante en el relato, sino que todo lo narrado se nos muestra a través de su percepción, hasta el punto de que el narrador diluye sus prerrogativas y las subordina a la limitada perspectiva de Pachín: son múltiples las ocasiones en que el relato se sirve de fórmulas del tipo “Pachín vio...Pachín descubrió...se dió cuenta...”, de modo que nada vemos si no es a través de los ojos del protagonista, de su imaginación o de lo que oye referir a otros; sería exageradamente prolífico ir notándolo en el texto de la novela, pero cualquier lector atento lo observará sin dificultad. Hay algunos casos en que el recurso es evidencísimo: así, el lento despertar de Pachín después de la explosión sirve al narrador para ir descubriendo —a medida que el protagonista recobra el sentido— qué es lo que ha ocurrido y, según va ampliando el campo de sus observaciones, precisar el verdadero alcance de la catástrofe, según los efectos que percibe. O, en las

páginas situadas en el hospital, que nos es mostrado de modo que me atrevo a calificar de **cinematográfico**, como si la cámara siguiese en su recorrido el desorientado movimiento de Pachín por salas, patios, pasillos y quirófanos.

Todo esto tiene que ver, en mi opinión, con algo que señalé páginas atrás: el aire de **reportaje** que tiene este libro; Pachín no es tanto el protagonista del relato como el punto de mira de ese reportaje: su periplo a través de las calles humeantes y ensangrentadas, su ansioso indagar, sus tropiezos con otros testigos, las escenas impresionantes a que asiste, todo ello es lo que permite al novelista mostrar en sus más variadas dimensiones el aspecto de la ciudad en las horas que siguieron a la explosión del Machichaco.

Lo subjetivo de esa perspectiva se incrementa con la aparición de lo que pudiéramos llamar **visión interna** (algunas reflexiones del personaje, que explican o interpretan ciertos acontecimientos), cuyo grado más intenso es el representado por las pesadillas. De lo primero, es decir, de las reflexiones, tenemos claras muestras en las páginas iniciales, cuando Pachín recorre la ciudad y discurre acerca de su porvenir (en unos textos cuya importancia para la **moraleja** de la obra comentaré más adelante). En cuanto a los sueños, cumplen —como era habitual en la novela de la época— una evidente función simbólica, de modo que, a través de ellos, se hace explícito el significado profundo que para el personaje —conscientemente o no— tienen los acontecimientos que vive o los que espera vivir; al final de la novelita, cuando está en la posada y desespera de encontrar a su madre, sufre Pachín dos pesadillas, una idílica y otra trágica, que contribuyen a explicar la determinación final del protagonista.

Ahora bien, no sería lógico (ni artísticamente coherente) llevar a sus últimas consecuencias ese perspectivismo narrativo, hurtando al lector cualquier otro punto de vista ajeno al de Pachín. De ahí que en determinados momentos aquella perspectiva se complete con otras, que añaden datos o interpretaciones a los del protagonista. Sucede así con la explosión, cuyo relato

directo pone Pereda en boca de un **raquero** que se lo cuenta a Pachín; perspectiva que se completa con la de la posadera, que dará su versión de la catástrofe, tal como la vivió desde su casa. Igualmente, la visión de la ciudad que a lo largo de bastantes páginas se nos ha ofrecido, se completa con el relato que hace en la misma posada uno de los huéspedes, tras haber recorrido las calles y estado en el hospital: su perspectiva precisa algunas de las observaciones hechas por el muchacho en su recorrido por los mismos escenarios. Finalmente, la propia madre de Pachín relatará su impresión de los hechos; impresión que, a su vez, es indirecta, ya que “sabía muy poco de lo que le había pasado; y eso, por referencias hechas cuando ya no había en ella otro pensamiento ni otras ansias que el saber de la suerte de su hijo. Por lo visto, había sido encontrada debajo de unos maderos...” Y, en un esfuerzo por añadir a todos esos puntos de vista uno que se tuviera por objetivo e imparcial, el narrador recoge en estilo indirecto algunas de las primeras versiones de los periódicos locales (con lo que el autor descubre la fuente probable de una buena parte de los datos de su narración).

Una de las consecuencias más claras del tipo de perspectiva narrativa adoptado por Pereda en este libro es la relativa al tono de sus descripciones, especialmente las que se ocupan más directamente de la catástrofe. El que ésta y sus consecuencias estén referidas preferentemente a través de la subjetividad de los personajes es lo que explica la sorprendente sencillez expresiva y la ausencia de hipérboles que notamos en los textos descriptivos. Pereda supo darse cuenta de que la dificultad más grave que debía superar en esta obra residía en dar con el tono exacto al referir los horrores de aquellas jornadas; y, para evitar la retórica grandilocuente, la minuciosidad morbosa en los detalles macabros o la imaginería trágica usual en estos casos, voluntariamente limitó sus medios expresivos, como bien notaron diversos críticos. José Martínez Ruiz, que firmaba como “Cándido” su reseña en *El Globo*, de Madrid, el 26-II-96, escribía: “Esta catástrofe (...) está narrada y descrita con una sobriedad y una sencillez de medios que suspenden y pasman, sin

que la impresión que produce llegue a adquirir la intensidad ni el peligro de una sensación morbosa o malsana". Leopoldo Alas elogiaba el esfuerzo de Pereda "para despertar en la fantasía del lector el cuadro de aquella desolación espantosa (...) a fuerza de arte, y sin dislocar el lenguaje, sin derrochar el color, ni hinchar las metáforas, ni abusar del **realismo impresionista**". Y más recientemente, José F. Montesinos argumenta que en el libro que nos ocupa "una mayor sobriedad en lo patético y la omisión de toda predica impertinente hacen más conmovedor el relato".¹⁶

Curiosamente, esto que venimos considerando como uno de los aciertos de la novelita fue tenido como grave defecto por algunas de las reseñas inmediatas, según las cuales el relato no conseguía transmitir el espanto que necesariamente hubo de producir aquel suceso. Una nota sin firma aparecida en la sección "Amena literatura" de la *Revista Crítica de Historia y Literatura Españolas, Portuguesas e Hispanoamericanas* comentaba: "Gran fortuna sería para Santander que la tremenda catástrofe del **Machichaco** (...) hubiese quedado reducida a la impresión que de ella nos da el Sr. Pereda en su último y notable libro. Leyéndole, no se juzga del horror indescriptible que allí debió sentirse y de los daños que en hombres y propiedades produjo aquel furibundo azote"¹⁷. Y una de las más prestigiosas firmas de la crítica de la época, "Andrenio", argumentaba así su desfavorable juicio sobre este aspecto de la novela:

"La descripción aspira a dar a la visión imaginativa de las cosas descritas. Tiene que **reconstruirlas** en cierto modo; que pintarlas; no basta decirlas. Las generalidades despertan nociónes en el espíritu, y si llegan a herir la imaginación, no crean más que fantasmas vagos y borrosos. Para evocar imágenes parecidas a las del mundo real, se necesitan hechos concretos. El arte de la descripción tiene mucho de arte de detalles. Así lo han entendido los naturalis-

16. José F. Montesinos, *Pereda o la novela idilio*, (2^a ed., Castalia, Madrid, 1969), pág. 236.

17. Revista citada, Madrid, marzo de 1896; año I, núm. 4, pp. 131-132.

tas franceses que mejor han descrito, como Flaubert y Zola, y por no comprender la razón psicológica de los detalles, se les ha censurado injustamente a veces. (...)

En general, no faltan pormenores descriptivos en **Pachín González**, pero tienen poco color o se echan de menos donde más necesarios eran.

Además no bastan los detalles. Se necesita el conjunto, el efecto total. Debe de haber (en lo posible) cierta correspondencia entre el ritmo y la manera de las cosas descritas, y el ritmo y la manera de la descripción. Lo trágico hay que describirlo con intensidad y energía, a **brochazos** rápidos y valientes, no con el reposado pincel de las escenas plácidas y deleitosas. Se necesita **pintarlo con vivos colores**, como dice la frase hecha; huir de la lentitud y la monotonía, de los matices neutros y apagados, de la tonalidad gris. Unas cuantas páginas, expresivas y vigorosas, hablan más a la fantasía y engendran en ella imágenes más vivas que todo un libro prolífico e incoloro. En la cuarta parte del espacio que ocupa la aventura de Pachín González se podría hacer una descripción más completa y más dramática de la catástrofe del Cabo Machichaco".¹⁸

En 1864, en su primer libro, *Escenas montañesas*, recogía Pereda un cuadro costumbrista, “A las Indias”, en el que trataba el mismo tema que constituiría la **moraleja** del relato de 1896; los treinta y dos años que separan ambos textos no suponen ninguna modificación sustancial en la actitud del autor, absolutamente contraria a la emigración; su pensamiento seguía coincidiendo con el de la copla que había reproducido como lema de aquel viejo cuadro:

“A las Indias van los hombres,
a las Indias por ganar:
las Indias aquí las tienen
si quisieran trabajar”.

18. E. Gómez de Baquero, “Crónica literaria”, en *La España Moderna*, Madrid, mayo de 1896; año 8, núm. 89, pp. 143-144.

Mas no sólo coinciden en su moraleja el cuadro de 1864 y la novelita de 1896; hay correspondencias más próximas en diversos elementos de ambos textos, comenzando por sus respectivos protagonistas: Pachín no es sino una reencarnación del Andrés que en “A las Indias” prepara su pobre ajuar y, acompañado de sus padres, viaja de su aldea montañesa a embarcarse en Santander. Podemos notar incluso algunos fragmentos muy semejantes, en especial en las páginas que relatan el paseo del muchacho emigrante por la ciudad, sus impresiones —y las de sus padres— ante los atractivos de la vida de la capital, el movimiento del puerto, los barcos...

La diferencia más notable entre ambas obras, por lo que toca a su **moraleja**, es la resuelta actitud del autor, que si en “A las Indias” se limitaba a apuntar una censura a la emigración —sin entrar a razonar su postura—, en **Pachín González** lo manifiesta y explica de manera inequívoca. Y no tanto por lo que al final del relato exclame el protagonista (“... al pobre rinconuco del nuestro lugar quiero volverme (...) ¿qué mejor caudal, madre? El trabajo que honra y da la paz, ¡bendito sea él!...”), sino por el propio curso de los sucesos que en la obra se relatan.¹⁹

En efecto, si bien en una lectura superficial de la novelita pudiera parecer que no hay en ella suficiente trabazón entre el asunto (la catástrofe del **Machichaco**) y la moraleja antiemigratoria, a mi juicio la conclusión de Pachín, considerada a la luz del pensamiento perediano, es perfectamente coherente con todo lo que ha sucedido en ese trágico 3 de noviembre. Si atendemos a ciertos textos especialmente significativos, se diría

19. Discrepo en este punto de la opinión de Montesinos: “Aquel viejo cuadro **A las Indias** vuelve a desplegarse a nuestros ojos, atenuado en su patetismo desgarrador y atenuada la intención moral”; y añade algo que supone una interpretación de la moraleja de **Pachín González** muy distinta de la que aquí apunto: “una catástrofe como la del Cabo **Machichaco** no podía imaginarse castigo de las ambiciones de un muchacho ilusionado, aunque de aquélla deduzca éste, con un ilogismo comprensible en sus circunstancias, que es una locura tentar al destino, y se quede en su casa”; op. cit. en nota 16, pág. 236.

que Pereda pensaba que aquella catástrofe tenía un valor ejemplar y que, en buena medida, confirmaba sus viejas tesis en defensa de una concepción tradicional de la vida ²⁰. No tenemos más que fijarnos en su manera de presentarnos las ambiciones de Pachín en las páginas iniciales del libro: “... a medida que el sol avanzaba en su carrera y envolvía en luz los “palaciones” del Muelle, y chisporroteaba sobre el extenso cristal de la bahía y se llenaba la calle de transeuntes, y de rumores, y del estruendo del áspero rodar de todo linaje de vehículos, desde el carro de bueyes hasta los coches de lujo. Para él no tenía todo aquel trágico febril con el grandioso escenario en que se agitaba, más que un aspecto y una forma y un sonido: el dinero, mucho dinero... ¡muchísimo dinero! Con el dinero se construían aquellas casas “grandonas” y aquellos vaporazos que ahumaban y mugían en el puerto, arrimados a los muelles o levantando espumas en las aguas, con su andar acelerado para llegar cuanto antes a donde fueran con la carga de sus bodegas (...) el dinero era el talismán prodigioso que ponía en movimiento, que daba vida y valor y prestigio a todas aquellas cosas, seres y artefactos. Ser rico significaba, por lo menos, ser rueda principal de aquella máquina asombrosa; sonar y hacerse oír en medio de la ruidosa baraúnda (...) Esto... o nada; es decir, quedarse en Pachín González para siempre, o lo que era igual, el hambre, la desnudez, la ignorancia, la oscuridad, el trabajo rudo de sol a sol, el pedazo de borona, la vejez prematura, y la muerte, al cabo, en la desconocida choza de su pobre aldea”²¹.

20. Una tan interesante como discutible explicación y defensa de tales tesis, desde posturas ideológicas muy próximas a las del propio Pereda, puede verse en el trabajo de Giovanni Allegra, “Pereda o el sabor de la tierra”, en su libro *La viña y los surcos. Las ideas literarias en España del XVIII al XIX*, (Universidad de Sevilla, 1980), pp. 253-292.

21. Poco más adelante, mientras camina por las calles de la ciudad vieja, se advierte: “Fíjate bien en la calle por donde vas: qué angosta, qué vieja es; qué sombría, qué silenciosa y qué solitaria está, como todas las que arrancan de ella a uno y a otro lado; compáralas con lo que has visto esta mañana, hen-

Pues bien, lo que Pachín no ha advertido —viene a decirnos el autor— es que esa apariencia brillante y seductora es engañosa, y que en su fondo acechan mil peligros: la explosión inesperada del vapor (uno como esos que servían para llevar a los muchachos ambiciosos en busca de dinero) se convierte así en el **símbolo** que explica la tesis del relato. No creo que sea casual el reiterado empleo de la metáfora **monstruo** para designar al barco incendiado, insistiendo en la amenaza que esconde (“No parecía sino que andaba hozando algún monstruo en los profundos de aquel enorme brasero”; “la hoguera dio un respliego de gigante, arreciando hasta lo espantable sus mugidos; y coronada de humo más negro que la pez, que se retorcía y enroscaba sobre sí propio como una monstruosa sierpe enfurecida...”; “el monstruo, aunque sepultado, respiraba todavía...”²²).

Con todo ello, Pachín —como Pedro Sánchez, como el Marcelo de Peñas arriba— será un escarmentado, y el espanto de que ha sido testigo y casi víctima le abrirá los ojos (“Aqueijo, ¡ay, madre de mi alma!... yo no sé explicarlo bien; pero, aunque torpe de entendederas, paécmeme a mí que es a modo de

chido de gentes, de cosas y de ruidos. Pues esto es la muerte de algo que fue; aquello, la vida robusta y poderosa de lo que viene: lo uno es la sombra, el frío de la vejez con hambre; lo otro, la luz, el calor ardiente y vivificador de la riqueza”.

22. En otros textos peredianos es el ferrocarril el que aparece designado con metáforas similares, como símbolo maléfico de todo aquello que, con el progreso, viene a destruir los modos de vida tradicionales. Cfr., por ejemplo, esta descripción de la entrada del tren en la estación, en el cap. VI de *Nubes de estío*: “En esto, el monstruo se iba acercando, arrastrándose, arrastrándose, con un fragor sordo y profundo, como si, por donde se arrastraba, cayeran lluvias de peñascos en los abismos de la tierra; erecía por momentos el diámetro de su cabeza enorme, coronada de blancas y espesas crines; el ojo de la frente dilatándose también, rechazaba en manojo los rayos del sol, que le herían de plano; y por la ancha hendidura de sus mandíbulas entreabiertas asomaban las llamas de sus fauces incandescentes. Ya se oía el acompasado jadeo de su respiración de volcán, y el gotear incesante de sus espumarajos de fuego sobre la senda tapizada de empedernidas escorias...” (Se diría que lo que el autor describe es un dragón...)

libro abierto que tiene mucho que leer y no poco que rumiar. De algo de ello viví yo loco por tentaciones de Satanás, y así y con todo no pagué mi culpa donde tantos inocentes perccieron ayer. ¿Qué mayor suerte? ¿Qué mayor aviso, madre? Y si no lo fuere, yo por tal le tengo y a él me agarro... y al pobre rinconuco de nuestro lugar quiero volverme...”), para tomar una resolución que le reconcilia con su mundo, al que estuvo a punto de traicionar. Ya que, a fin de cuentas, el rechazo perediano de la emigración no es más que una manifestación de su constante defensa de la idea de que cada uno debe mantenerse en el lugar (su clase, su barrio, su aldea) que le corresponde; y de que el modo de vida más auténtico es el tradicional que aún subsiste en los pueblos de su región, lejos de los grandes centros urbanos donde se agita la ambición, el vicio, el Mal.

Pero, al margen de su moraleja, más o menos justificada o tendenciosa, y a pesar de las limitaciones inherentes a una obra de escasa ambición, **Pachín González** no merece el olvido a que suele ser condenada. Para los santanderinos, por la viva emoción con que reconstruye uno de los episodios más impresionantes de la historia de su ciudad, casi olvidado por las jóvenes generaciones. Y para el lector aficionado al género narrativo, por las razones que en este breve estudio he expuesto, tratando de mostrar cómo en su último libro Pereda confirmaba las cualidades que le consagraron como maestro de la novela de su tiempo. A fin de cuentas, con esta narración se despedía de la literatura quien había dedicado a tal pasión casi cuarenta años de su vida; él mismo lo recordaba en emocionadas palabras de una carta a V. Suárez escrita el 4 de febrero de 1906, pocas semanas antes de su muerte: “Este libro fue el pago de una deuda en que siempre estoy con usted, no como señal de que resucito a las letras; más bien quería que usted conociera por la carta-prólogo que esa resurrección es imposible en mí y que sólo se trataba de que no desconociera usted y cuantos me han querido tan bien como usted, las últimas boqueadas mías, co-

mo despedida del mundo literario en que he vivido tantísimos años.”²³

José Manuel GONZALEZ HERRAN
Santiago de Compostela, octubre 1983

23. Texto citado por Laureano Bonet en el prólogo a su edición de: José María de Pereda, *La leva y otros cuentos* (Alianza Editorial, Madrid, 1970), pág. 17. Compárese ese fragmento con la carta-prólogo al mismo Suárez, que reproducimos en esta edición.

CARTA PROLOGO ¹

Sr. D. Victoriano Suárez.²

Madrid

Mi querido amigo: Persevera usted en la creencia, ya bien antigua en usted, de que mi trágica novelita **Pachín González** debe incluirse en la colección de mis **Obras Completas**, hasta por gratitud, pues es uno de los libros que, al publicarse, más lectores me conquistó en menos tiempo; y por esta razón sola no merece ciertamente el desaire con que se le castiga, obligándole a vivir hoy fuera de la vida común de familia, descuidada y regalona, que hacen todos sus hermanos de padre.³

A las razones que usted me da para convencerme y convertirme a sus arraigadas creencias, en vano opongo yo otras que conceptúo irrefutables: por ejemplo, la pequeñez material de la obra, que no dará motivo para un volumen aproximado siquiera al tamaño del más pequeño de la colección de las de-

1. Esta carta fue escrita por Pereda para presentar el tomo XVII de sus **Obras Completas**, que recogía **Pachín González** y otros textos breves, y que aparecería en 1906. Además de su interés por lo que en ella dice a propósito de esta novela, la carta importa por ser uno de los últimos textos redactados por su autor, que fallecería dos meses y medio después. No en vano se califica a sí mismo en la despedida como “su moribundo amigo”.
2. Era este el librero que desde sus primeros títulos, vendía en Madrid y servía a provincias los pedidos de las obras de Pereda; en cierta medida, hacía las veces de su editor.
3. Hasta 1906, **Pachín González** era el único libro de Pereda que no había pasado a la colección de las **Obras Completas**, iniciada en 1884 con **Los hombres de pro** y que alcanzaba ya 16 tomos.

más obras, y que aunque lo diera con creces, el éxito venturoso que usted dice haber tenido ese librejo al nacer, bien pudo consistir en lo terrorífico del drama que narra, por desgracia rigurosamente histórico hasta en sus menores detalles, y no a la manera de describirle, con lo cual nada debería yo en buena justicia a esa avidez con que la ha leído el público, ansioso siempre de impresiones hondas y emociones fuertes, como las que produjo aquella horrenda catástrofe en aquel inenarrable día de eterna recordación.

También he alegado por razón la diferencia que va de tiempos a tiempos en el modo de escribir y de pensar desde que yo no escribo ni pienso⁴, amén de que ni por los años que cuento ni por los males que me agobian⁵, estoy ya para meterme en caballerías de esa especie menuda, que en nada se parecerían a las que yo tenía proyectadas cuando aun me permitía Dios andar por el mundo sano y bueno; materia que me parecía más a propósito que esta otra para dar digno fin y remate a mi larga vida de escritor, en la cual, si he aprovechado poco, he visto mucho.

Para mí, la tarea de narrarlo me sería siempre muy entretenida y grata, aunque a las gentes del público les sucediera todo lo contrario, pues al fin y al cabo siempre hallaría en lo primero muy dulce recompensa para el disgusto que me causaría el ver que ya no me entendían los lectores al hablarles en nuestra lengua común de unas cosas que, aunque yo las consideraba como cosas suyas también, no lo eran por lo visto.

En fin, que usted, que siempre me quiso de veras, alegando de continuo por la entrada de **Pachín González** en la co-

4. Alude Pereda a los notables cambios ideológicos y estéticos que se han dado en la sociedad literaria española desde que dejó de escribir, diez años atrás.

5. Cuando Pereda escribe esta carta-prólogo, su estado de salud era verdaderamente preocupante desde que a últimos de abril del año anterior sufrió un ataque de hemiplejía que le afectó la parte izquierda del cuerpo. A partir de entonces el novelista se sintió impedido y prácticamente dejó de hacer una vida normal. En el verano de 1905 vuelve a tener una recaída y es entonces cuando le visita "Azorín", quien refirió en unos artículos la penosa situación del escritor de Polanco, tocado ya de muerte. A primeros de diciembre, en una última carta a su amigo Pérez Galdós, le dice que anda desgobernado físicamente.

lección, y yo amontonando razones en contrario, incluso la de que cuando Dios había querido apartarme tan inopinadamente de todos los ruidos y vanidades de la vida, como lo ha hecho, por algo habrá sido ello, llegó usted a proponerme, como transacción del caso litigioso (la pequeñez del libro), que rebuscando yo mis cajones y cartapacios viera si quedaba en el fondo de ellos algo inédito o poco conocido, siquiera, del público que me ha leído hasta hoy, y que con lo que de ello me disgustara menos, añadiera algo que engordara el libro y le hiciera *publicable*, y así lo hice con el más firme propósito y en obsequio a usted, que tanto lo deseaba.⁶

En cuanto a las murmuraciones del público con motivo de esta calaveradilla mía, tan poco en consonancia con mi edad y estado lamentable de salud, usted cargaba con toda la responsabilidad de ello, pues para eso “tenía buenas espaldas”, y yo, que nada puedo ni sé negar a la inagotable bondad de usted conmigo, accedí a lo que deseaba; y por eso se publica este libro, que para los que bien me quieran no tendrá otro mérito que el de ser el último que dé a luz su moribundo amigo que le abraza.

J.M. de Pereda

Santander, 15 de Noviembre de 1.905

6 En efecto, atendiendo a la petición de Suárez, Pereda recuperó entre sus “cartapacios” algunos textos breves, relatos y artículos, inéditos o poco conocidos. Eran estos: “De Patricio Ríguelta (redivivo) a Gildo el letrado, su hijo, en Coteruco” (1883); “Agosto. (Bucólica montañesa)” (1889); “El óbolo de un pobre” (1890); “Cutres” (1890); “Por lo que valga” (1890); “El reo de P.” (1898); “La lima de los deseos” (1900); “Va de cuento” (1893); “Esbozo” (1892); “De mis recuerdos” (1900); “Homenaje a Menéndez Pelayo” (1899). Todos ellos se incluyeron en la edición de Pachín González de 1906.

PACHIN GONZALEZ

*Nihil in terra sine causa fit, et
de humo non oritur dolor. **
(Job, c. V,6)

Salió de su casa el día preciso (el de los Difuntos, por más señas),¹ después de oír las tres misas del párroco de su aldea; día bien triste, ciertamente, para los vivos, si tienen memoria para recordar y corazón para sentir, porque los hay que no sienten ni recuerdan, sobre los cuales pasan esas y otras remembranzas como el viento sobre las rocas. Sin los alientos que le infundió el cura aquella misma mañana, sabe Dios si hubiera padecido serios quebrantos su resolución, porque fue mucho lo que lloró su madre oyendo las misas y comulgando a su lado, aunque afirmaba la buena mujer que solamente lloraba por los pedazos de su corazón que pudrían en la tierra: por aquel esposo tan providente y tan bueno, por aquella hija tan garrida y cariñosa, cuyas vidas había segado el dalle de la muer-

* Es muy significativa esa cita del Libro de Job, tanto por su pertinencia, en relación con la historia narrada (“En el mundo nada se hizo sin causa, y de la tierra no surge el dolor”), como por lo que tiene que ver con la biografía del autor; según cuentan sus biógrafos, tras la trágica muerte de su hijo, Pereda buscó consuelo en la lectura del Libro de Job.

1 Nótese, ya desde las palabras iniciales del relato, el afán del autor por precisar la fecha del suceso. Como explicamos en la introducción, la explosión del “Machichaco” tuvo lugar el día 3 de noviembre de 1.893; Pachín sale de su aldea el día anterior (que, como si fuese una funesta premonición de la tragedia, es el Día de Difuntos).

te tres años antes. Sería o no sería esto la pura verdad en opinión del hijo, que también lagrimeaba por contagio y a cuya sutileza de magín no se ocultaban ciertas cosas; pero las reflexiones del párroco por una parte, y por otra la labor tentadora de cierto diablejo que no descansaba un punto en su imaginación pintándole cuadro tras de cuadro y siempre el último más risueño que el anterior, lograron hacerle triunfar, sin gran esfuerzo de sus flaquezas de hombre y de sus ternuras de hijo cariñoso. Tocante a lo *señalado* del día, no era posible elegir otro más alegre. El vapor zarpaba el 4 a media mañana, y no le sobraba una hora del 3 para despachar debidamente los indispensables quehaceres que le esperaban en la ciudad.

Ello fue que la madre y el hijo llegaron a Santander, según lo anotó a pulso el jovenzuelo en su flamante cartera, “en la tardezucha del 2 de noviembre de 1893”².

Poco más de veinticuatro horas le quedaban ya que pasar en este viejo mundo, en *tierra firme*, conocida, propia ... después, la inmensidad de los mares, lo remoto, lo desconocido, lo incierto, “el otro mundo”, del que tantos aventureros no volvían, o volvían envejecidos y desencantados ... Pero estas notas sombrías de sus alegres panoramas imaginativos, no eran ya para traídas a cuenta en ocasión como aquélla. El dado estaba echado, y no cabía volverse atrás. Adelante, pues, con el empuje de la fe de sus visiones; y por de pronto, a aprovechar bien aquel puñadito de horas que le quedaban disponibles al lado de su madre: había que saborearlas como las últimas migajas de la primera golosina que se nos da. ¡Dios piadoso! ¡que no fueran las últimas de su vida, consagradas a tan santo destino!

Estas ráfagas invernizas le mortificaron algo en las primeras horas de la noche, y eso que procuró distraerse, andando a la ventura por las calles, contemplando los escaparates iluminados de la tiendas y complaciéndose en mover la curiosidad admirativa de su madre; hasta que el cansancio y las ganas de cenar los volvieron a la posada.

2 De nuevo, el afán por fechar con precisión el suceso.

Al amanecer del día siguiente, ya estaba Pachín González despierto y restregándose los ojos en la cama. De un brinco saltó de ella; y delante del escapulario bendito que se quitó del cuello y colgó de un boliche de la cabecera, rezó las oraciones de costumbre y algunas más por las necesidades del momento. Después salió con su madre a oír una misa en la iglesia más cercana. Así, a la vez que servía a Dios, “mataba el tiempo” hasta que se abieran los escritorios y las oficinas, y pudiera despachar sus negocios más importantes.

Desde la iglesia y antes de almorzar, quiso dar una vuelta por el Muelle y un vistazo desde allí. Ya sabía el que su vapor estaba hacia la derecha, arrimado a uno de los tableros salientes de Maliaño.³ Se lo había dicho en la posada un huésped que había de ser su compañero de pasaje: buen barco, poderoso y grande, aunque menos lujoso que el correo, aquel de cuatro palos que se erguía como un gran señor a la misma embocadura de San Martín.⁴ En otra ocasión había visitado él uno semejante, casi igual, fondeado en el mismo sitio. ¡Qué riqueza, por dentro, de maderas finas, de terciopelos y bronces como los mismos oros! ¡Qué salones tan grandes, qué espejos tan resplandecientes, qué pompas de comedor y qué *alfombraje* por los suelos! Ciento que no gozaban de tantas maravillas los pasajeros que pagaban tan poco como él; pero, al cabo, tan en palacio se vive habitando el principal, como los desvanes. Este vapor no salía hasta el 20,⁵ y de seguro iría atestado de pasajeros de su modesta clase, que no podrían revolverse en él sellado. Dos desventajas en comparación del otro, del *suyo*,

3 Se refiere al muelle de Maliaño, llamado también de Manzanedo por haber sido construido por don Juan Manuel Manzanedo, primer duque de Santoña.

4 Véanse en *Sotileza*, cap. II las referencias a San Martín, por donde abocaban los barcos al puerto y en donde fondeaban algunos de ellos. El vapor de cuatro palos a que se refiere era el “Alfonso XIII”.

5 Los vapores de la Compañía Trasatlántica de Barcelona salían del puerto de Santander el 20 de cada mes para Puerto Rico y La Habana. Eran los consignatarios Angel B. Pérez y Compañía, cuyas oficinas estaban en el Muelle, 36, donde se expedían los billetes.

que salía con quince días de delantera, y, por ser barco de carga principalmente, llevaba poco pasaje: ocho o diez, a lo sumo, en buenos y desembarazados camarotes, como se vería luego... Por eso le había dado la preferencia.

Todas éstas y otras muchas reflexiones, enderezadas al mismo fin, se las hacía el chico a su madre, que le seguía, sin desplegar los labios, con su pañuelo negro a la cabeza, su chal de merino sobre los hombros, su refajo de estameña, negro también, un paraguas con funda terciado sobre el brazo izquierdo, y mirando y pisando con timidez, como si se hubiera metido en propiedad ajena sin permiso de su dueño.

El día, a todo esto, se presentaba hermoso, primaveral, esplendente de luz, suave, dulcísimo de temperatura, convidando a vivir sin penas ni cuidados, y ofreciendo el espectáculo admirable de la Naturaleza con lo más lucido de sus galas otoñales, a los encogidos de espíritu y quejosos de la vida por contrariedades de poco más o menos.

Después de almorzar en la posada, vuelta los dos a la calle para realizar el programa acordado de sobremesa: el pasaporte en “la Aduana”, el billete de pasaje en “el escritorio”,⁶ etc., etc. Para esto y algo más iban bien pertrechados de instrucciones y de dinero, y hasta traían una esquelita de recomendación para cierto tabernero rico “de por allá” que se pintaba solo para abreviar trámites y vencer obstáculos de cierta especie.

En estas idas y venidas, siempre los mismos pensamientos en la cabeza de Pachín González, pero extendiéndose y agigantándose en ella, de momento en momento, de hora en hora, y a medida que el sol avanzaba en su carrera y envolvía en luz los “palaciones” del Muelle, y chisporroteaba sobre el extenso cristal de la bahía, y se llenaba la calle de transeúntes, y de rumores, y del estruendo del áspero rodar de todo linaje de vehículos, desde el carro de bueyes hasta los coches de lujo.

6 Se llamaban así los despachos de los consignatarios y almacenistas que solían tener su sede generalmente en el Muelle. En este caso Pachín y su madre irían a sacar el billete a la oficina del consignatario Angel B. Pérez.

Para él no tenía todo aquel tráfago febril con el grandioso es-
cenario en que se agitaba, más que un aspecto y una forma y
un sonido: el dinero, mucho dinero ... ¡muchísimo dinero! Con
el dinero se construían aquellas casas “grandonas” y aquellos
vaporazos que ahumaban y mugían en el puerto, arrimados a
los muelles o levantando espumas en las aguas, en su andar ace-
lerado para llegar cuanto antes a donde fueran con la carga de
sus bodegas; por el dinero se movían aquellas gentes que se
cruzaban con él en todas direcciones, con papeles en las manos
o hablando solas, o de lejos y a gritos y sin detenerse con otras
que tampoco se detenían y también respondían gritando; de
los pudientes y adinerados eran aquellas señoritas tan arrogantes
y peripuestas, que, al pasar a su lado, dejaban un olor más
fino todavía que el de las rosas y la mejorana; y aquellos co-
ches tan lujosos, arrastrados por caballos regalones, cargo-
dos de metales relucientes sobre correajes charolados; y
obra de ricos y para los ricos, los potentes muros que conte-
nían el mar y le disputaban el terreno y llegaban a conquis-
társele; y aquellos palitroques altísimos plantados en hileras
y sosteniendo madejas de alambres que llevaban la palabra de
los hombres, con la velocidad del rayo, por todos los rincones
y escondrijos de la población y aun por todas las regiones del
mundo conocido; el dinero era el talismán prodigioso que po-
nía en movimiento, que daba vida y valor y prestigio a todas
aquellas cosas, seres y artefactos. Ser rico significaba, por lo
menos, ser rueda principal de aquella máquina asombrosa; *so-
nar* y hacerse oír en medio de la ruidosa baraúnda; ser alcalde
de la ciudad, marido de una señora guapa y elegante, vivir en
casa grandona, andar en carroaje propio, recibir los saludos de
otros ricos y formar comunión con ellos; y entre todos, ejercer
absoluto poderío sobre todo, desde los barcos de la mar y las
casonas mejores y las piedras de la calle, hasta las cajas del Ban-
co y el tesoro del Ayuntamiento; ser, en fin, el alma y la vida y
el espejo de una gran ciudad como aquélla. Esto ... o nada; es
decir, quedarse en Pachín González para siempre, o lo que era

igual, el hambre, la desnudez, la ignorancia, la oscuridad, el trabajo rudo de sol a sol, el pedazo de borona, la vejez prematura, y la muerte, al cabo, en la desconocida choza de su pobre aldea... o tal vez en el pajar remoto que la caridad de un extraño le haya ofrecido para refugio de sus huesos quebrantados por el peso de la edad y la fatiga, y el dolor de pedir una limosna de puerta en puerta ... ¡Oh, el dinero!... ¡el dinero! mucho, ¡muchísimo dinero!... Bien sabía él dónde se hallaba y de dónde le habían traído otros. A buscarlo iba allá. ¿Por qué había de ser él menos afortunado?

Y como con el ardor de estos pensamientos resultaban su andar más decidido y su continente más apuesto y marcial, su madre, que lo veía y lo admiraba, mientras le seguía los pasos muy de cerca, iba pensando a su vez:—La verdá, que campa como él solo, y gusto da verle con ese porte tan airoso y tan gallardo. ¡Qué conformación de cuerpo la suya, y que espigao está! ¿Quién diría que no nació de señorones de lustre pa cerner⁷ la levita y el bastón de puño de oro, más que el atalaje⁸ corto que lleva encima? Verdá que, por llevarle él, no le conociera el mismo sastre que acaba de hacérsele... ¡Pos dígote el mirar de los sus ojos y el *plegue* de la su boca! Duro es que se me marcha, duro que yo le pierda, y sabe Dios si para siempre en jamás; pero si con ese magín despierto, y esa agudeza que sacó de suyo y ese palabreo tan ... vamos, y un plumear como él plumea,⁹ y las escuelas que tiene, y las historias y hasta los latines que sabe, está llamado a mejor suerte que la que tuvo ¡padre majando terrones toda su vida sin ver quitada el hambre a su gusto una vez siquiera, ¿por qué no ha de echar su co-

7 Cerner: mover.

8 Atalaje: ajuar, guarnición.

9 Plumear: Escribir (con pluma). En su correspondencia Pereda emplea con cierta frecuencia este término, siempre en tono familiar; vgr. este ejemplo, en carta a Galdós del 3-VI-1897: "Como todo lo malo se pega, yo también, mi querido Benito, he pecado ya de perezoso en esto del plumeo epistolar, con tan buenos amigos como Vd." (En Soledad Ortega, *Cartas a Galdós*, Ediciones de la Revista de Occidente, Madrid, 1964, pág. 185).

rrespondiente cuarto a espadas? Hasta, bien mirado el caso, no es de los que menos triunfos tienen en el juego para atreverse a un envite ... ¡Vaya, vaya!... Lleva buenas cartas de unos y otros que nos quieren bien, y colocación segura por lo pronto. ¡Cuántos con menos amparo al salir de casa, han vuelto de allá hechos unos príncipes, aborrecíos de caudades! Y ¿por qué no has de volver tú como el más pudiente de todos ellos?... Sí, hijo, sí, que de menos nos hizo Dios; y el que no se arriesga no pasa la mar... Ni tú sabrás nunca lo caro que cuesta a tu madre ese puñado de duros con que te pone en camino de hacer fortuna, ni tu madre vivirá para gozarse en verte afortunado, si lo alcanzas; pero otros lo verán, y lo verás tú mismo, sobre todo, que bien te lo mereces, por mucho que ello sea y por onde quiera que se te mire ...

Cuando dieron por terminados sus quehaceres de la mañana y vieron que les quedaba algún tiempo sobrante hasta la hora de comer, quiso Pachín llegar “hacia los otros muelles” para ver más de cerca *su* vapor. Deseaba conocerle “por afuera” antes de visitarle por adentro, y bien despacio, por la tarde.

Volviendo de esta excursión, que hacía de mala gana su madre, porque estaba rendida de dar vueltas por la ciudad, como la ardilla en su jaula, oyeron decir a unos hombres que miraban con fijeza a un vapor que estaba atracado a la cabeza de uno de los muelles:

— Dicen que se le ha declarado fuego a bordo.¹⁰

Estremecióse la buena mujer, y exclamó con los ojos puestos en Pachín:

— ¡Que el Señor te libre, hijo mío de mi alma, de peligros tales! Pos, mira, no había contado yo con ellos.

— También las casas se queman —respondió Pachín empujando suavemente a su madre para alejarla de aquel sitio, pero sin apartar la vista del barco.—Por lo pronto— añadió, querien-

10 Primera alusión a la catástrofe que se avecina.

do chunguearse,— ahí me las den todas ... y vámonos a la posada, que ya es hora de comer.

* * *

A gloria les supo la comida con el hambre que llevaban y la sazón que le dió aquel comensal que había de ser compañero de viaje de Pachín, hombre ya duro de colmillos, que iba a la Habana a recoger la herencia de un pariente muerto allá, y muy hecho, según afirmaba, a navegar por “los mares de aca”. Todo lo pintaba llano y placentero como la palma de la mano; y en cuanto a los incendios de los vapores, tras de no ocurrir dos en medio siglo, eran tan fáciles de apagar con las “maquinarias” que hoy se llevaban a bordo solamente para eso, como aquel pitillo que él estaba fumando, en cuanto le metiera por la punta encendida en el agua del vaso que tenía delante. Y como lo afirmaba lo hizo. Con esta demostración y aquellas seguridades, a Pachín le irradiaba la cara de complacencia, y respiró su madre con entero desahogo; de manera que mucho antes de acabarse la comida, ya habían perdido el uno y la otra hasta el recuerdo del vapor, con fuego a bordo, atracado a uno de los muelles de Maliaño.

Sin levantarse de la mesa arreglaron el programa de la tarde. Primeramente irían al vapor *suyo*, al cual no habían llegado por la mañana para verle por fuera a su gusto, porque, puestos a andar hacia allá, iba resultando el camino más largo de lo que aparentaba visto desde lejos, y ellos estaban ya muy rendidos y con grandes ganas de comer. Le verían, pues, a la tarde, por afuera y por adentro; se acercarían al capitán, billete de pasaje en mano; conocerían el camarote que se destinaba a Pachín y cuanto les dejaran ver de las maravillas del barco, y averiguarían cuándo debía presentarse a bordo con su baúl el pasajero, y a qué hora saldría el vapor al día siguiente. Después de hacer esto, y de hacerlo bien, porque era su principal negocio de aquel día, volverían a la ciudad y visitarían, si daban con ella, a

Juana Cornejo, hija de tío Juan Cornejo, su convecino, que les había rogado mucho esta visita a la mozona, la cual servía en casa del señor don Pedro Redondo, viudo, sin otras señas, y andaba (la moza) algo olvidada de su familia de año y medio a aquella parte. Luego irían a dar las gracias al tabernero influyente que tan bien les había servido por la mañana, y hasta suministrado los informes necesarios para rastrear el paradero de Juana Cornejo, no tan a la vista como su padre pensaba.¹¹ Hecho esto, si era posible, comprarían algunas baratijas que necesitaba Pachín y le regalaba su madre para ornamentación de su persona; verían la Catedral, si estaba abierta¹² ... y, en fin, irían aprovechando, para sus ya escasos negocios, y entretenimiento y recreación de sus espíritus, las sobrantes horas del día y las primeras de la noche, minuto a minuto e instante por instante, como si fueran los últimos de la vida.

El huésped consabido de la posada y comensal de ellos en la mesa, y que parecía una buena persona, les convidó a café después de la comida, agasajo que no aceptó Pachín sin la condición de que el otro aceptara el obsequio de un puro de diez céntimos y una copita de Ojén. Con este motivo se prolongó la sobremesa algo más de lo calculado; y cuando el hijo y la madre se vieron en el portal de la posada y se despidieron del comensal, que se largó con rumbo opuesto al que ellos iban a seguir, oyeron que daba los dos el reló de la Catedral.¹³ Afor-

11 En “Ir por lana”, de *Tipos y paisajes* (1871), se cuenta una historia que desarrolla lo que veladamente se apunta aquí: la corrupción de una muchacha aldeana que ha ido a servir a la capital; la protagonista del relato “Ir por lana”, seducida y abandonada por un señorito, termina sus días dedicándose a la prostitución más miserable, en Madrid.

12 En el cap. III de Pedro Sánchez (1883) Pereda relata algo semejante y quizás autobiográfico: la visita del protagonista, un mozalbete aldeano, a la Catedral de Santander, y la impresión que le produce la solemnidad de sus oficios litúrgicos.

13 Nótese la precisión horaria, de la que hallaremos nuevas muestras en las páginas que siguen; todo ello contribuye a ese aire de reportaje que, como hemos explicado en la introducción, tiene este relato. Por este reloj y sus campanadas se guiaba la ciudad, hasta el punto de protestar la prensa cuando estaba averiado.

tunadamente había tiempo para todo, y no se apuraron gran cosa por el desperdiciado en el comedor.

Por sentar Pachín los pies en la acera, comenzó el diablejo de su meollo a darle qué hacer. ¡Ni en aquellas horas críticas se segaba el arrastrado! Al contrario, cuanto más se iba aproximando el instante de la despedida final del pobre muchacho, con mayor ahínco le sentía trabajar en su cabeza.

— Mira, Pachín González —le dijo entonces,— y fíjate bien en la calle por donde vas: qué angosta, qué vieja es; qué sombría, qué silenciosa y qué solitaria está, como todas las que arrancan de ella a uno y a otro lado; compáralas con lo que has visto esta mañana, henchido de gentes, de cosas y de ruidos. Pues esto es la muerte de algo que fue; aquello, la vida robusta y poderosa de lo que viene: lo uno es la sombra, el frío de la vejez con hambre; lo otro, la luz, el calor ardiente y vivificador de la riqueza. ¡Qué diferencia tan grande, eh! Pues atente al nuevo ejemplo, Pachín González, y no te llames a engaño mañana u otro día, que bien avisado estás¹⁴.

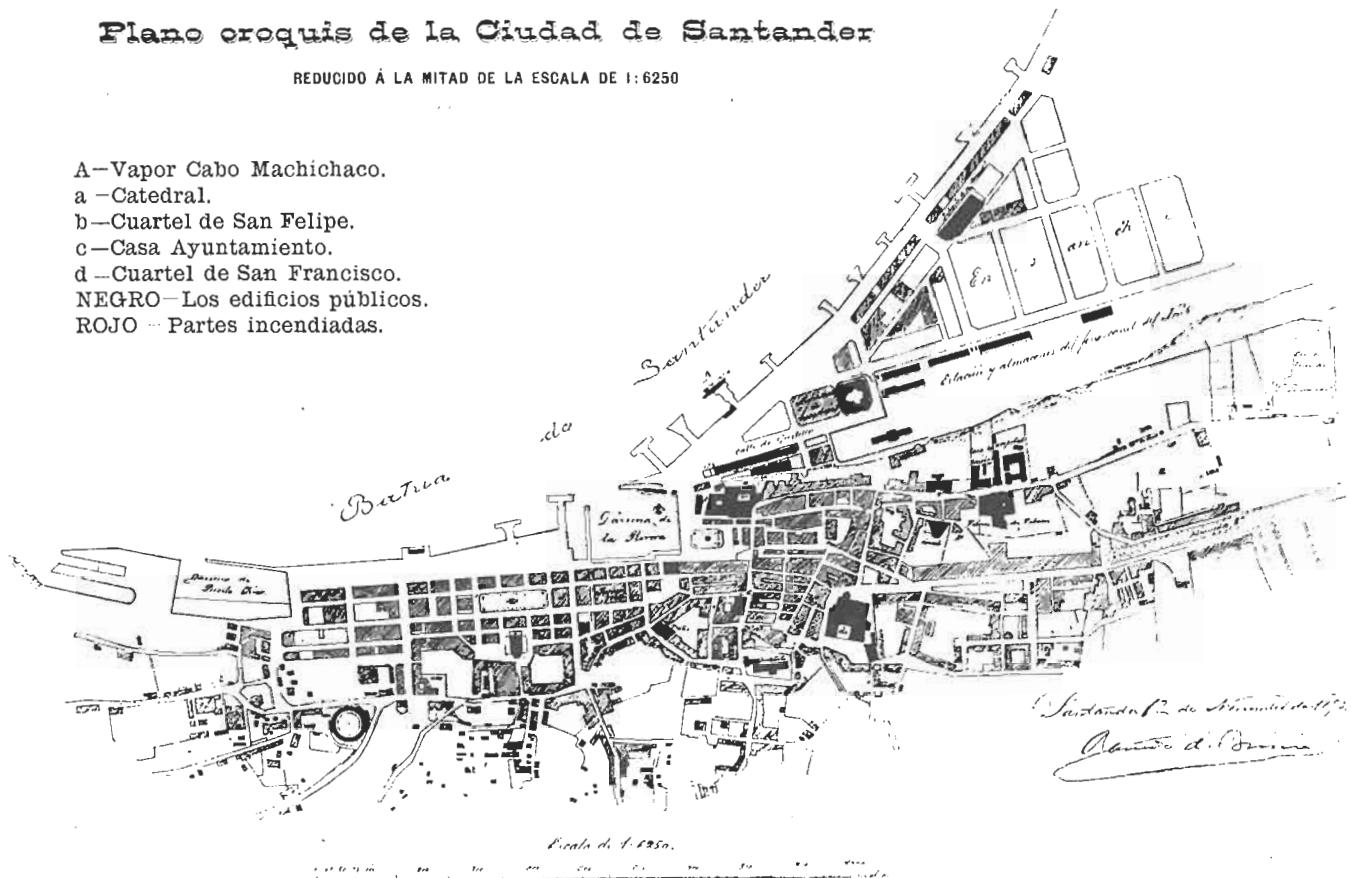
Andando y pensando así el hijo y siguiéndole la madre, sabe Dios con qué pensamientos, porque los tenía de todos colores la pobre mujer, pasaron de la zona antigua a la moderna, donde hasta el sol se complacía en ser más esplendente y lo bañaba todo por igual con sus rayos de oro, tan deseados y apenas vistos entre las angosturas del barrio fósil. Hasta las gentes parecían otras allí, más diligentes, más expresivas, más locuaces. Esto ya lo había notado Pachín por la mañana al verlas caminar en todas direcciones; pero le llamó bastante la atención que la actividad de por la tarde, sin ser menor que la de la mañana, se manifestaba en una forma muy distinta: casi todas las personas que iban a mucho andar, seguían una misma dirección, la de los muelles de Maliaño. ¿Por qué? Y ¿por qué cuanto más acentuaban éstas el andar, mayor era el número de las que arrastraban consigo de las otras? Era como una corrien-

14 Hay en este párrafo una evidente carga simbólica y premonitoria, en relación con la tesis final del relato. (Cfr. la introducción).

Plano o croquis de la Ciudad de Santander

REDUCIDO A LA MITAD DE LA ESCALA DE 1:6250

A—Vapor Cabo Machichaco.
 a—Catedral.
 b—Cuartel de San Felipe.
 c—Casa Ayuntamiento.
 d—Cuartel de San Francisco.
 NEGRO—Los edificios públicos.
 ROJO—Partes incendiadas.



te central que iba absorbiendo poco a poco los remansos adyacentes. Pero ¿a qué fuerza de atracción obedecía todo aquel extraño movimiento? ¿A dónde iba aquella gente tan apresurada y afanosa?

Un raquerillo ¹⁵ desarapado que pasó corriendo junto a Pachín, aclaró las dudas de éste, respondiendo a grito pelado, y sin detenerse, a otro camarada que le había interrogado desde lejos:

— ¡A ver un vapor que se quema atracao al tercer muelle!
— ¡El vapor de esta mañana! — dijo Pachín a su madre, que se quedó en una pieza.

¡Bien enterado estaba el hombre de la posada en materias de apagar incendios en los vapores!

Sin cruzarse una palabra entre la madre y el hijo, continuaron ambos andando, o mejor dicho, dejándose conducir como dos burbujas más en el centro de la corriente. Así llegaron a dar vista a la gran explanada donde se esparcía la muchedumbre de curiosos, sobre cuya masa, y por la línea borrosa que ésta dibujaba hacia el Sur, se elevaba una columna de humo negro con toques de llamaradas rojas, que recordaba a Pachín el calero¹⁶ de la sierra de su lugar cuando le encendía, bien a menudo, una cuadrilla de tejeros asturianos. Al revés de lo que se observaba en los demás, la madre y el hijo acortaban el paso a medida que se aproximaban al lugar del suceso. Les imponía mucho aquel espectáculo tan nuevo para ellos, sin contar con que, como buenos aldeanos, eran tímidos y recelosos. Anduvieron de este modo un buen trecho, palpando el terreno con los pies, mirando cautelosamente en derredor y buscando siempre los espacios más abiertos y desembarazados. Pachín dirigía los rumbos, y le seguía su madre maquinalmente y como cosida a sus ropas. Así llegaron hasta las filas más avanzadas, oyendo desde allí bien claramente el siniestro resollar de la hoguera

15 A propósito de este tipo véase el cuadro “El raquero”, de Escenas Montañesas (1864).

16 **Calero (o calera):** Horno para calçinar piedra caliza.

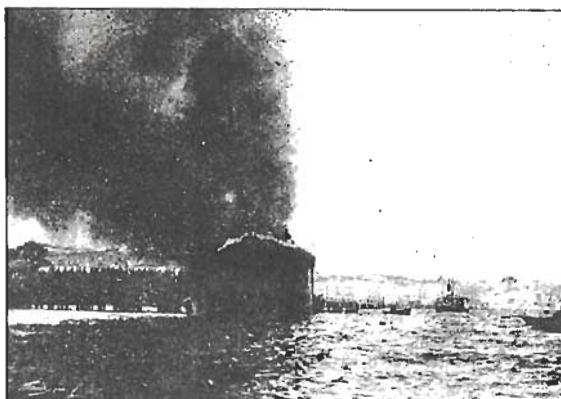
formidable, pero sin ver lo que el mozuelo descaba por los momentáneos e intermitentes resquicios de la muralla de gente que tenía delante. Estas dificultades avivaron más sus deseos: cogió con su diestra una mano, que temblaba, de su madre, y sin apresuramientos ni violencias, se la llevó consigo, y no paró de maniobrar y de entretejerse hasta que se halló con ella delante de la primera fila de espectadores y pudo contemplar el cuadro sin estorbos. Pero como en Pachín González hasta la curiosidad era metódica, en vez de saciarla de un golpe y atropelladamente, como los glotones el hambre, quiso proceder con orden, y comenzó por averiguar, ante todo, qué barco era el que se quemaba. Cabalmente lo podía leer con suma facilidad en el tablero de popa; allí estaba su nombre estampado en letras de oro: *Cabo Machichaco*. Y el vapor era grande. Por uno y otro lado del muelle a que estaba arrimado, sobresalía un tercio del casco; y aunque era baja la marea, la cubierta del buque levantaba más que el tablero del muelle, enfrente del cual había un buen espacio despejado por la Guardia civil y la policía. La *quema* estaba entre el palo delantero y la máquina. Por aquella escotilla, por aquel ancho agujero, salían rugientes llamaradas entre apretadas columnas de humo denegrido y espeso. Imponía mirarlo y *oirlo*.

No podía explicarse Pachín las razones de que había nacido la ocurrencia de tener un barco en aquellas condiciones arrimado a unos muelles de maderas embreadas y tan cercanos a la población. Pero ¡qué sabía el pobre aldeanuco de esas cosas! Cuando así se había hecho, bien hecho estaría.¹⁷ Por de pronto, las medidas que se tomaban para combatir el incendio, no dejaban de ser una excusa muy atendible: en lo más apartado y solo de la bahía, no hubiera sido fácil luchar contra el fuego como se estaba luchando allí desde tierra y desde el barco mismo, con todos los recursos de que se podía disponer,

17 Nótese la amarga ironía de Pereda: la desconfianza del aldeanuco revela su natural prudencia, que contrasta con la general inconsciencia e irresponsabilidad ante el barco en llamas.

dentro y fuera, y una voluntad y una valentía que a Pachín le tenían entusiasmado. Bomberos, marinos, paisanos de todos pelajes... de todo había en aquella legión de trabajadores, y nadie economizaba las fuerzas ni esquivaba los peligros: el agua caía a chorros en las bodegas incendiadas, y por todos los portillós de su obra muerta entraban y salían hormigueros de hombres bien organizados que ponían a salvo del incendio, sobre el muelle, cuanto podía cargarse al hombro o sacarse entre las manos, de las cámaras del vapor: libros, cajas, muebles, ropas, aparatos náuticos, papeles y mil cosas más, cuyo destino desconocía Pachín González en su ignorancia de aldeano de tierra adentro. Por eso prestaba suma atención a lo que se hablaba a su lado; cuando de este modo no salía de sus dudas, se atrevía a preguntárselo a algún colateral, que nunca le negaba la respuesta. Así supo que unas cuantas personas que estaban agrupadas sobre el muelle y muy cerca del vapor, eran el gobernador civil, y los ingenieros del puerto, y el comandante general, y el coronel de las fuerzas que prestaban servicio afuera con la Guardia civil, cuyo jefe estaba allí también, y el de Marina, y el alcalde ... en fin, todas las autoridades de la ciudad y de su puerto; jefes y autoridades que a lo mejor desaparecían en el barco o entre las muchedumbres, porque en nadie había allí sosiego, ni para nadie puesto fijo ni punto de reposo. Se cruzaban a gritos muchas veces, entre los del barco y los de afuera, las órdenes y las respuestas; tan a gritos, que las entendía Pachín perfectamente, y siempre parecían mayores las inquietudes de los hombres que pudieran llamarse *de casa*, con relación al barco, que en los extraños que contendían con ellos.

Entre tanto la hoguera continuaba rugiendo y devorando, sin crecer ni menguar en la apariencia, como si de los elementos mismos que contra ella se empleaban, se nutriera su voracidad. Algunas veces, sin embargo, se acentuaban los mugidos del incendio, se estremecían, alargándose, las llamaradas, y salían las columnas de humo entre guirnaldas y ramilletes de pavesas crepitantes. No parecía sino que andaba hozando algún



El "Cabo Machichaco" antes de la explosión.

monstruo en los profundos de aquel enorme brasero. ¡Aquel brasero! Precisamente era el tema que más daba que hablar a los curiosos inmediatos a Pachín. ¿De qué se alimentaba aquel brasero? ¿Cómo se concebía que siendo de hierro el casco del vapor, de hierro su costillaje y armadura, de hierro, según se decía, la mayor parte de la carga que contenía la bodega incendiada, llevara ya el incendio más de cuatro horas, sin la menor señal de extinguirse, a pesar de los esfuerzos con que se le combatía?

En estas investigaciones se andaba, cuando la hoguera dio un respiro de gigante, arreciendo hasta lo espantable sus mugidos; y coronada de humo más negro que la pez, que se retorcía y enroscaba sobre sí propio como una monstruosa sierpe enfurecida, se elevó en el espacio a grande altura. Fue aquello como un huracán que barrió de gente toda la planicie, con la heroica excepción de los imperturbables centinelas, a quienes el deber obligaba a permanecer en sus puestos a pie firme. Todos los curiosos huyeron a la desbandada, entre los alaridos de las mujeres y los ayes angustiosos de los niños, que rodaban por el suelo arrollados por la muchedumbre despavorida. Porque había allí niños también, ¡muchos niños! La tarde,

por su templanza, serenidad y hermosura, tentaba a salir de casa; y una vez en la calle, ¿qué mejor campo de recreo que los terraplenes de Maliaño, con la golosina de un vapor ardiendo junto a ellos? Así resultó aquel sitio como el fondo de una siesta que se fue tragando poco a poco toda la gente desocupada de la ciudad.

Pero el fenómeno que había producido la desbandada desapareció en breves instantes; cesaron los rugidos anormales, descendió la columna de fuego a su ordinario nivel, y volvieron a atacarla con mayores bríos los denodados trabajadores, que se habían quedado, en presencia del fenómeno, con el ánimo suspenso. Todo lo cual alentó a los fugitivos y les devolvió la tranquilidad y la confianza, fueron saliendo poco a poco de sus refugios y escondrijos, y avanzando en masas y en hileras hasta el lugar que les atraía con una fuerza irresistible; y cuando a él llegaron, ya estaba delante de todos Pachín González con su madre, pálida, temblorosa y sin pulsos, que le pedía, por todos los santos y santas del cielo, que la sacara de allí, donde no podía suceder cosa buena. Además, la tarde iba corriendo demasiado, y no les quedaría, dentro de poco, el tiempo que necesitaban para lo que tenían que hacer en el otro vapor, en el *suyo*. A todo ello respondía Pachín con muy buenas y muy cariñosas razones; pero no raía¹⁸ de allí: le tenía fascinado aquel espectáculo, y no quería perderle de vista hasta ver en qué paraba. Cabalmente llegaba en aquel momento al costado del vapor otro pequeñito y negro, con gente de uniforme a su bordo, y oía él decir que eran el capitán, oficiales y parte de la tripulación del *Alfonso XIII*, del vapor-correo, el de los cuatro palos, fondeado en la embocadura de San Martín. Pues aquella gente tan marcial y tan gallarda, con la multitud de aparatos que traía consigo, no vendría al buque incendiado a humo de pajas. Le pidió a su madre media hora siquiera para ver los resultados que daba aquel importante esfuerzo, y no supo negársela la pobre mujer.

18 Raía : de *raer*: quitar (se), separar (se).

Desde el momento de la dispersión tumultuosa, no había pasado uno solo sin que Pachín oyera hablar a su lado de las causas probables de aquel inesperado e instantáneo embravecimiento de la fogata, y de lo mismo continuaba hablándose junto a él a la vuelta de las oleadas de dispersos. También observó que por un buen rato después de aquel alarmante caso, hubo menos tranquilidad en los espectadores, él inclusive. Dominaba la creencia de que había en la bodega incendiada líquidos y materias inflamables en abundancia: latas de petróleo, por lo menos. No podían ser de otro origen aquellas tremebundas llamaradas de antes, cuya humera apestaba “a demonios chamuscados”.

Hablándose de esto, fue cuando llegó por primera vez en aquella tarde a los oídos de Pachín, la palabra *dinamita*. ¡La dinamita! Bien sabía él lo que era: cansado estaba de verla usar en unas canteras de su pueblo. Con un cartucho solo de dinamita, se hacía rajas un peñasco más grande que la Catedral. ¡Y se daba en su derredor, como noticia comprobada recientemente, la de que en las bodegas del vapor incendiado venían centenares de cajas de dinamita! ¡Imposible! Cuando menos, debían de saberlo los de a bordo; y sabiéndolo, ¿cómo habían tenido entrañas para dejar arrimado a la ciudad tan espantoso peligro, pudiendo llevarle mar afuera? Era esta reflexión tan humana y de buen sentido,¹⁹ que a Pachín le bastó para no dar crédito a los alarmantes rumores, como no se le daba la muchedumbre que continuaba creciendo y desparramándose tranquila y descuidadamente en todas direcciones, desde la estación del ferrocarril de Solares,²⁰ hasta los últimos muelles de las escolleras.

19 De nuevo, el buen sentido del chiquillo aldeano sirve a Pereda para censurar veladamente la actitud culpable de los responsables de la catástrofe.

20 La Compañía de Maliaño había procedido a la construcción de una dársena y “docks” cuya concesión tenía entonces “Santander Harbour Company” para facilitar los servicios de varias líneas de ferrocarriles que pasaban por las inmediaciones (el del Norte, el de Solares y el tranvía).

Pero donde estaba la mayor espesura, la gran masa de gente, era en los contornos de los tres lados del vasto rectángulo, cuyo centro ocupaba el vapor que ardía, rectángulo formado por el muelle longitudinal y otros dos salientes y perpendiculares a él, y la línea exterior de embarcaciones de todas castas y tamaños, unas fondeadas allí, y otras recién llegadas en auxilio del vapor.

De toda la masa de espectadores, lo más curioso para Pachín era la primera fila de ellos, sentados al borde de los tres muelles y con las piernas colgando. La mayor parte de este apretado festón se componía de chicuelos de la hampa de la ciudad, “chicos de la calle”, sin apego al hogar (los que le tienen) y a toda casta de disciplinas, las del maestro de escuela en particular; vagabundos empedernidos por las intemperies y los vicios precoces,²¹ y para los cuales un espectáculo como aquel, tan imponente y duradero, es un manantial inagotable de regocijos, y además “de ellos” y “para ellos”, que no tienen otros que los de la vía pública, y de balde. Agitando las desnudas piernas sin cesar, parecían éstas los flecos de una colgadura de balcón movidos por el aire; porque la colgadura, con relación a estos adornos flotantes, la fingían bastante bien las apretadas hileras de gente que se escalonaba detrás, levantándose sobre las puntas de los pies o encaramada en las grúas, o en las estibas²² de tablones, o sobre las pilas de grava del arrecife inmediato. En miles calculaba Pachín las personas de que se componía esta gran muralla, coronada a trechos por las rizosas cabecitas de los niños, alzados en hombros de sus *zagalas* para ver “la quema” una vez sola y a su gusto.

Detras de la muralla había otra muchedumbre, pero errabunda y dispersa, con la atención repartida entre las peripecias

²¹ Además del citado “El raquero”, cfr. el cuadro “Los chicos de la calle”, de *Tipos y paisajes*; y, por supuesto, los capítulos iniciales de *Sotileza* (1885).

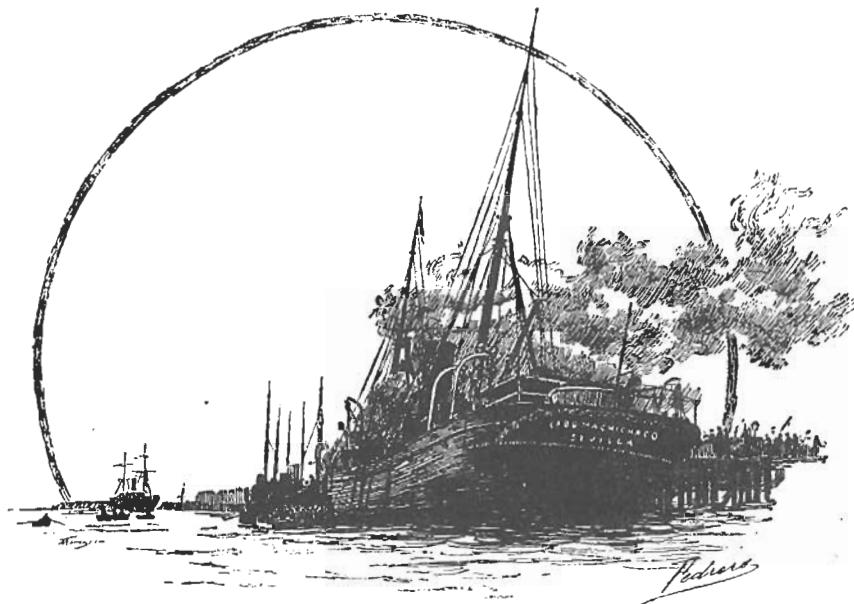
²² **Estibas:** En este caso, la distribución conveniente de la madera. En el folleto publicado con este motivo (*Noticia circunstanciada...*) se dice que no quedó en su sitio ninguna estiba de madera.

del incendio, la hipótesis de sus motivos y los encantos del paseo en un lugar tan animado y a la luz esplendorosa y tibia de la tarde otoñal más apacible que pudiera apetecerse... En suma: que por ninguno de los términos del cuadro que dominaba Pachín desde su sitio, volviendo la cabeza a diestro y siniestro, o empinándose sobre los pies cuando miraba hacia atrás, veía señales de temor al denunciado y formidable enemigo; al contrario, todo en su derredor y al alcance de su vista revelaba el más profundo descuido: hasta las palpitaciones y respingos de la fogata, por repetirse a menudo, habían dejado de ser temibles y empezaban a ser divertidos; al borde del muelle, junto al vapor mismo que se quemaba, el corrillo de autoridades departiendo con la mayor tranquilidad, y voltejeando a pocas varas del buque, embarcaciones atestadas de gente que no hacía falta ninguna allí. Se había visto poco antes sacar del barco varias cajas; apilarlas una por una y con gran tiento en el sitio más despejado del tablero; llegar después un carro de bueyes, cargar las cajas en él y llevarlas así, pero con mucho cuidado y custodiadas por dos policías, en dirección a las afueras de la ciudad; y por último, había corrido la voz de que aquellas cajas eran *la única* dinamita que conducía el barco en sus bodegas.

— Todos teníamos un poco de razón— se dijo entonces Pachín, como se dijeron cientos, miles de personas tan interesadas como él en aquel delicado particular.—Había *un poco* de dinamita; se ha sacado, y en paz.

De esta sesuda reflexión había nacido la tranquilidad absoluta en que descansaban hasta los más recelosos; y en medio de ella continuó el incendio largo, largísimo rato, dando que mirar a los incansables espectadores, y mucho, muchísimo que hacer a los que llevaban horas y horas combatiéndole sin fruto y sin descanso.

La pobre viuda aldeana, cuyos terrores habían ido trocándose poco a poco en indiferencia y después en cansancio, no sabía ya sobre qué pie sostenerse, y eso que se apuntalaba con el paraguas; y volvía a pedir por Dios a su hijo que la sa-



El vapor "Cabo Machichaco" a las 4 de la tarde del día 3 de Noviembre. (De fotografía instantánea)

cara de allí: aquello no llevaba trazas de rematarse ni de pasar a mayores; ella no podía ya con el cuerpo; habían dado las cuatro en el reloj de la Catedral²³, y se iba acabando la tarde sin hacer los dos lo que tenían que hacer en el su barco, que era urgente y de importancia.

— La pura verdad, la pura verdad,— respondía Pachín a su madre, pero sin moverse del sitio ni apartar los ojos del incendio, en cuyo derredor, lo mismo que sobre el puente y en los portillos de la obra muerta, acababa de notarse un desusado movimiento entre las personas que allí mandaban y servían.

Al cabo, también esto perdió el interés por lo continuo y duradero; llegó a cansarse de veras Pachín, y dijo de pronto a

23 De nuevo, la precisión horaria.

la entumecida y buena mujer, precisamente en el instante en que el reló de la Catedral daba las cuatro y media:

— Vámonos, madre, y antes con antes, al *nuestro* barco, porque *lo* de éste ya dio de sí todo lo que tenía que dar.

Dicho esto, cogió de un brazo a su madre, y sin soltarla, abrió brecha en el muro de gente por el intersticio más próximo, y pasó a la otra parte, desde la cual, y no bien puso los pies en ella, oyó un golpeteo, como de grandes martillazos sobre láminas de hierro. Detúvose a recoger unos rumores que venían de hacia el sitio mismo que él había abandonado, y averiguó por ellos que se intentaba, como último y supremo recurso adoptado por los hombres que lo entendían, abrir un boquete en el casco del vapor para echarle a pique y apagar el incendio de un solo golpe.

— Hay que ver eso, madre —dijo entonces Pachín—, porque ha de ser cosa de verse y de poca espera.

Arguyóle en contra su madre, y hasta duramente; pero no le convenció. Lejos de ello, sin soltarla de la mano ni replicar una palabra, intentó atravesar de nuevo el muro de gente para volver a la primera fila; pero hallándola demasiado compacta y resistente, desistió de su empeño; volvió entonces los ojos en derredor, descubrió una estiba de maderos que tenía *plazas* desocupadas, corrió hacia allá, ocupó una de ellas y brindó con otra a su madre, que prefirió quedarse abajo, de pie y refunfuñando.

Desde aquel pedestal dominaba Pachín el espectáculo a todo su gusto, porque sin el menor esfuerzo veía, no solamente el barco, sino la muchedumbre que llenaba el escenario vastísimo de aquel drama que parecía no tener fin, como la paciencia de sus espectadores, en los cuales crecía la curiosidad a medida que continuaban los martillazos en el vapor, cuya sumersión se aguardaba de un instante a otro. Pero pasaban los minutos, y el barco no se iba a pique, y hasta se amortiguaba el martilleo, del que llegó a parecer un eco el tintinar de la campana de un

tren de pasajeros que arrancaba lentamente de la estación de Solares²⁴.

Con estas dilaciones y con acreditarse el rumor de que se había abandonado el intento de echar el barco a pique, se le acabó al fin la paciencia a Pachín González; enderezóse de pronto como si le hubieran dado el impulso las campanadas del tren, que ya sonaban a su espalda, bajó el primer escalón de la tosca gradería, y dijo mientras se disponía a dar un brinco para saltar de una vez:

— Tenía usté razón, madre: esto no se acaba. Vam²⁵.

Lo que cortó la palabra en la boca de Pachín, y la respiración en sus pulmones, y hasta el circular de la sangre en sus arterias, no tiene nombre en ninguna lengua conocida. En la pobre fantasía de los hombres no hay término de comparación para el sonar de aquellos estallidos, casi simultáneos; para aquel cráter horrible que se abrió con ellos; para aquella inmensa columna de fuego que se elevó al espacio y en cuya cima humeante flotaban, entre denegridas espirales, cuerpos humanos; para aquella infernal metralla de candentes y retorcidos hierros que vomitaron los senos del vapor entre infectas oleadas de cieno del fondo de la mar, sobre las apiñadas, desprevistas e indefensas multitudes; para el color extraño de aquella luz que se enseñoreó del aire, empañando la del sol que corría a precipitarse en el ocaso como si huyera de alumbrar tantos desastres acumulados en tan reducido lugar y en tan breve tiempo.

De nada de ello se dio Pachín cuenta cabal. Se sintió de pronto como invadido de una pesadilla, y soñó que salía volando de la pila de maderos, y que, volando a flor de tierra, con velocidad y fuerza prodigiosas, iba arrollando con su propio

24 La alusión a este tren es premonitoria; tendremos ocasión de comprobarlo un poeo más adelante.

25 Obsérvese el valor expresivo de esa sílaba la palabra bruscamente interrumpida se convierte en una onomatopeya, eco de la explosión que en ese momento se produce.



Así reprodujo un grabado de la época el momento de la explosión.

cuerpo, pero sin tocar en ellas, masas de gentes que se inclinaban y caían a su paso, como al del vendaval enfurecido los verdes maizales en las mieles de su aldea.

* * *

Al despertar de aquel sueño, o lo que fuera, no supo explicarse por qué estaba él tendido a la larga entre un carro hecho astillas y un caballejo perniquebrado y expirante. Le faltaba casi en absoluto la memoria: no conservaba en ella otro recuerdo que el de un “tronido”²⁶ muy fuerte y el de una llamada tremebunda. ¿Cuánto tiempo llevaba en aquel sitio y de aquel modo? ¿Un minuto, una hora, meses, años? ¿Había nacido allí mismo y para aquello solo? Sentía gran quebranto en su cuerpo, dolor agudo en algunas coyunturas, y escozor vivo

26 Tronido: Trueno, estruendo.

en el cogote. Maquinalmente, y no sin dificultades, se incorporó, y también maquinalmente se llevó las manos a la cabeza, porque en su nueva postura se le desvanecía algo. Al retirarlas después, las vio teñidas de sangre, y había también un charco de ella a su lado, charco que se alimentaba con la del perniquebrado caballejo que expiraba entre convulsiones y quejidos. Al enterarse de ello Pachín, descubrió su vista azorada, un poco más allá del caballo, un hombre tendido en el suelo, con la boca contraída y muy abierta, los ojos encandilados, y cenciente el color de la faz; tenía un brazo de menos y una pierna destrozada. Esta visión produjo en el pobre chico un sacudimiento feroz, instantáneo; quiso huir de allí, por instintivo terror, y para suplir la agilidad que le faltaba y levantarse pronto, se agarro con la diestra mano a una de las curvas espirales de una larga pieza de hierro que había entre él y las astillas del carro; pero no bien lo hubo hecho, cuando lanzó un grito de dolor, retirando la mano y levantándose de un brinco por su propio esfuerzo. Aquel hierro abrasaba.

Sin apartar aún su vista del reducido espacio en que tan extrañas cosas le rodeaban y sucedían, puso y clavó toda su atención en ellas, porque notaba que iba despertándosele en las regiones de la inteligencia algo que estuvo dormido poco antes, y quería darse exacta cuenta de lo que le estaba pasando. Aquel hombre y aquel caballo, muertos, y no sólo muertos, sino destrozados; el carro hecho astillas junto a un hierro candente y retorcido; entre él y el carro y los cadáveres y el hierro caprichoso, sembrado el suelo de las cosas más raras e inconexas: clavos de herradurá, fundas de cartuchos de fusil...; aquel recuerdo, único de su memoria: el “tronido” y la llamarada... Asociando estas ideas y eslabonándolas bien unas en otras, Pachín llegó a preguntarse, haciendo hincapié en la más luminosa y firme: “¿qué hacía yo cuando sentí el tronido ese y vi la llamarada?” Y sin gran esfuerzo de su retentiva, consiguió responderse, adquiriendo una idea más y trabándola en la cadena de las otras: “ver un vapor que se estaba quemando”. Con este recuerdo solo se abrieron de par en par las puertas de su

memoria, y se le fueron despertando en el cerebro, una por una, todas las dormidas ideas: las peripecias del incendio, las muchedumbres de curiosos, los rumores alarmantes esparcidos entre ellos, los sitios que él ocupó... Y de ésta, de ésta nació la otra idea, la idea terrible, la que le dejó frío y sin alientos, como le había dejado el estallido del vapor: la idea de su madre que le acompañaba entonces. ¿Por qué no estaba ya a su lado? ¿A dónde había ido a parar? ¿Qué habría sido de ella? ¿Qué fuerza los separó al pie de la estiba de maderos donde habían estado juntos los dos? ¿Viviría, por milagro del cielo, como él vivía? ¿Habría sido muerta, destrozada quizás, como aquel otro desdichado?.. Y el infeliz temblaba de pies a cabeza; se golpeaba el cuerpo con los puños cerrados; sentía un hormigüeo punzante y frío debajo de la piel, que le volvía loco de inquietud, y como un loco gritaba revolviendo en torno suyo los ojos desencajados: “¡Madre!... ¡Madre!... ¡Madre mía de mi alma!” Quería correr en su busca; pero no sabía en qué dirección, al tender la mirada codiciosa por la vasta llanura que poco antes había visto él colmada, repleta, de gentes *vivas* y regocijadas, y que ahora... ¡Dios santo! ¡Dios de las grandes miserias!... ¡qué espantoso le pareció todo aquello que veía! Como si hubieran pasado huracanes y terremotos por allí, todo era campo de desolación²⁷ y muerte, ruinas, escombros y cadáveres entre el silencio y la inmovilidad imponentes de los grandes desastres consumados. Cuanto quedó con vida y movimiento al consumarse aquél, había huído muy lejos con el espanto en el alma y la angustia en el corazón... Pero algo vivía aún en aquella región del exterminio inclemente y bárbaro; algo puesto allí como de intento para dar al cuadro una nueva tinta de horror; algo que rebullía sobre la tierra aquí y allá, y cuyos debían ser los ayes de agonía que llegaban a los

27 Recuerdo, tal vez, de los versos iniciales de la *Canción a las ruinas de Itálica*, de Rodrigo Caro: “Estos Fabio, ¡ay dolor!, que ves ahora campos de soledad, mustio collado, fueron un tiempo Itálica famosa”.

oídos de Pachín, como si el aire se los fingiera para recordarle el martirio de su madre.

El parecía ser el único vivo y sano en aquella región de muertos insepultos; él, Pachín González, el mísero aldeanuco recién llegado a la ciudad, forastero y pobre en ella, desconocido de todos los supervivientes de la gran catástrofe. ¿Adónde y hacia quién volver los ojos para pedir ayuda o consejo en el amargo trance en que se hallaba?... ¿Quién oiría en aquel negro páramo sus lamentos? ¿Quién daría valor a su desventura sin ejemplo, delante de tan enorme cúmulo de ellas?... ¡Jamás hubiera creído que podían llegar a extremos tales la soledad y el desamparo de un hombre sobre la tierra!...

Y el pobre muchacho comenzó a llorar de pesadumbre ... y de miedo. Pero el amor de hijo, sobreponiéndose en él a todo, le devolvió la energía de su espíritu, hasta con dobladas fuerzas; y, sin enjugarse las lágrimas, se lanzó a la empresa con una decisión que rayaba en lo desesperado.

La extraña “cosa” que le había llevado a él en volandas desde la estiba de maderos al sitio en que acababa de despertar, debió de llevar a su madre de igual modo y en la misma o muy aproximada dirección, puesto que juntos estaban los dos entonces, aunque un poco más en alto él que ella... Pues a buscar, primero, por allí, en derredor suyo y del hombre muerto cuya visión le aterraba ... Y a buscar se puso, con la avidez y el espanto en los ojos; y vio más hierros, a modo de grandes cañones retorcidos y enroscados; masas informes, como de cubos metálicos fundidos unos con otros; más clavos de herradura y más cartuchos vacíos... ¡jirones de prendas de vestir, ensangrentados y humeantes!... Más allá unos edificios cerrados que parecían grandes almacenes, con los aleros quebrantados y los cristales hechos añicos; debajo, en la calle, más hierros enroscados, y más cubos fundidos, y cascos de maquinaria... En la misma calle, hacia la derecha, un tren detenido y sin gente²⁸ ... el de

28 Este es el tren a que aludíamos en nota 24. A las cuatro y media recorría esa zona el tren de Solares, que logró pasar. El maquinista y fogonero, que presenciaron la catástrofe, evitaron con su serenidad otro accidente.

las campanadas, no podía ser otro, con el resuello fatigoso y extenuado, los coches contundidos por la metralla del volcán, uno de ellos con las portezuelas desvencijadas, y dentro ... ¡la muerte también! ... Huyó de allí, en dirección contraria, hacia la izquierda... Un grupo de árboles entecos y con el ramaje desgarrado. En la plazuela²⁹ que formaban, otra vez los hierros, pero revueltos y enmarañados, como una lucha de sierpes infernales; y entre los montones, recias planchas, de hierro también, reviradas, contraídas, dos de ellas de canto y prestándose mutuo sostén, y detrás un cuerpo... un cuerpo de mujer vestida de oscuro, casi negro, y boca abajo. Pisando de puntillas, lívido de terror, con un brazo trémulo extendido y mirando sin ver, se atrevió Pachín a llegar hasta el cadáver; se bajó, cerró los ojos, y a tientas y con las manos crispadas y sin sangre, le levantó la cabeza cuya cara quería reconocer... Lo que le pidió el mísero a Dios en aquellos supremos instantes, ni él mismo lo supo: ¡tan contrapuesto y complicado era!... Haciendo después un esfuerzo de voluntad sobrehumano, abrió los ojos para ver la cara... No la tenía aquel cadáver. Lo que había sido cara, tal vez hermosa, era una masa de carne macerada y sanguinolenta y de huesos triturados. Pachín lanzó de lo más hondo de su pecho un rugido de espanto; dejó caer de sus manos la mutilada cabeza, y se incorporó de un salto frenético. ¡Virgen María! si aquello era su madre, valiérale más no haberla hallado. La vehemencia misma del deseo de haberse equivocado, le movió a hacer otros y más detenidos reconocimientos; y entonces se convenció de que ni el corte, ni el color, ni la calidad de los vestidos de la muerta, eran señales de lo que él buscaba.

Más tranquilo ya, es decir, menos aterrorizado, pero con las mismas angustias en el alma, quiso, para orientarse mejor y metodizar un poco su trabajo, averiguar dónde estaba la pila de

29 Se refiere a la Plazuela llamada de la Libertad, conocida también como Plazuela de Pombo.

maderos desde la cual había volado él... Al tender la vista para buscarla, observó que al otro extremo, hacia lo más ancho de la llanura, había seres humanos, de pie, vivos y moviéndose entre los obstáculos del suelo, y que otros muchos iban llegando apresuradamente de hacia la ciudad... ¿De dónde y cuándo habían venido los primeros? ¿Eran *resucitados* como él? ¿Qué más le daba? Los unos y los otros eran hombres vivos: no era ya todo muerte en aquel fúnebre escenario, y el amor y la caridad comenzaban a habitárselo. Esto le consoló algo, porque ya no se veía solo y desamparado, y se sintió más fuerte y valeroso para continuar su triste faena.

No tardó mucho en hallar la estiba de maderos que buscaba; pero sí en llegar hasta ella, porque, aunque el camino era corto, no había en él un palmo de terreno sin los hierros de siempre o charcos de sangre humana. Con esfuerzos heroicos de su espíritu llegó al fin a la pila; recorrió todo su perímetro, y nada halló de lo que andaba buscando, ni de cosa parecida.

— Aquí mismo estaba mi madre ... y yo allí,— se dijo apuntando sucesivamente a un sitio al pie de la estiba y a otro de una de sus gradas ...

En seguida trepó a ella para estimar con acierto el *camino* que él había llevado por el aire, y la dirección del impulso, o de la “cosa” que le había arrebatado y pudo y debió arrebatar a su madre también. Enterado de lo primero, buscó, sin moverse de allí, el vapor funesto, y como no le vislumbraba, se orientó por el muelle a que había estado arrimado. Al fin, distinguió sus restos: un palo muy caído hacia atrás, con un guñapo sucio en la punta, y el puente y el castillo de popa sobresaliendo del agua. El muelle, dislocado en partes y en partes ardiendo; y sobre el otro muelle que corría a derecha e izquierda, y sobre el arrecife inmediato, en cuanto alcanzaba la vista, un sedimento negro y reluciente como el fondo de una poza recién agotada; sobre este tizne asqueroso, más despojos de la catástrofe horrible, más cadáveres, y carros desvencijados y yuntas mutiladas junto a ellos... Pachín se quedó espantado.

¿Era todo aquello obra de Lucifer, que se hubiera complacido en vomitar tantos horrores entre el lágamo de las charcas infec-
tas de sus cavernas infernales? Y si no era obra de tales manos, ¿de qué otras podía serlo? De la dinamita, de aquellos centena-
res de cajas de *ello* de que tanto se había hablado cuando se quemaba el vapor: eso no podía dudarse; pero ¿qué más daba? Sin el mal espíritu que había cegado a los que lo sabían y en-
sordecido a los que lo sospechaban,³⁰ ¿cómo hubiera sucedido aquello?... Si cuando su madre, una vez, dos veces, tres veces... le pedía por caridad... ¡Oh! ¡qué sordo, qué necio, qué mal hijo fue y qué mal cristiano desoyendo los avisos que Dios le en-
viaba por la boca de la santa mujer!... Pensó perder el juicio con el punzante dolor de estos remordimientos, y se arrojó de la estiba gritando desconsolado:

— ¡Madre mía... madre de mi alma! ¿Dónde estás? ¡Viva o muerta, yo necesito... yo quiero hallarte!

Y corría de un lado para otro, con la vista desencajada y las manos en la cabeza, ensangrentada y desnuda.

Aunque tenía el racional convencimiento de que lo que iba buscando no podía hallarse más que en una dirección, el desventurado Pachín quería rebuscar en todas; y en todas ras-
treaba y corría, saltando laberintos de escombros y charcos de sangre, y miembros mutilados, y prendas de vestir con despo-
jos palpitantes, y cadáveres de hombres. Nada le imponía ya en materia de horrores, y sobre todo pasaba insensible, más que insensible, loco, si no era prenda o miembro que pudo pertene-
cer a su madre. Así entró en la zona del fango negro, cuya feti-
dez dio a sus sentidos la nota repulsiva que le faltaba al cuadro. Allí todo era negro, hasta los cadáveres.

30 De nuevo, la censura a quienes, sabedores de que el "Machichaco" llevaba dinamita entre su carga, no hicieron nada por prevenir la catástrofe. Galdós, en un artículo publicado en el diario *La Prensa* de Buenos Aires (18-XII-1893) recoge la obstinada negación del capitán del barco de que hubiera dinamita a bordo: (Vid. W. S. Shoemaker, *Las cartas desconocidas de Galdós en "La Prensa"* de Buenos Aires, Madrid, Cultura Hispánica, 1973, p. 507).

Sobre uno que lo parecía, se inclinaba, hundidas las rodillas en el cieno, un sacerdote con los talares mojados y ensangrentada la faz descolorida; le exhortaba a bien morir, y le absolvía, en nombre de Dios, de todos sus pecados, redimidos con el dolor de su martirio cruento. Pachín se quedó absorto, mudo, poseído de estupor, delante de aquella escena imponente; y por un impulso irresistible de su alma fervorosa, cayó arrodillado y rezó por la de aquel hombre, que expiró con un estremecimiento.

— ¡Señor, señor! — se atrevió entonces, acordándose de su madre, a preguntar al sacerdote, que empezaba a incorporarse a duras penas: — ¿qué es esto, que jamás se vio en el mundo? ¿qué ha pasado por aquí?

— La ira de Dios,³¹ hijo mío, — le respondió el cura limpiándose con un pañuelo de percal la sangre del rostro que le fluía de la cabeza.

Y se fue, recogiendo los talares embarrados y andando trabajosamente, en busca de otro moribundo a quien auxiliar.

Pachín iba a lanzarse de nuevo a sus interrumpidas faenas en aquel piélago nauseabundo, cuando oyó gritos y lamentos hacia la mar y como en la dirección del barco sumergido: le parecían gritos y lamentos de mujer, y, por tanto, de su madre. No era racional que hubiera ido a parar hacia aquel lado, sino hacia el opuesto, al ocurrir la explosión; pero ¿qué contrasentido no era posible en un tan espantoso desquiciamiento de toda ley natural? Había que verlo todo y registrarlo todo, y allá se fue, entrando hasta las corvas por la charca negra, y volviendo a saltar, acelerado y anheloso, por encima de hierros, cadáveres y moribundos.

Cerca del vapor sumergido voltejeaban botes y lanchas tripulados por gentes caritativas que recogían náufragos que gastaban las últimas fuerzas en sobrenadar unos instantes más, o

31 Estas palabras aluden al carácter apocalíptico de lo ocurrido y parecen un recuerdo de la expresión “el día de la ira” (*Dies irae*), que el autor pensó utilizar como título de este relato.

agarrarse a los pilotes del muelle, o adherirse como lapas a los peñascos de las escolleras debajo de los tableros. De hacia allí procedían los gritos; mas no de los infelices amparados de aquel modo, que ni para gritar tenían ya aientos, sino de los que, como Pachín, buscaban algo que no parecía, y lo buscaban desde lo alto de los muelles, porque por allí debía de estar, según sus cálculos, muerto o vivo. Lo vivo era bien escaso, por desdicha; lo muerto... ¡qué manera de buscarlo! Una de las lanchas iba provista de garfios al extremo de una cuerda: se arrojaban los garfios al fondo, bogaban los remeros para que tirando de la cuerda se pudiera rastrear en él; y cuando trababan sus hierros *algo*, se detenía la lancha, se halaba poco a poco de la cuerda, y surgía, al fin, a la superficie, un cadáver... o pedazos de cadáveres, que embarcaban en la lancha los remeros silenciosos. Y nunca salía lo que esperaban los desdichados de tierra, de cuyos pechos brotaban en cada hallazgo los alaridos de dolor que habían apartado a Pachín de sus investigaciones.

Cuando trató de volver a ellas, porque nada esperaba de las que allí se hacían, reparó que estaba a su lado un chicuelo con la escasa y fementida ropa goteando y pegada al cuerpo; el cual granuja, mirándole fijamente, le dijo sin más ni más:

— Yo vi eso.

— ¿Cuál? —le preguntó Pachín.

— Lo que pasó ahí, en la misma canal, y se tragó tanta gente... Lo vi desde aquel muelle, el del Ferrocarril: yo estaba asentao en el mismo carel.³² ¡Dios, qué cosa!... Había contra el casco del vapor muchas embarcaciones, y la lancha fina de las Obras del Puerto, y el *Auxiliar* de los correos con toa la gente del *Alfonso XIII*...³³ ¡Mucha gente, Dios!... y buena y

32 Carel: borda; por extensión, en este caso, borde u orilla del muelle.

33 El "Alfonso XIII", como hemos dicho, era un vapor correo; las otras embarcaciones que cita Pereda eran las que tenía entonces la Junta de Obras del Puerto: una lancha de cinco caballos para servicio y vigilancia, una lancha de vapor, también de cinco caballos, con aljibe, una draga de rosario llamada "Santander", de 150 caballos y tres ganguiles que se llamaban "San Emete-rio", "San Celedonio" y "Peña Castillo". Aparte contaba para sus servicios con dos canoas, cinco chalanas y nueve botes.

bien prencipal, y con bien de galones y bordaos: hasta el comendante de Marina y el ingeniero de las Obras... ¡y muchos, vamos!... De repente, ¡pliinn!... ¡plaaann!... ¡Me valga! y al mismo tiempo, el agua de esa mar, ¡arriba, con *basa*³⁴ y too! y abajo, el suelo de la canal, limpio como la palma de esta mano; y en ese suelo... ¡Dios!... *rocimos*³⁵ de hombres... enteros o descuartizaos... Y en menos de un decir “Jesús” to ello... Porque hazte tú el cargo: la misma oleá que dejó en seco la canal, me sacó a mí por la otra banda del muelle, como sacó a otros muchos que fueron conmigo por el aire. No sé qué habrá sido de los más, porque puede que no fueran tan sanos como yo iba cuando *chaplemos*.³⁶ ¡Dios, qué cole! ¡y las cosas que había en el agua cuando salí a flote!... Dispúes, anadé, anadé,³⁸ hasta el paredón;³⁹ por él me subí... y de eso vengo... ahora mismo. ¡Me valga!... ¡lo que se alcuientra en el camino!... ¡Pero como esto de la canal!... ¡Dios!...

— Y dime —le preguntó Pachín, que le escuchaba electrizado,— en esos racimos de la canal, ¿viste una mujer aldeana, vestida de negro, con un paraguas en la mano?

— No diré que la viera —respondió el granuja muy serio y echando las manos atrás.— Pero ¿te piensas tú que daba el tiempo pa tanto?... Por las trazas, buscas algo de esas señas. Cuando viva, ¿estaba aquí esa mujer?

34 **Basa:** Lodo, fango.

35 **Rocimos:** racimos.

36 **Chaplar:** Según García Lomas, viene de **chapalear** y significa “zambullirse con ímpetu y bucear”.

37 **Cole:** En esta ocasión disponemos de una explicación del término, escrita por el propio Pereda; en el vocabulario que preparó para *Sotileza* escribía: “echar un cole: tirarse al agua de cabeza”.

38 **Anadar:** Forma local y vulgar del verbo nadar; en *Sotileza* encontramos abundantes ejemplos de este uso: vgr. éste, del cap. I: “¡Chapla, Muergo, tú que anadas bien, y sácala porque se está ajuegando!”.

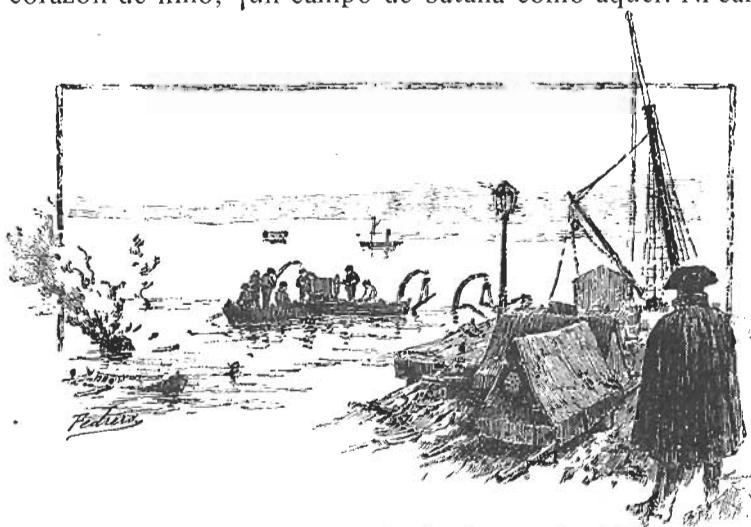
39 **Paredón:** Se refiere al Paredón de la calle Alta. (Vid. Simón Cabarga: *Santander (Biografía de una ciudad)*, 3a edición (Santander, Estudio, 1979), pp. 327 - 333.

— No, allá abajo...

— Pues cacia ese lao debes buscar... lo que quede de ella.

Con esto se fue el granuja a ver más de cerca las tristes maniobras que se hacían en las lanchas, y se volvió Pachín al otro mar, al de cieno, para continuar en él sus interrumpidas exploraciones.

¡Pobre muchacho! ¡Lo que él anduvo!... ¡lo que él indagó! ¡Las ansias desesperadas con que, no fiándose ya de su propia iniciativa, se unía a los grupos que buscaban heridos para socorrerlos, y se adelantaba a todos cuando la víctima era una mujer! ¡El terror santo con que recogía del suelo cada despojo, cada jirón de vestido, cada mechón de cabellos, que pudiera haber pertenecido a su madre! ¡El valor, la vida, las fuerzas que gastaba en este cmpcioño sobrehumano, en la bárbara lucha de sus deseos voraces de encontrar lo que buscaba, con el temor horrible de hallarlo entre los muertos! Para hacer las primeras armas en las luchas de las contrariedades de la vida su corazón de niño, ¡un campo de batalla como aquél! Ni cálculo



Tal como refiere Pereda, botes y lanchas recogían naufragos y víctimas en la proximidad del siniestro.

los risueños, ni ideas consoladoras cabían allí, ni siquiera la consideración de que, estando vivo él, podía estarlo igualmente su madre, por lo mismo que no la hallaba ni entre los muertos ni entre los moribundos; porque la clasificación en vivos, muertos y moribundos, no era bastante para aquel cuadro excepcional: necesitaba otra *casilla* para el renglón de los *despedazados*, cuyos eran los despojos, las entrañas, los miembros que Pachín hallaba dispersos, sembrados por toda la extensión de la llanura entre las pilas de los escombros ó revueltos con el fango negro de las escolleras. ¡Y si de las víctimas de este renglón era su madre!...

Sin embargo, llegó a ver el desdichado una chispa de luz en medio de tan densa oscuridad: oyó decir que en los primeros momentos después de la explosión, habían sido llevados muchos heridos leves, o que lo parecían, a la casa de socorro. ¿Por qué no había de ser su madre uno de esos heridos? Pues a la casa de socorro⁴⁰ sin parar. ¿Dónde estaba esa casa? ¿por dónde se iba? El lo averiguaría preguntando, si no la descubría por el rastro sangriento de los infelices que iban acudiendo a ella.

Cuando salió de Maliaño en dirección a la ciudad, empezaba el crepúsculo de la tarde,⁴¹ plácido, tranquilo, sonriente, como si nada hubiera pasado en la tierra; como si uno de sus pedazos más hermosos y florecientes, no estuviera cubierto de luto y llorando sobre el estrago sangriento de una de las mayores catástrofes que registran los anales del mundo; y a la luz débil de aquellas horas, iba adquiriendo esplendor y señorío la del incendio de los muelles de madera, que continuaba propagándose, y se erguía resplandeciente la de otro que comenzaba en las alturas de la gran cortina de edificios⁴² que servía de

40 Era en esos años el médico titular el Dr. Eduardo Fernández Almiñaque.

41 Un dato más para fijar con precisión las horas del relato.

42 En frente del lugar estaban importantes barrios formados por las calles Méndez Núñez, la primera en arder; Calderón de la Barca, Castilla, Antonio López, Arce Bodega, Las Naos, Marqués de la Hermida, etc.

fondo, por el Norte, al escenario siniestro del espantoso drama.

* * *

Al abocar Pachín a la amplia calle por donde había de internarse en la ciudad, no pudo menos de comparar lo que iba viendo con lo que había visto tres horas antes. Entonces, hervor de gentes afanas, contentas y engalanadas; los edificios bañados en sol, abiertos todos sus claros a la saludable alegría de la espléndida tarde; rumores de vida, cánticos del goce soberano de ella; esperanzas, ambiciones y amor logrados y satisfechos; la expresión externa, en fin, de la salud robusta de un pueblo venturoso que vive de su trabajo y va en próspera fortuna. Ahora, rostros macilentos; grupos de gentes consternadas que ni se mueven, ni hablan ni se miran; puertas entreabiertas o desvencijadas y fuera de sus quicios; muros y aleros quebrantados; el suelo cubierto de escombros, de polvo de cristales y de aquellos hierros malditos, metralla de Lucifer y segures ⁴³ de tantas vidas; los ayes angustiosos del herido que pasa en brazos de la caridad, los gritos desgarradores de la madre que va en busca de su hijo, o del hijo que vuelve sin haber hallado a su padre, y la desconfianza, el terror, la pena en las caras de los menos desventurados.

Contristábale tanto aquel espectáculo como el que dejaba atrás, y andaba, andaba, sorteando los grandes estorbos del camino... hasta que dio con uno que le llenó de espanto... ¡a él, que acababa de ver tantas cosas espantables! Era una mujer tendida en el suelo, cerca de la Pescadería, cuyos puestos estaban solos y abandonados. Aquella mujer era ya cadáver rígido; pero cadáver como él no había visto otro. Los había visto sin miembros, con la cabeza sin cara, con el tronco sin cabeza, deshechos materialmente; pero no *laminados*, como el que tenía

43 Segur: Hacha grande.



delante, cerca de un bloque de hierro, que bien pudo ser el *laminador*... Cerró los ojos para no volver a verlo, y huyó por la ancha plaza en dirección a la Ribera.

Allí, lo mismo que lo que iba quedando a su espalda: igual aspecto, igual estrago en los edificios; los mismos grupos inmóviles, silenciosos y consternados; iguales o parecidos escombros y proyectiles sobre la calle; los mismos lamentos, la misma desolación en todo; y como detalle sorprendente que le hizo pensar en la fuerza incommensurable de la mina diabólica, en lo alto de la cuesta y en una de las aceras de la calle, un ancla enorme clavada entre dos losas, debajo de un balcón despedazado.⁴⁴ En la plaza inmediata, los vecinos en medio de ella, en hábitos caseros, como si hubieran abandonado precipitadamente sus viviendas después de un terremoto y temieran su repetición.

Pachín, aldeano, inexperto y niño, no se dejaba herir de las impresiones de estas cosas más que por la conexión que tuvieran, a sus ojos, con las ideas que llevaba en el cerebro y le obligaban a andar sin punto de reposo. Por eso, cada vez que pasaba junto a un corillo de gente, le asaltaba el mismo pensamiento: “pero, señor, ¿no habrá entre todas estas personas alguna que conozca a mi madre por haberla visto pasar conmigo esta mañana por aquí?” Y le entraban tentaciones de preguntar a cada paso si habían vuelto a verla después del estampido del vapor. Pero temiendo que no le escucharan o que se rieran de él, se limitaba a preguntar por la casa de socorro... y así llegó a ella.

La invadía, por todos los mezquinos claros de sus dos fachadas, una multitud medio amotinada ya, porque eran muchos los heridos, poco el espacio interior y muy escasos los hombres y los recursos para curar. Pachín fue mirando una por una a todas las mujeres de la muchedumbre invasora... Ninguna de ellas era su madre. Después se dijo: “hay que entrar, ¡y en-

44 Se refiere el escritor al balcón de la casa número 2 del Puente.

traré aunque muera en el empeño!..." Y entró al fin, ingiriéndose, deslizándose, forcejeando, oprimido, pisoteado y devorando los ayes que le arrancaba cada golpe que recibía en la herida de su cabeza... pero entró; entró, para luchar de nuevo en las angosturas de los pasadizos y encrucijadas miserables de aquel triste asilo, oprobio, por su pobreza y desamparo, de una ciudad cristiana y rica.⁴⁵ Se ahogaba el infeliz en medio de aquella otra muchedumbre prensada entre mugrientos tabiques resquebrajados, y en una atmósfera impregnada de todas las pestilencias imaginables y de las notas aflictivas de todos los quejidos del dolor. Ni siquiera tenía la suficiente luz para orientarse en el menguado recinto. Pero por todo suplía el ardor de la fiebre que le movía y le guiaba. Así logró ver entre las tinieblas y andar a través de compactos muros de gente, y examinar uno a uno a los sanos, y a los heridos que esperaban turno para ser curados, y a los que curándose estaban, y a los que yacían en sillas, catres y rincones, muertos ya o agonizando... hasta llegar a convencerse de que ni entre los muertos ni entre los vivos de dentro ni de fuera de la casa de socorro, estaba su madre... ¡Nada, pues, le quedaba que hacer allí!... Y ¿a dónde volver ya la consideración en busca de una esperanza siquiera?

Ni en el lugar horrendo, ni en aquella casa, ni en el camino intermedio había dado con su madre, ni entre los muertos ni entre los heridos. Estas señales bien podían serlo de que vivía; pero si vivía, seguramente habría andado buscándole a él como él la buscaba a ella; y buscándose uno a otro de esta suerte, se hubieran encontrado ya los dos.

Arrastrando por estas asperezas el fatigado discurso, se le ocurrió la idea de que, herida o contusa o buscándole a él, bien pudiera su madre haber vuelto a la posada. Este chispazo de

45 Pereda no reprende su juicio desfavorable sobre las pobres condiciones de la casa de socorro, aunque esta observación resulte improcedente en la novela. Tal vez ello se debiera a la carencia de higiene del lugar, favorecida por el hacinamiento de los cadáveres.

luz iluminó un poco su tenebrosa fantasía y reavivó las fuerzas que iban faltándole por momentos y a medida que perdía las esperanzas. Pensar y ejecutar eran en Pachín entonces una misma cosa. Buscó con una rápida mirada el camino más breve y desembarazado para salir de aquellas espesuras asfixiantes; vio cerca de él una ventana entreabierta, y por ella saltó a la calle.

La noche, pues ya había cerrado, límpida y serena arriba en un cielo fulgurante de estrellas, era abajo negra, tediosa y funeraria; estaban a oscuras o a media luz las calles, según que hubieran sido más o menos flageladas por el azote de la tarde, y las que no desiertas en absoluto, escasamente recorridas por transeúntes que se movían sin ruido, como los fantasmas de las pesadillas. Todo esto doblaba las dificultades de Pachín, nada práctico en los laberintos de la ciudad con el sol del mediodía, cuanto más entre las tinieblas de la noche, ¡y de una noche como aquella!; pero acertando por instinto unas veces y preguntando otras, siempre caminaba con buen rumbo y no perdía terreno en su afanoso andar sobre un empedrado nunca limpio de escombros de las casas contiguas ni de la mtralla homicida de la explosión.

Lo peor era, para el infeliz, la poca fe que le animaba ya en sus exploraciones, con la experiencia de las malogradas; pero como tenía mucha en la misericordia de Dios, a menudo elevaba al cielo los ojos, conductores de las plegarias que salían del fondo de su pecho. Así se confortaba un poco, y así llegó al barrio y a la calle en que estaba su albergue provisional.

No sabía el pobre muchacho si condolerse o alegrarse de llegar a él, porque mientras andaba, eran tan grandes como sus deseos de triunfar en el empeño, los temores de un nuevo desengaño. Pero más que estas vacilaciones de su espíritu, le detenían en su marcha la oscuridad y los estorbos de la calle, y hasta la codicia de oír algo que pudiera convenir a sus fines en el vocingleo desacordado y clamoroso de los corrillos que encontraba al paso, y encontró uno en cada puerta. Toda la vecindad estaba a la intemperie y medio a oscuras, unos por miedo a la soledad del propio domicilio; otros por las ruinas

y quebrantos de los suyos; otros por saber de amigos o deudos que no volvían, y casi todos por el ansia bien justificable de cambiar impresiones tristes y averiguar algo más de lo ocurrido, y de lo que se pronosticaba y se temía para aquella noche. Esto sacó en limpio el angustiado muchacho de lo que pescaba en las conversaciones sorprendidas al pasar, y además, que aquel resplandor que se notaba sobre la línea de edificios de la acera del Sur y era la causa de que no fuera absoluta la oscuridad en la calle, procedía de un gran incendio, del de otra cuyo nombre, citado en las conversaciones, le era desconocido. Pero de lo que le interesaba verdaderamente, de lo único que le llevaba al alma y le poseía de pies a cabeza, ni una palabra. En estas ansiedades, temblándole las piernas y latiéndole el corazón, se acercó al corrillo que obstruía el portal de su posada. Sin despegar los labios miró a todas las mujeres que había en él, una de las cuales era la posadera: ninguna era su madre. Entonces se atrevió a preguntar por ella: si estaba en casa o si había estado poco antes. Conocióle por la voz la buena mujer, que no cerraba boca ponderando estragos y dolores, y corrió a abrazarla, declarando a gritos lastimeros que él era el único huésped de la casa que veía desde la “reventadura” del vapor.

El mísero Pachín, que estaba gastando en aquella prueba las últimas fuerzas que le quedaban en el espíritu y en el cuerpo, no dio con el suyo en las piedras de la calle, porque le reconoció en sus brazos la posadera.

* * *

Proezas de caridad hicieron con él aquellas buenas gentes, que al verle a la luz de una vela que ardía en el portal, donde en seguida le metieron, hasta muerto llegaron a considerarle. No era para menos el aspecto que ofrecía, con las manos y la cara pálidas como la cera, donde no estaban manchadas de sangre o teñidas de negro, como las ropas que le cubrían el cuerpo

desmayado, después de haberse citado allí por alguien que acababa de verlo, casos de heridos o contusos que andando por sus pies hacia la casa de socorro desde el lugar de la catástrofe, habían caído muertos de repente. Mas como en opinión de otro, menos pesimista y charlatán que los demás circunstantes, quedaban en Pachín restos de vida, cada cual subió en volandas a su piso y bajó con el remedio que más se le merecía en un caso como aquél: cabezas de ajo, vinagre fuerte, pencas de romero, vino generoso. De todo ello y de mucho más se hizo uso, rápida e inmediatamente, quitándose *la vez* las afanadas ministrantes (pues lo eran sólo las mujeres, y tantas como los remedios aplicados), hasta que con ellos, o a pesar de ellos, fue volviendo en sí poco a poco el desmayado.

A todos y a cada uno de los presentes miró después con gran fijeza, pero a nadie dijo una palabra; y en el mismo silencio apartaba con las manos los remedios con que le perseguían implacables las caritativas mujeres por las narices, por la boca, por "el dedo del corazón" y por detrás de las orejas, hasta que estimó con el olfato el contenido de una copa que le ponían entre los labios, y sorbió con avidez aquel licor vivificante, que era vino generoso. Sintiéndose más reanimado con él, probó a levantarse del escalón en que estaba sentado; consiguiólo sin dificultad, y se negó a beber más vino que le ofrecía la vecina triunfadora. Se consideraba ya en posesión de las fuerzas que necesitaba para lo que se proponía; habló solamente para preguntar si durante su desmayo se había sabido algo de su madre; dedujo una negativa de las artificiosas respuestas que se le dieron, y se lanzó de nuevo a la calle, sin que advertencias ni ruegos en contrario alcanzaran a detenerle un solo instante.

¿A dónde iba el infeliz? ¿qué planes llevaba en la cabeza? Ni él mismo lo sabía. A buscar a su madre, a saber de su madre donde quiera que hubiera gente, muerta o viva, o se oyieran acentos de lástima o quejidos de dolor; a todos los sitios y lugares, menos a aquellos en que reinaran la alegría y el reposo, si es que algo de esto quedaba a aquellas horas en los ámbitos entenebrecidos de la castigada ciudad.

De pronto reflexionó que estando su madre viva, y sana *ya*, y no habiendo ido *todavía* a buscarle a la posada, era lo natural que anduviera buscándole a aquellas horas en el lugar mismo donde él la había buscado a ella apenas *resucitado*. Y hacia allá se fue sin vacilar.

Andando, andando, por el mismo camino que los dos habían llevado por la tarde al salir de casa, también llegó a verse, como entonces, bien acompañado de transeúntes a medida que ensanchaban las calles que recorría y se acercaba a la desembocadura de la más ancha de todas en el vasto recipiente. Pero entre estos transeúntes y los de la tarde, ¡qué diferencia! Los que llevaban su mismo rumbo, ¡qué desesperados o qué abatidos! Los que con él se cruzaban parecían el cortejo fúnebre de los muertos o mal heridos que encontraba a cada paso, conducidos en camillas por hombres de andar acompañado y solemne. Así llegó al término de su viaje.

Pensaba Pachín que ya había visto el cuadro por la tarde en su aspecto más imponente y amedrentador; pero se convenció, al hallarse de nuevo delante de él, de que estaba equivocado en sus juicios. El incendio de los muelles se había ido nutriendo de la madera de los contiguos; hacia el fondo del Oeste se erguían otros nuevos, cebados en las entrañas de grandes edificios, y el que él había dejado naciente sobre los que cerraban la plaza por el Norte, era ya una lumbre formidable que llevaba devorado un tercio de la hermosa cortina, y extendía sus tentáculos de llamas destructoras sobre todo lo que quedaba enhiesto a sus alcances.

A la luz brillante de estas enormes hogueras, los relieves siniestros de la superficie negra, iluminados en sus perfiles, resultaban más negros y repulsivos todavía, por la brusquedad y fuerza del claroscuro; y como figuras de cuadro fantasmagórico, las personas que discurrían lentamente o maniobraban agrupadas en toda la extensión de la llanura. Como detalle, también nuevo para Pachín, el vecindario de la calle incendiada, llorando otro infortunio más sobre la ruina de sus ajuares arrojados por los balcones o amontonados en el arroyo, y cada



Ruinas de la calle Méndez Núñez.

cual mirando por lo suyo, porque en aquel infiusto día nadie estaba tan libre de desventuras propias, que tuviera tiempo sobrado para atender a las ajenas de tal casta. Donde se contaban por cientos los cadáveres, ¿qué importaban las gentes sin hogar?

Pachín, por mozo, por inteligente y por blando y noble de corazón, aunque inculto aldeano, era un poco artista sin saberlo; y por eso se le impuso y le anonadó el espectáculo, más que por cada uno de sus siniestros componentes, por la terrible grandeza del conjunto de todos ellos. Para un campo cubierto de ruinas, de cieno y de cadáveres, ¿qué luz más propia y adecuada que la de una conflagración como aquélla? Un horror alumbrado por otro horror.⁴⁶

El trabajo del pobre chico iba a ser muy diferente del que

46 Nótese la plasticidad de esa descripción. Como es sabido, una de las cualidades más reconocidas en la prosa perediana es su capacidad pictórica, notable sobre todo en sus descripciones paisajísticas.

allí mismo había hecho por la tarde. No rebuscaría entre los muertos, que ya se sabía de memoria, sino entre los vivos que buscaran algo, como había buscado él. Mas coino los vivos eran muchos y, aun a corta distancia de ellos, por la negrura del suelo y las fantasías de la luz todos aparecían a sus ojos como bullos informes, sin distinguirse los hombres de las mujeres, necesitaba examinarlos muy de cerca, y, para eso, recorrer el campo de extremo a extremo. No le arredró la tarea, y la acometió en seguida sin otras vacilaciones que las que le imponían las dificultades del suelo agravadas por la oscuridad.

Eran ya más las lágrimas que los quejidos en aquel enorme *spoliarium*,⁴⁷ y por eso había ocasiones en que Pachín no oía en su derredor otros rumores que el incesante crepitar de las llamas devoradoras, y alguna voz de los que huían de sus estragos, o de los que empleaban en combatirlos, inútilmente, las escasas fuerzas que les había dejado la tremenda sacudida del otro azote. En estos casos eran mayores las repugnancias y el miedo del pobre aldeanillo, que al dudar si pisaba entre las negruras del suelo “carne cristiana”, soñaba oír hasta el gemido de protesta contra la profanación cometida por sus pies. Sudaba el infeliz en estos trances y procuraba acercarse a la luz mortecina de los farolillos que llevaban algunos grupos y personas dispersas, y lo hacía con el doble fin de saber mejor dónde pisaba y reconocer más fácilmente lo rastreado, si tenía la dicha de dar con ello.

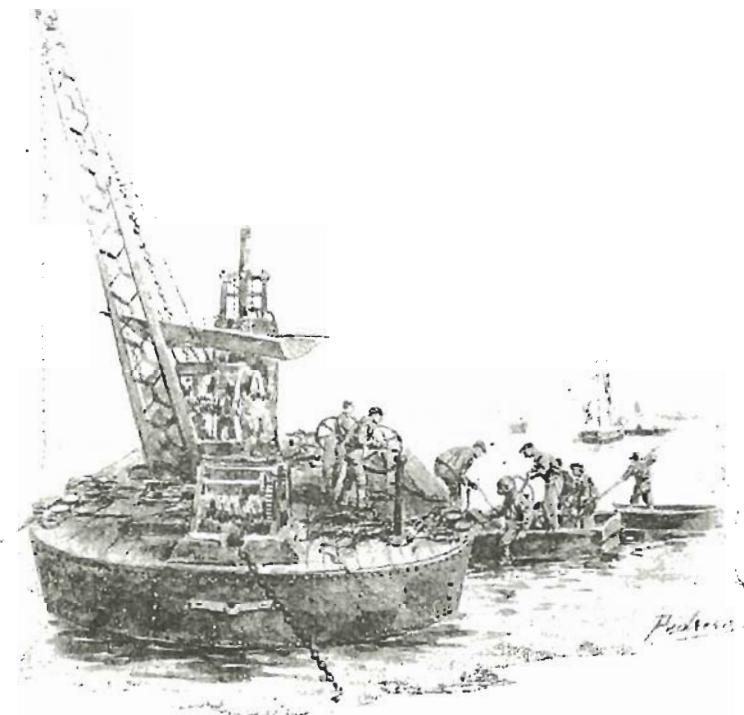
Pero andaba, andaba, palpando casi las personas cuyos pasos seguía, y jamás lograba otros frutos que un desengaño en cada intento. En esta labor dolorosa, prefería las figuras solitarias, por calcular que su madre, desconocida y forastera, no podía andar de otro modo por allí.

Una vez, siguiendo el rumbo de la luz extenuada de uno de los farolillos errantes, verdaderas luces de cementerio, tropezó con dos mujeres. La una llevaba un farol en la mano; la

47 *Spoliarium*: “Lugar inmediato al circo y en el cual se despojaba de sus ropas a los gladiadores muertos en la arena”.

otra en las suyas un jarro con agua, una jofaina y una esponja. La del farol, aunque se envolvía el talle y parte de la cabeza en un espeso manto, le pareció, por la blancura de su tez y el aire de su persona, dama distinguida. A la luz de los incendios más que a la amortiguada del farolillo, vió Pachín que tenía los ojos enrojecidos de llorar y surcadas de lágrimas las mejillas; y aunque se había cerciorado de que ninguna de las dos era la mujer que él andaba buscando, las siguió en su faena y sin estorbarlas, durante un buen rato. Cuando encontraban el cadáver de un hombre, *si tenía cabeza*, la señora arrimaba a ella el farol, y con la esponja empapada en agua que le ofrecía la otra mujer, le quitaba cuidadosamente la tizne de la cara... ¡y adelante con su pesada cruz! porque nunca era el muerto que reconocía, la prenda de su corazón que iba buscando. De todos los dolores que había conocido Pachín hasta entonces en el mismo triste lugar, ninguno le pareció tan hondo, ni le mereció tanto respeto como aquél.

Dejando perderse a la infeliz señora en los misterios de la oscuridad lejana, corrió él hacia los grupos de gente que vio sobre uno de los muelles fronteros al buque sumergido, alumbrados por el resplandor del que estaba quemándose. Tampoco estaba su madre allí, entre las mujeres que seguían con avidez ansiosa los trabajos que se hacían en el agua, trabajos ya conocidos de Pachín, aunque en escala más reducida. Ahora los botes y las lanchas eran más, y más los garfios que se arrojaban al fondo, y más los restos que salían enganchados, sin contar *lo* que se recogía flotando entre maderos, latas y otros mil despojos del desastre, que iba apareciendo arrastrado por la corriente, sin que nadie supiera de dónde venía o dónde había estado hasta entonces. Se alumbraba la escena con hachones de viento, cuya luz iluminaba racimos de cabezas, y se reflejaba trémula en las removidas y turbias aguas. Pachín huyó de allí con el corazón oprimido por una nueva forma de dolor congojoso y asfixiante, y se sumió de nuevo en las sombras de la llanura, a continuar su labor con más bríos que esperanzas.



Grúa con la que se procedió a la extracción de cadáveres y carga.

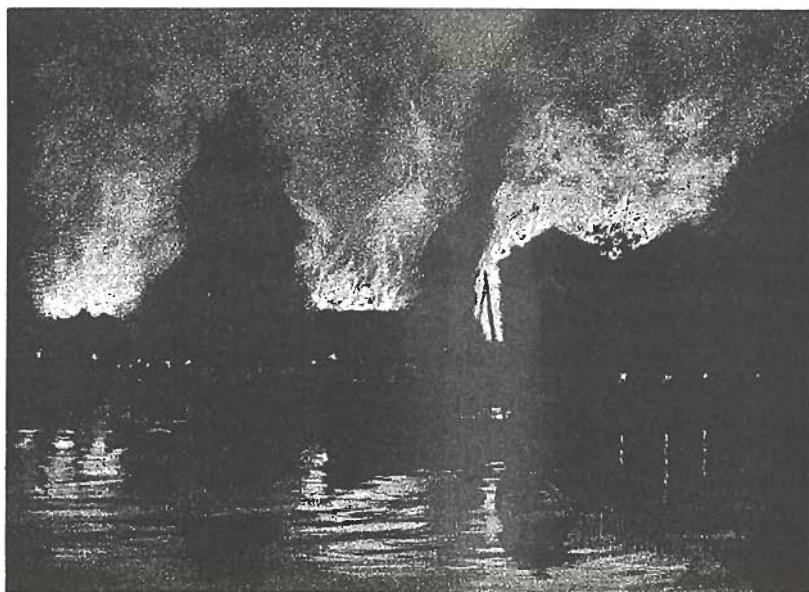
Observó que los grupos con luz eran siempre de hombres solos, hombres encargados de recoger cadáveres y de conducirlos en camillas o amontonados en furgones, al sitio que les estaba destinado. Esto le pareció muy afflictivo, y, sin embargo, seguía a los grupos, aunque sin saber si lo hacía por verse más acompañado en su pavorosa soledad, o por guiarse mejor con la luz de sus faroles, o porque le arrastraba la fascinación de lo tremendo, como arrastra la visión de los abismos.

Explorando así entre vivos y muertos, y devorando, más bien que mirando, con los ojos hechos ya a la oscuridad y a descifrar los engaños en que envolvían a las personas errabundas los resplandores siniestros de las llamas, dio con otro grupo de hombres cuya ocupación era cuanto allí le quedaba que

ver. Aquellos hombres llevaban entre manos unos sacos negros, muy grandes, y en estos sacos iban metiendo los despojos que encontraban desparramados: miembros, entrañas... y hasta la sangre, recogida del suelo con la tierra empapada en ella y por ella santificada ya... Asociósele, con la fuerza y velocidad del rayo, el recuerdo de su madre desaparecida a la visión de aquellas reliquias espantosas, y no pudo más el desdichado: sintió una angustia indefinible entre corrientes de sudor frío que le bañaban el cuerpo, turbósele la vista, y sin fuerzas para sostenerse de pie, cayó desplomado sobre un rímero de escombros.

Cuando volvió en sí, socorrido por aquellos bueños hombres, respondiendo a preguntas que le hicieron les contó su desventura y sus intentos malogrados. Allí, a aquellas horas, había perdido su última esperanza. ¿Qué le quedaba sin explotar? ¿Qué más muertos, qué más heridos ni qué más buscadores de ellos, que los que ya había visto y reconocido él? Dijeronle entonces, acaso para levantarle un poco el espíritu desmayado, que había en el Hospital muchos heridos y muertos de que él no tenía noticia, y ello bastó, en efecto, para que le renacieran los bríos y se creyera capaz de los imposibles. ¿Por dónde se iba al Hospital? Le indicaron dos caminos: el más abreviado y el más largo; pero eligió el segundo, porque el arranque del primero, según se veía desde allí, estaba obstruido por dos incendios que casi cruzaban ya sus llamaradas.

Hasta entonces no se había detenido el pobre muchacho a considerar el incremento que tomaba por instantes aquel nuevo desastre, y la extensión y fuerza que alcanzaba. Por el lado del Norte formaban las llamas una altísima cordillera; y de la anchura que había adquirido su base, de la cual parecían las raíces las enrojecidas lenguas que asomaban por todos los corríos huecos de los edificios que le servían de pasto y golosina, se deducía fácilmente que estaban ardiendo los dos lados de la calle trasera en casi toda su longitud. A su vez, el primer incendio del otro lado, el del Oeste, encrespándose y respingando y nutriéndose sin cesar de las casas en que había hecho



Los incendios en la noche del 3 al 4 de Noviembre.

presa, se esforzaba en dilatarse a diestro y siniestro, pero especialmente hacia el Norte, como si tratara de tomar de aquel otro incendio más pujanza, para llegar de un salto a enlazarse con el que le seguía por el Sur, el cual también se cernía y forcejeaba para salirle al encuentro.⁴⁸

Por misericordia de Dios, las voraces hogueras subían pacíficas y rectas al espacio, en cuyas alturas chisporroteaban sus pavesas entre los remolinos del humo ceniciente acumulado allí en espesos nubarrones. Un soplo de aire que inclinara las llamas hacia el Norte, y desaparecía toda la ciudad en breves horas.^{48 bis} No se concebían en lo humano fuerzas bastantes

48 En la zona contigua al muelle donde se declaró el siniestro había trece calles (Antonio López, Arce Bodega, Castilla, Calderón de la Barea, Méndez Núñez, etc.) que fueron las más afectadas.

48bis Es imposible no aludir aquí al incendio que, bastantes años más tarde, en 1941, había de devastar buena parte de la ciudad de Santander.

para triunfar en una lucha contra enemigos como los de aquel día; día no menos infausto y pavoroso que los evocados por el poeta; aquellos

*“.....días de espanto
en que rezan a solas los ateos.”*

* * *

¿Qué fuerzas sostenían a Pachín para hacerle capaz de tanta resistencia? ¿Quién de los que le veían pasar y adelantarse a todos los que más andaban entre calles, y retroceder de pronto, o desviarse para examinar un corrillo de mujeres, o meter la cabeza por las entreabiertas hojas de la puerta de un tenducho, porque había creido oír una voz que se parecía a la de su madre, podía sospechar siquiera lo que aquella criatura llevaba andado, rebuscado, y padecido en el cuerpo y en el alama, desde las cinco de la tarde?⁴⁹ ¡Oh! si los que pesan y miden por escrupulos la fuerza y la resistencia de determinadas substancias del mundo físico, pudieran estimar del mismo modo lo de que es capaz y resiste el espíritu humano puesto en tensión vibrante por los grandes infortunios de la vida, ¡qué hallazgo para la ciencia y qué sorpresa para los sabios del alambique!⁵⁰ Pues esta fuerza prodigiosa era la que sustentaba a Pachín y ponía en actividad todos sus miembros, y en plena luz su juvenil inteligencia, y le hacía insensible al dolor de sus heridas y a los lamentos de los desdichados como él, y diestro en la oscuridad de la noche entre calles que jamás había pisado, y sutil en la investigación de su camino. ¡Si hubiera podido do-

49 Otra vez la precisión cronométrica. Como se ha dicho, la explosión tuvo lugar a las cinco menos cuarto.

50 Tocan estas frases uno de los temas característicos de la narrativa naturalista: la posibilidad de análisis científico del espíritu humano, problema que se trataba en las novelas de análisis psicológico; Pereda lo intentó, con escasa fortuna, en *La Montálvez* (1888).



Galería de arcos de piedra del Hospital, tal como se describe en el relato.

minar sus impaciencias como su debilidad y sus angustias! Y eso que no iba solo, porque le acompañaban otros muchos peregrinos del dolor. *Allá* iban todos en busca de lo que no habían podido descubrir en otra parte. ¡Lo mismo que él! Y con ellos siguió, calle arriba, calle arriba, como si todos fueran unos, aunque todos eran extraños entre sí. Nada se hablaban, nada se decían; pero casi todos lloraban en silencio, y éste era el lenguaje único inteligible y familiar de aquel pueblo en aquellas horas de infortunios cuya expresión no cabía en ninguna lengua humana.

El portón del Hospital⁵¹ estaba abierto, porque no había un instante en que alguien no entrara o no saliera por él. Pachín entró, adelantándose un buen trecho a los que con él iban; y dejándose guiar por las primeras luces que descubrieron

51 El hospital al que se dirigía Pachín González era el de San Rafael, situado en la calle Alta. Era entonces su director el médico don Juan Pelayo, tío materno de los Menéndez Pelayo. Contaba además con el médico cirujano don Juan Pablo Barbáchano y de suplementario a Enrique Menéndez Pelayo. Tres practicantes, tres enfermeros y quince hermanas de la Caridad componían el resto del personal.

sus ojos al hallarse en una galería de macizos arcos de piedra, tomó por el lado derecho, sin parar mientes en las monjas y otros servidores del piadoso asilo, que pasaban a su lado en afanoso trajín; volvió luego hacia la izquierda, siguiendo los rumbos de la nave; vióse enfrente de la embocadura de una gran escalera; subió por ella, y se encontró en otra galería como la de abajo, pero más abrigada y menos libre de estorbos para recorrerla, porque estaba a medio llenar, y continuaba llenándose, de camas improvisadas tendidas en el suelo. Mientras dudaba si tomar por un lado o por otro, y sin atreverse a preguntar a nadie, o quizás olvidado ya de cómo se preguntaba por lo que no se sabía, oyó rumor de voces y de lamentos hacia la derecha, y por aquel lado se encaminó. A los pocos pasos topó con una puerta que daba ingreso a una habitación colmada de gente. De allí salían los rumores y los ayes. La habitación no era grande; pero sí lujosa, al parecer del aldeanillo, con muchos retratos en las paredes, y un piso tan reluciente y *fino*, que Pachín se resbalaba al andar sobre lo poco de él que estaba desembarazado. Olía allí mucho “a boticas,” y había colchones y mantas en el suelo, y en cada cama de éstas y sobre cada mueble de los arrimados a las paredes, un herido o un moribundo. Junto a los primeros, curándoles las tremendas heridas, médicos con sus blancos mandiles por delante, y la bruñida herramienta o los vendajes entre manos, y practicantes que les ayudaban en la cruenta labor, y las santas siervas de la Caridad que cuidaban de todo y a todo atendían como quienes eran. Junto a un hombre que se moría, un sacerdote arrodillado e inclinado sobre él, casi abrazándole; un sacerdote muy extraño para Pachín, que recordaba haberle visto en idénticas ocupaciones en la casa de socorro: vestía ropaje muy fino de color morado; colgaba de su cuello sobre el pecho un crucifijo de oro, y llevaba un grueso anillo en una de sus manos. Su voz era dulce, como el mirar de sus ojos compasivos, y su palabra, elocuente, persuasiva y amorosa. ¡Qué cosas sabía decir al moribundo, casi llorando de pena! ¡qué valor le infundía y cómo le consolaba! Jamás había visto Pachín un Obispo sino en estampas y

con mitra, báculo y capa pluvial; y por eso no conoció al de su Diócesis en aquel caritativo y humilde sacerdote con vestiduras moradas, de corte igual al de las negras de los otros curas que por allí andaban también, como en la casa de socorro y en el campo mismo de la catástrofe.⁵²

Pero ni entre los que se morían, ni entre los que eran curados por los médicos o esperaban su turno para curarse, ni entre los vivos y sanos que se entretejían con ellos, se hallaba su madre. Supo que estaban colmadas de heridos todas las salas de cirugía del Hospital, y que por eso se había habilitado precipitadamente aquélla, cuyos destinos ordinarios eran bien distintos; y en busca de las otras salas fue, con las señas que le dieron.

El rastro de las improvisadas camas de la galería, algunas ocupadas ya, iba enseñándole el camino a lo largo de ella; otro, de lamentos y quejidos, le guió a un departamento en que había dos grandes mesas de muy extraña forma, y varios aparatos de uso desconocido también para el ignorante aldeanillo, aunque por el sitio en que se hallaban y la vecindad que tenían, y, sobre todo, por “el arte” de unas herramientas que vio relucir en el fondo de un armario cerrado con cristales, presumió que nada de ello debía de ser para “cosa buena”. En cada costado, según se entraba, había una puerta, y cada puerta daba ingreso a un gran salón en que se percibían mucha gente, muchas camas, muchos ayes y mucho olor “a boticas”.

Tomó, al azar, por la derecha y penetró en aquella estancia; pero con más desahogo que en la primera que había visitado, porque no sólo era más grande, sino que las camas estaban armadas y en dos filas, con los testerios a la pared, dejando entre los pies de unas y de otras, un ancho pasadizo para la gente. Por lo demás, el mismo linaje de enfermos, iguales martirios,

52 Bajo el título “El Obispo de Santander”, el periódico católico *La Concordia*, de Madrid (22-11-1896), reprodujo y elogió este fragmento de Pachín González, ponderando el ejemplar comportamiento del prelado, que era entonces don Vicente Santiago Sánchez de Castro.

igual trabajo de los médicos y sus ayudantes, las mismas religiosas asistentes, idénticos moribundos con el cura a la cabecera, el mismo espanto en todas las caras, las mismas lágrimas en muchos ojos, y el mismo afanoso ir y venir de los que no podían subdividirse para estar a la vez en todas partes.

Pachín fue recorriendo cama por cama, detrás de los médicos unas veces, y otras como podía o le era permitido; y sólo cuando llegó a las últimas, supo que no había más que hombres en aquella sala. La destinada a las mujeres era la de enfrente. Salió volando de aquélla, atravesó la de los aparatos y penetró en la que le interesaba más.

Era una exacta reproducción de la de hombres, con el mismo número de camas y de enfermos, e idéntica legión de médicos y asistentes. A Pachín le parecía imposible que habiendo tantas mujeres reunidas allí, víctimas de una misma causa, no fuera una de ellas su madre. Esto le reanimaba mucho las vacilantes ilusiones; pero al mismo tiempo aumentaba enormemente su trabajo. No tenía más campo de investigación que las caras; y la que de ellas no estaba desfigurada por el dolor, lo estaba por las heridas, o por las contusiones, o por el fango negro. Tenía que preguntar a la enferma misma, y casi nunca le respondían, o le respondían con un ¡ay! que le desgarraba el alma. A las más contrahechas de semblante o aletargadas por ardor de la fiebre, les gritaba su propio nombre al oído, para sorprender un indicio en un gesto o en una vibración de aquella vida expirante. Cuando en estas investigaciones no satisfacía sus dudas, preguntaba a las monjas, a los médicos, a cualquiera de los enfermeros, por la procedencia de la enferma, y, al último, por las ropas con que había llegado al Hospital, y corría a examinarlas; y con un desengaño más, volvía a la sala de nuevo a proseguir su dura labor, cada vez menos afortunada y más dificultosa.

Al darla por concluida allí, ¡qué hallazgo, en definitiva, el suyo! En los lugares azotados directamente por la catástrofe, había visto un sinnúmero de heridos y muertos; tantos,

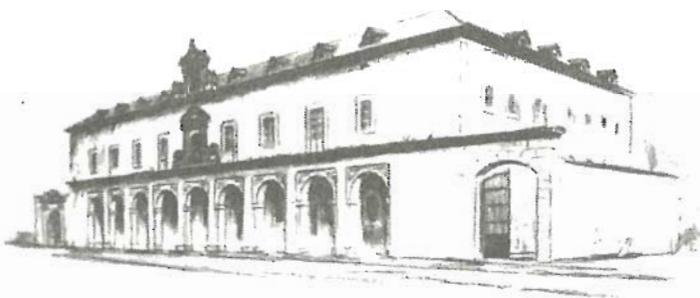
que había llegado a familiarizarse con los horrores amontonados, con la tizne del fango negro y los vestidos en jirones; pero en las camas del Hospital, siguiendo las faenas heroicas de los médicos, había estimado los horrores en toda su desnudez y detalle por detalle, limpios de todo disfraz y destacándose sobre la blancura de las ropas. Le parecía imposible que con aquellos enormes boquetes sanguinolentos, con aquellas desgarraduras espantosas de la carne, con aquellos miembros macerados y brutalmente desprendidos de sus goznes, pudieran vivir los pacientes hasta que, según también sabía ya, fueran operados en la sala contigua y en otras semejantes, a la luz del sol de nuevo día... si era creíble que nacieran días de sol de una noche como aquélla.

Largo rato pasó el sin ventura a pie firme en medio de la estancia, con la cabeza inclinada sobre el pecho, la imaginación perdida en un páramo de desconsuelos, y la memoria atestada de los espectáculos recientes que se renovaban en ella a cada instante con los lamentos que llegaban a sus oídos de todos los rincones del salón. Sintiendo enervarse sus fuerzas y no resignándose fácilmente a darse ya por vencido en su generoso empeño, preguntó si no le quedaba más que ver y que registrar en los departamentos de aquella casa. El preguntado, después de levantar los brazos hasta la cabeza y la vista hacia el techo, le respondió afirmativamente y le dio minuciosas señas del camino que debía seguir.

Con ellas en la memoria y reavivada su energía con el estímulo de una nueva esperanza, salió Pachín de allí; desanduvo todo lo andado al subir, y cuando acabó de bajar la escalera, atravesó el patio interior que tenía enfrente, y después la nave del claustro... Allí estaba, abierta de par en par, la puerta que se le había indicado en los informes.

Cuando puso los pies en el umbral, sintió en la cara la impresión del relente frío de la noche, y tropezaron sus ojos con las espesas columnas de llamas de los incendios de Maliaño, recortadas en sus bases por la línea negra del muro que cerraba por dos lados el espacio del primer término. Se le antojaba que podían alcanzarse con las manos desde allí, a poco que se estiraran los brazos, las guedejas resplandecientes de las cabelleras infernales de aquellas furias destructoras, y tembló de espanto al considerar que podía cernerlas de un momento a otro una veleidad del aire sobre aquel santo asilo colmado de víctimas del otro azote. Rogó a Dios con toda su alma que apartara de allí tan negra desventura, y se dispuso a bajar los cuatro escalones de piedra que le separaban del suelo de aquel extraño recinto, que, por las primeras señales, le pareció un corral abierto, bien poblado de gente y regado de lágrimas.

El corral, patio o lo que fuera, no tenía otra luz que la reflejada de los incendios por encima de las tapias, y, de este modo, acontecía en él lo que en la explanada de los muelles: que con aquellos reflejos indecisos y fantásticos, las sombras adquirían mayor intensidad que la ordinaria, y en los relieves del suelo se multiplicaban los engaños; por lo cual le costaba a Pachín mucho trabajo orientarse en el terreno que dominaba mal con la vista en la penumbra. Al fin se orientó, aunque más le valiera no haberlo conseguido; porque apenas descubrieron sus ojos, hechos ya a la oscuridad, los misterios de aquel cuadro, los apartó de él estremecido y se encontró sin fuerzas para dar un paso más hacia adelante. El recinto era largo y angosto y con el suelo muy inclinado hacia el Sur, es decir, hacia la mar; enfrente de la escalerilla había un cobertizo arrimado al muro que limitaba el patio por aquel lado, paralelo a la fachada del Hospital; en la parte alta, una puerta cochera; en la de abajo, un muro ciego; y entre este muro y la esquina visible del Hospital, un espacio encerrado por una verja. Inmediato al costado de la escalerilla, a la derecha de Pachín, de largo a largo en el suelo del patio y con la cabeza arrimada a la pared



Fachada del Hospital de San Rafael según el proyecto de 1791.
(Dibujo de Enrique Delgado)

del edificio, había un cadáver; más abajo, a dos palmos de él, otro, y luego otro, y otro... y otro; y así hasta donde alcanzaba la vista o lo permitía el estorbo de la gente que hormigueaba entre ellos. Por la puerta cochera entraban entonces un carro de bueyes y un furgón, y aquel furgón y aquel carro venían también cargados de muertos, que algunos hombres vivos iban colocando después, uno a uno, en la línea de la pared, boca arriba, para ser más fácilmente examinados y reconocidos por los buscadores que, como Pachín, llevaban horas y horas rastreando desolados lo que no encontraban en ninguna parte. Con los cadáveres del furgón iban algunos sacos: aquellos sacos negros cuyo destino había espantado poco antes al pobre muchachuelo, el cual volvió a sufrir mayor espanto al ver que, después de conducidos del furgón a la tejavana, se amontonaba en el fondo de ella su contenido sangriento. No podía impresionar mucho la vista de unos muertos más a quien tantos y tantos había visto en pocas horas; ¡pero verlos como Pachín los veía allí!... en aquel estrecho y oscuro callejón, ordenados en hilera y cara arriba, oyéndose el coro de gemidos de la gente que iba manoseándolos y reconociéndolos uno a uno; por lo alto, la luz siniestra de los incendios; abajo, la penumbra misteriosa y tétrica, y enfrente, el antro negro del cobertizo colmándose de

despojos humanos y de sangre: todo esto ofrecía un conjunto de novedad tan patética y horripilante a los ojos del infeliz aldeanillo, que le hizo temblar de miedo y clavó sus pies en el umbral de la puerta.

Le costó mucho, mucho trabajo rehacerse; pero se rehizo al cabo, impulsándole la conciencia de su deber impuesto por las leyes de su corazón de hijo, y descendió con paso firme y resuelto los peldaños de la escalerilla; y tuvo valor, o, por lo menos, fuerza de voluntad, para acercarse a la andanada de muertos, y pasarlos revista uno por uno, y palparlos y removerlos en busca de mejor luz, cuando eran sus mortajas vestiduras de mujer. Pasaba ya la fila de ellos de la esquina del Hospital, y penetraba en el enverjado. Pero en aquel terreno, que era un pedazo de jardín, cambiaba de forma la exposición y aparecían los cadáveres tendidos en los senderos, con los aterciopelados taludes de las canastillas por cabezal. ¡Contraste bien horrendo! La mansión de las flores, que son el adorno y la sonrisa de la Naturaleza, invadida y hollada por los despojos de la muerte en su aspecto más repulsivo y desconsolador.

Pachín notó el contraste a su manera, y a su manera le sintió en el fondo del alma, herida ya en lo más vivo por una alucinación de su vista perturbada. La luz de los incendios, al reverberar en el suelo y en las caras de los cadáveres, contraídas y desfiguradas, fingía en ellas convulsiones y gestos que Pachín descifraba siempre en un mismo sentido. Le parecía que todas aquellas caras terrosas, sepulcrales, mirando al cielo, imploraban algo de él: unas, misericordia; otras, vengaza. Esta obsesión invencible y avasalladora, y el espectáculo afflictivo de los que, más felices... o más desdichados que él, hallaban al fin lo que habían ido a buscar en aquel fúnebre depósito, le olvidaron a abandonarle.

Cuando, bien informado, además, de que nada le quedaba que hacer allí ni en ninguna otra parte de la ciudad por aquella noche, salía del enverjado en dirección a la puerta cochera que acababa de abrirse para dar paso a otros furgones con más

muertos, se fijó en un hombre, muy anciano, que estaba sentado en un poyo y acariciaba la cabeza de un mastín acurrucado junto a él. Le sorprendió el hallazgo; y por entretener el miedo que le hacía temblar, o por un inconsciente impulso de su condición de muchacho, preguntó al hombre lo que deseaba saber; y el hombre, bondadoso y con voz dulce y en la desconcertada sintaxis de todos los campesinos de su tierra,⁵³ después de quitarse de la boca la pipa de barro que chupaba maquinalmente, satisfizo su curiosidad. Era hortelano “de la casa” muchos años hacía,⁵⁴ y el perro, guardián de la huerta por las noches. Estaban allí los dos juntos, para que el mastín no molestara a nadie; y no le tenía solo y amarrado en su garita, porque no ladrrara.

— ¿Y qué que ladrara? — preguntó Pachín.

El buen hombre le miró con gesto admirativo; y extendiendo una mano después y la vista sobre la andanada de cadáveres, le dijo:

— ¡Ladrar... ladrar! ... ¡y eso por delante todo!... Resar, resar mejor es.

— Pero entonces — replicó Pachín lleno de asombro, — ¿hasta cuándo va a estar usted de este arte?

— Hasta que Dios amanesiendo mañana, hijo... o después.

Todo, en aquellas horas tremendas, era extraordinario y grande, como el infortunio que las había engendrado: hasta la piedad de los corazones más sencillos.

* * *

53 Se refiere Pereda a la peculiar sintaxis castellana de los campesinos vascos; unos párrafos más adelante dará una muestra de esa desconcertada sintaxis: “Hasta que Dios amanesiendo mañana, hijo... o después”.

54 El hortelano del Hospital era el tío Pepe, a quien se refirió Enrique Menéndez Pelayo en el cap. XVII de su libro *Memorias de uno a quien no sucedió nada* (vid. las pp. 64-66 y 246-248 de la reciente edición con introducción y notas de Benito Madariaga, Santander, Edic. Estudio, 1983).

En el de Pachín González no quedaba más que una chispa de calor para sostenerle en el incierto andar con que seguía el camino de su posada: la esperanza levísima de encontrar en ella, y aguardándole, a su madre. ¡Pero si esta esperanza le salía fallida también!... Y cuando el pobre pensaba en ello, le abandonaba el vigor artificial sostenido por la tirantez de su espíritu, y se sentía desfallecer, le dolían las heridas de la cabeza, y tenía sed ardorosa, latidos en las sienes y mucho frío en las extremidades... En estas alternativas de vida y muerte, llegó a la posada; y febril, dolorido, desconsolado, se desplomó sobre la cama en cuanto la posadera respondió con un triste movimiento de cabeza a la pregunta que él la hizo con los ojos aco-bardados.

Ni razones, ni súplicas de la buena mujer y de las personas que la acompañaban, lograron sacarle del marasmo en que se hundió. Al verle así, en un estado más alarmante aún que la otra vez en el portal, se pensó en avisar a un médico para que le asistiera; pero ¿quién encontraba entonces un médico libre, cuando todos los de la ciudad no alcanzaban para atender a los grandes apuros de los tristes lugares en que se apilaban los heridos? Con desdichas tan grandes, ¿qué importaba el enfermo venturoso que se moría en su propia cama?... Había que renunciar a este recurso y valerse de los caseros. Y a ellos se acudió inmediatamente. Quieras que no, se le lavótearon las heridas, y se las curaron con menjurges en que abundaban el vino blanco, la ruda y el aceite; se le vendó la cabeza y hasta se le obligó a desnudarse y a que se metiera en la cama, donde le hicieron tragar una buena ración de vino generoso. El pobre muchacho, primero insensible a todo, y después dejándose gobernar como una máquina, ni desplegaba los labios para pronunciar una sílaba, ni apenas abría los ojos. La vida exterior no parecía interesarle lo más mínimo. Así permaneció largo rato. De pronto gritó “¡madre! ¡madre!” llevándose ambas manos a la cabeza, y rompió a llorar amargamente. Lloró mucho el infeliz, y llorando desahogó su pecho de las angustias que se le oprimían.

Cuando acabó de llorar, se le acercó la posadera enjugándose las lágrimas, contagiada por la aflicción de su huésped, para preguntarle si se sentía mejor. Pachín la respondía con una mirada en que se reflejaba más la gratitud que una respuesta afirmativa... Pero el hielo estaba roto, y eso buscaba la noble mujer para ingerirse por allí con otro remedio del orden moral, en el que fiaba mucho para esparcir los nubarones de aquel cerebro enardecido. Había que hablarle, referirle "cosas entretenidas", distraerle, sin salirse del círculo de las ideas que le tenían tan amilanado; porque irse con la conversación por otros caminos más risueños, sería como burlarse de las tristezas del pobre muchacho. Y acomodado a esta pauta fue el relato de la posadera, sentada a la puerta de la alcoba. ¡Cómo y por dónde venían las cosas más negras, Señor de los cielos! ¡Qué descuidada estaba ella cuando!... ¡Jesús, María y José! De pronto creyó que habían reventado las cañerías del gas, porque propiamente parecían los tronidos debajo de los balcones. No quedó un cristal a vida, retembló toda la casa y se resquebrajaron casi todos los tabiques: allí tenía Pachín uno de ellos, bien a la vista, si quería mirar. Pero ¿qué valían todas esas pequeñeces comparadas con lo que había ocurrido en otras casas del barrio, como pudo averiguar en cuanto se echó a la calle para saber lo que pasaba? Techos y tabiques enteros desplomados, escaleras descoyuntadas, y, lo que era peor, heridos a montones por los ladrillos y cascotes de la ruina... ¡Las cañerías del gas! ¡Buenas y gordas! Al descubrirse lo cierto, todo el mundo se asombraba de que hubiera quedado cosa con cosa en la ciudad, ni alma viviente para contarla. Pues en seguida le entró el recelo por la suerte de los que faltaban de su casa: tres personas, sin contar a Pachín y a su madre, pero todas habían ido volviendo, gracias a Dios, y allí presentes estaban entonces, menos la pobre mujer que no había llegado aún, pero que llegaría, ¡vaya si llegaría!: tenía ella, la patrona, buenas razones para afirmarlo... Pero ¡cuánta desgracia, Señor, y de qué pelaje muchísimas de ellas!... porque no había que decir: primeramente,



Ruinas de la calle Calderón de la Barca.

todas las autoridades, desde el señor Gobernador civil, y luego... en fin, que no tenían cuenta los "malogrados". Esta era la cara 'propriamente mala' del asunto. La otra, no la buena, porque buena no la tenía desde ninguna parte que se mirase, ya era algo distinta. Quedaban los desaparecidos; los que habían sido amparados de repente, al ser barridos por el huracán, en esta tienda y en la de más allá, en esta casa o en la otra. Pues todos habían de parecer a su hora; pero ¿quién sabía el cómo y el cuándo de tantas cosas raras como habían de suceder?... Por lo pronto, en cuanto amaneciera Dios, saldrían a la calle todos los papeles públicos atestados de noticias, bebidas en buenas fuentes; y en esas noticias habría para todos los gustos y para todas las necesidades de muchísimos desconsolados como Pachín. Con que no había que amilanarse por completo, ni perder la confianza en la misericordia de Dios...

Lo cierto fue que con el relato y los comentos de la posadera, reforzados con la aquiescencia bien declarada de los cir-

cunstantes, Pachín fue pasando poco a poco del marasmo a la atención y de la atención al interés, hasta acabar por reanimarse y por tomar el alimento sólido y confortativo que le ofreció la patrona y que hasta entonces se había obstinado en rechazar. Con esto, y el cansancio de unas faenas tan extraordinarias como las suyas y las necesidades imperiosas de su naturaleza juvenil, llegó a dormirse profundamente; y cuando de ello se convenció la posadera, apagó la luz de la alcoba y se alejó de allí, de puntillas, como todos sus acompañantes.

* * *

El sueño le agarró de tal manera, que no le soltó hasta la madrugada. Pero ¡bien caro le pagó entonces el infeliz! Es un hecho comprobado por la experiencia de muchas gentes, que cada hombre tiene designado por el mismo Lucifer un diablejo que se encarga de recogerle, en el momento en que se queda dormido, todos los pensamientos tristes que vagan por su cerebro, y de ponérselos delante de los ojos y a través de un cristal de aumento, en cuanto se despierta. Un diablejo de esa casta fue quien martirizó a Pachín, al despertarse, arrebatándole de pronto las plácidas visiones de su sueño, y poniéndole á la vista el cuadro de su negra realidad.

Jamás había tenido un sueño como aquél. Se había visto dichoso, completamente dichoso; y no porque se hubieran realizado sus ambiciones de gran señor, ni porque tuviera ya los billetes de Banco y el oro de las Indias a carretadas: al contrario, la dicha la había encontrado en el rincón de su aldea.⁵⁵ ¡Pero qué rincón aquél! ¡qué praderas, qué ganados! ¡qué frutos los de sus heredades! ¡qué montes tan espesos, y qué música la de su ramaje verde! Y la casa, dentro del cercado que parecía un jardín por la abundancia, la variedad y el esmero en el

cultivo, tan abrigadita del vendaval y con la solana al Mediodía; la parra, que nacía arrimada a un esquinial, formando un arco, amarrada a los *tornos* del balcón; las cuadras, con hermosas pesebreras debajo del pajar henchido de heno fragante, al costado, y dentro de la casa, la abundancia de todo lo indispensable para la vida de familia; el trabajo de la tierra fecunda, placentero, libre y a la luz del sol; la conciencia tranquila, y el descanso, como la conciencia; el corazón sin odios; y en el más estimado rinconcito de él, un cierto cosquilleo vivificante, que tentaba a levantar y ennoblecer el espíritu y despertaba en la imaginación recuerdos de ojos azules, de sonrisas plácidas, de promesas cambiadas con palabras trémulas y miradas cobardes; cuadros, en fin, de una nueva vida de amor y paz y bienandanza... ¡Y su madre!... el alma de todo, el calor, el ejemplo, el ambiente sano, la luz y la sabiduría de la casa. ¡Cómo le quería y miraba por él y le aconsejaba! ¡Y qué vanidad tan lícita la suya al considerarse merecedor de una madre como aquélla!... En suma, que Pachín había dado con el idilio de la vida y adivinado el argumento de un paisaje de abanico.⁵⁶ Pues hallándose en el goce de lo más delicioso de él, fue cuando el diablejo, su enemigo, le apagó las luces de la fantasía y le puso delante de los ojos el cuadro de sus desdichas verdaderas. Gimió, lloró mucho entonces, unas veces en el mayor desconsuelo, otras veces desesperado. Clamó a gritos por su madre, y rezó fervorosamente por ella, y pidió a Dios... todo lo que más necesitaba: a su madre, o fuerzas para resignarse a perderla de aquel modo.

No quiso desayunarse ni que le curaran las heridas, pero sí levantarse de la cama: esto lo quiso con grande y reiterado empeño, contra el parecer y los consejos de la posadera y cuantos con ella habían acudido a consolarle. Quería levantarse pa-

56 Es éste un párrafo notable, en relación con la concepción *ídilica* de la vida aldeana que suele aparecer en los relatos peredianos. Parece como si el autor, al calificar su descripción como “paisaje de abanico” ironizase sobre ese idealismo que tantas veces le censuraron.

ra lanzarse de nuevo a la calle y registrar toda la ciudad, casa por casa y piedra por piedra. Pero el trabajo de la víspera y los sufrimientos morales habían acabado con sus bríos, y se sintió clavado en el lecho por la extrema debilidad.

En estas peleas y arrechuchos, entró el comensal de marras: venía pálido y descompuesto de faz. Le acosaron a preguntas y refirió lo que había visto. Había salido muy temprano, porque había dormido mal, y la curiosidad le arrastraba fuera de casa. Las calles, a la luz del sol naciente, le habían parecido más tristes que al anochecer de la víspera; las gentes más abatidas y desencajadas; los estragos más notorios, y el aspecto, en general, de la población, más patético y afflictivo. Los incendios continuaban, pero aislados y en camino de acabarse por falta de cebo y no haber querido Dios que los empujara el viento hacia donde le había muy abundante. Tentado del diablo y de un mal consejo, había ido al Hospital. ¡Nunca allá fuera! Entró sin dificultades, como entraba mucha, muchísima gente, y no toda en son de paz y con el respeto que debía. Por



Aspecto del incendio con la intervención activa y abnegada de los bomberos

subir la escalera, comenzó a arrepentirse de haberla subido y tuvo tentaciones de volverse a la calle. Pero la curiosidad, ¡la pícara curiosidad!... Estaba la galería por donde andaba, llena de colchones en el suelo, y yacía en cada colchón un herido; ¡pero qué heridos! ¡qué caras tan monstruosas, tan negras, cuando no eran amarillas como la cera de las sepulturas! Y sobre todo, ¡qué alaridos los de aquellos desdichados y otros tales que se oían de más lejos! Según noticias, así estaban desde la madrugada, desde que “se les habían enfriado las heridas” curadas por la noche. Le temblaban las piernas y se le turbaba la vista, pero le arrastraba la fascinación del horror mismo, y ¡adelante, adelante, adelante!... Así llegó hasta una embocadura, a cuya puerta, mal cerrada, se quedó como clavado por los pies. Lo que vio por los resquicios le hizo dar diente con diente: unas mesas muy raras; sobre las mesas, cuerpos desnudos de pies a cabeza, y en aquellos cuerpos, insensibles por el cloroformo, mutilados, chamuscados, desgarrados por la metralla del vapor, un enjambre de médicos con los mandiles manchados de sangre, y grandes y relucientes cuchillos, o forrones o sierras en las manos, cortando miembros destrozados, o extrayendo costillas machacadas, o mondando, desbrozando boquetes horrorosos, obstruidos por piltrafas sanguinolentas; irrigando los cortes en carne viva con chorros incesantes de un agua que olía muy mal, y luego mantas y más mantas de esponjados algodones y vendajes sobre lo operado; y por fin, entre brazos de enfermeros el herido, a otra sala contigua; y otro enfermo de ella, o de otra igual, a sustituirle en la mesa de operaciones; y cada cual de los heridos no operados aún, pidiendo a gritos desgarradores la merced de la sierra o del cuchillo cuanto antes. Sudaba de congoja el pobre hombre, y, sin embargo, no podía apartarse de allí: al contrario, iba insensiblemente y poco a poco penetrando en la sala, y no sabía qué le fascinaba más, si el horror de los tormentos y de la sangre, o el valor, el trabajo heroico e inmensamente caritativo de aquellos incansables y diestros cirujanos. Al fin llegó a sentir su cerebro, su corazón, todo su organismo, saturado, ebrio de aquel con-

junto de cosas espantables, y huyó en busca de otro ambiente y de otros espectáculos.

Corrió, más que anduvo, por las galerías en demanda del aire libre de la calle, y le invitaron a ver el patio exterior, lleno ya, materialmente, de muertos; pero esta invitación, lejos de seducirle, le hizo apretar el paso y buscar con dobladas ansias la salida del Hospital... De un tirón había llegado a casa por el camino más corto, y sin poder quitarse de entre cejas la visión de tan grandes lástimas y de tanta carnicería...

* * *

Con el fin de este relato coincidió la llegada de un periódico recién salido de la imprenta.⁵⁷ Al verle Pachín en manos de la posadera, la pidió por caridad de Dios que le dejara enterarse de él con sus propios ojos. No se fiaba de nadie. Complaciósele de buena gana, y se engolfó con avidez febril en aquel mar de letras de molde. Comenzaba por la historia del suceso, con declamaciones y comentarios que, por entonces, no importaban á Pachín cosa mayor. Después iban listas inmensas de nombres, nombres de muertos conocidos y comprobados; de heridos muy graves que pronto morirían, y de otros más leves, y de desaparecidos ... Pues todas estas listas leyó Pachín, nombre por nombre y en voz alta, sin topar con el que buscaba el inocente de Dios. Luego venían en montones los anónimos, y en seguida el resumen de cada serie, en números, hasta la hora en que se imprimía... Sumaban más de doscientos los cadáveres recogidos en el campo de la catástrofe y en las calles de la población; más de otros tantos los heridos muy graves, y muchísimos más los relativamente leves, los que habían sido curados en establecimientos y casas particulares y los que se

57 Se refiere Pereda a la prensa local, preferentemente *La Atalaya* y *El Atlántico* que esos días recogieron con detalle los pormenores de la catástrofe de forma muy parecida a como se relata en el cuento.

suponían existentes de esta clase; por último, los desaparecidos, que no eran pocos, y que, a aquellas horas, podían sumarse con los muertos. Después, una enumeración de los efectos del estampido en la ciudad: casas ruinosas, inhabitables en absoluto; otras con grandes quebrantos en el interior; la Catedral, cuya mole había librado a la ciudad de muchas desgracias, ametrallada materialmente por el costado del Sur; el tejado, hundido por la cumbre; en el jardín de su claustro, a montones las vigas de hierro engarabitadas, y las madejas enmarañadas de cables metálicos, y los clavos de herradura y los cartuchos vacíos;⁵⁸ en tal casa de tal calle, un casco de la caldera del vapor sobre la alfombra de un gabinete; en el balcón de tal otra, un bastidor de un camarote; y así hasta el infinito. Luego, muestras del alcance increíble, de la fuerza expansiva del volcán diabólico: por ejemplo, un bloque de hierro fundido, de más de seis quintales de peso, que había matado a una mujer en el camino de Corbán, es decir, a tres kilómetros del sitio de la explosión. Otros ejemplos de los extraños efectos de ella: cadáveres sin la más mínima lesión aparente; otro, descalzo de un pie y con el correspondiente botito al lado; otro, de una señora, con el abrigo, que llevaba puesto, intacto, y arrancada una manga del vestido que tenía debajo de él; niños desaparecidos de los brazos de sus zagalas ilesas, y al revés; sobre el tejado de un almacén de los contornos de la explanada y sin un solo rasguño ni la contusión más leve, un jovenzuelo que había estado viendo el incendio muy cerca del vapor; en la mesa del comedor de un *hotel*⁵⁹ frontero al muelle del desastre y ocupada por varios huéspedes, la caída del busto mutilado de un hombre, colado como un proyectil por la vidriera inmediata... Por último, un aviso de la Alcaldía en el que se suplicaba a los propietarios que hicieran reconocer los tejados de sus casas, y si

58 La descripción está basada en el hecho real de los desperfectos ocasionados en el tejado y en el claustro. Un trozo de hierro atravesó también el tejado de la nueva biblioteca de Menéndez Pelayo.

59 Se refiere al Hotel Continental.

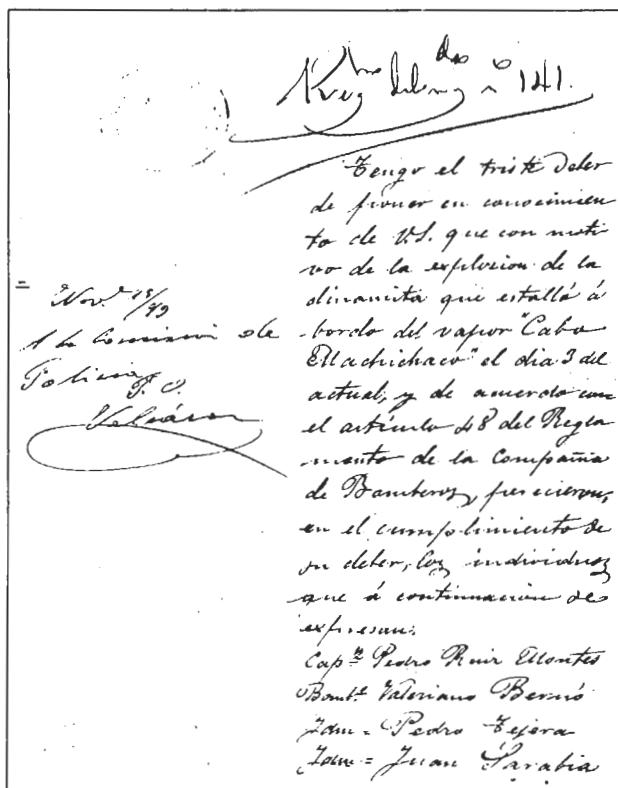
encontraban en ellos *restos humanos*, los recogieran cuidadosamente para darles cristiana sepultura... ¿Qué más ya?

¿Había entre los allí presentes, ni entre los vivos de la ciudad ni del mundo entero, quien tuviera noticia de cosas semejantes sucedidas, ni siquiera soñadas? Ni en duda puso Pachín este sentido apóstrofe de la posadera... ¡A buena parte iba con el quejido la buena mujer! ... ¡a Pachín, que había visto con sus propios ojos casi todo lo que se puntualizaba en el periódico! Pero no era ese el caso ya para él, que no podía evitar tanta desgracia, sino ver el modo de remediar la suya, si cabía en lo humano, o, cuando menos, intentarlo con nuevas investigaciones.

Se hablaba en el papel de gentes recogidas en establecimientos y casas particulares... Por aquí se podía rastrear, y mucho, siquiera en las vecindades del abominado sitio, porque no era creíble que su madre hubiera sido impulsada con vida más al centro... Pero ... Y se retorcía el infeliz en la cama, haciendo pruebas inútiles para levantarse. No sólo la debilidad, los dolores de sus coyunturas, el quebranto de todo el cuerpo, le tenían amarrado, adherido a aquel potro de insufribles tormentos morales. Volvió a llorar desesperado y a rezar, pidiendo a Dios que le diera las fuerzas que necesitaba para moverse de allí, para salir a la calle y recorrer la población casa por casa: esta merced siquiera, ya que no le considerara digno de la fortuna de hallar a su madre viva, al fin de sus investigaciones. Con lo que hizo llorar de nuevo a la posadera y commoverse al comensal, que prometió al afligido muchacho echarse a la calle en seguida y hacer sus veces en el empeño que a él le estaba vedado. Y como lo dijo lo cumplió.

* * *

Pasó tiempo, casi toda la mañana, sin que el comensal volviera, ni llegaran a la posada otras noticias que las que andaban



Oficio dirigido al Ilmo. Sr. Alcalde con la relación de los
bomberos muertos en acto de servicio.

en todas las lenguas y por todas partes; y Pachín, pensando que el adquirir fuerzas para levantarse pronto dependía de engullir mucho, no cesó de bregar contra la obstinada inapetencia que se lo impedía. A la hora de comer, bien corrida ya, volvió el comensal, desmadejado y sudoroso, pero no desalentado al parecer. Nada traía de lo que había ido a buscar; pero aseguraba haber dado con un rastro que le prometía algo bueno. Si Pachín creyó o no creyó aquel embuste caritativo, nadie se lo conoció; pero lo cierto fue que el excelente sujeto se volvió a la

calle sin deglutar el último bocado, dejando la posada llena de noticias que había adquirido en su excursión: que venían legiones de hombres con potentes aparatos contra incendios, de varios puntos de la provincia, y todos los bomberos de Bilbao, y el Ministerio de la Gobernación con una falange de altos funcionarios, de Madrid, y un batallón de ingenieros, de Logroño. Porque toda España se había estremecido de espanto al conocer la extensión de la catástrofe, y de todas partes llegaban generosas demostraciones de ello.⁶⁰

Con el commento de estas noticias y la adquisición de otras por el estilo, fue pasándose la tarde y entreteniendo Pachín sus impaciencias; porque, a todo esto, el comensal no volvía... Hasta que empezó a anochecer; y cansado de llorar, de sufrir y aun de impacientarse, en un breve rato en que se quedó solo en la alcoba y casi a oscuras, le acometió el sueño; pero tan a traición y de repente, que no tuvo tiempo el diablejo, su espía, de recogerle los malos pensamientos, y se le quedaron todos en la cabeza. También soñó con su pueblo entonces; pero ¡de qué ditinta manera que la otra vez! Toda la comarca era un erial ingrato: ni el sol se dignaba alumbrarla dos veces al mes, y se sentía frío en ella hasta en agosto. El se descoyuntaba el cuerpo trabajando, ¡y nada! Sembraba, y lo sembrado no nacía; el suelo resquebrajado de sus praderas, sólo daba escajos y zarzas miserables; la casuca se le desmoronaba a ojos vistas; el hambre y la ruinera acababan con sus ganados, y se veía con el último vestido que había podido adquirir, hecho jirones y mugriente por el uso, y además solo, ¡solo de toda soledad! Porque su madre había muerto también. Subiendo a lo alto del monte para *hacer* una carga de leña de la única que se conservaba en todo él, pero raquítica y chamuscada, como que procedía del incendio que devoró los robledales que allí hubo, había rodado por los peñascos de una quebrada, sin que apenas hubiera ha-

60 En efecto, tal como puede corroborarse por la prensa de esos días, hubo todo un movimiento de solidaridad de las provincias españolas para socorrer a la ciudad.

llado él quien, por caridad, le ayudara a sacar del fondo de la barranca el destrozado cadáver. Todavía estaba viéndole metido en un ataúd sin tapadera, porque era el de los pobres de solemnidad, con cuatro varales y cuatro patas: los unos para ser cargado en hombros de cuatro hermanos de la *Vera Cruz*,⁶¹ las otras para mantenerle en alto junto a la sepultura y volcar en ella fácilmente el cuerpo, sin tocarle con las manos. Se había vuelto hacia casa, después de rezar el responso entonado por el cura sobre la fosa rociada con agua bendita al mismo tiempo, y aún seguía andando, andando; pero cuanto más andaba, menos adelantaba en el camino. Había pasado así toda la mañana y casi toda la tarde; y ya se había puesto el sol debajo de la espesa capa de nubes cenicientas, y se veía venir la noche; y unos perros, extenuados de hambre, que habían salido a ladrarle de las corraladas por donde había ido pasando, no cesaban de ladrar ni de perseguirle; y él andaba y andaba, moviendo a un lado y a otro un palo que llevaba en la mano apoyada sobre la cadera, y empezaba a tener miedo. Porque la noche venía; y al latir lastimero de los canes se iban agregando voces humanas, que no sabía él si eran para apaciguarlos o para azuzarlos más. Por último, anocheció de todo, y a los ladridos y á las voces se juntó un manoseo que sentía sobre el pecho y sobre la cara, sin poder averiguar quién o qué cosa se le producía; porque la noche era negra, negra como él no había conocido otra, y no veía en torno suyo más que la negrura impenetrable, maciza, de la oscuridad. El manoseo del pecho llegó a quitarle la respiración, al mismo tiempo que le taladraban los oídos, no ya el ladrar de los perros, sino unos gritos y llamadas que no acertaba a definir; y como la angustia, el ahogo de su pecho, seguía apretándole, hizo un esfuerzo de respiración en que puso todo lo que le quedaba de vida ... y triunfó en el empeño. Rotas aquellas opresoras ligaduras, hasta se disiparon las tinieblas y cesaron los aullidos de los perros ... y vio, vio delante de sus

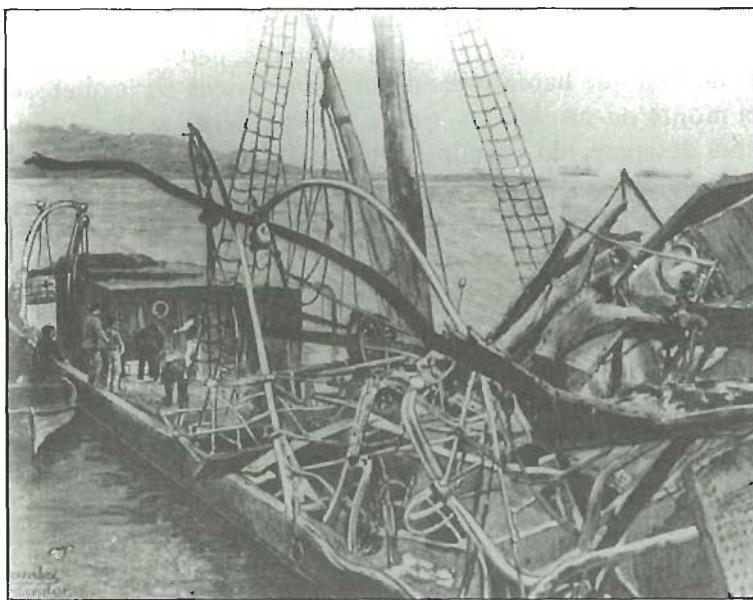
61 Cofradía religiosa encargada, como dice Pereda, de enterrar a los muertos, pobres de solemnidad.

ojos, comiéndole a besos y estrechándole entre sus brazos, ¡oh prodigo y caridad de Dios! ... a su madre; pero a su madre viva: no a la que había rodado por los peñascos de la quebrada del monte de sus delirios, sino a su verdadera madre; a la que había desaparecido cuando la voladura del vapor y buscado él por todas partes, llorándola ya por muerta. Y vio más todavía: vio, a la derecha de su madre, a la posadera, y a la izquierda, al comensal, ambos con los ojos encharcados de lágrimas, fijos en él... por más señas, que la posadera tenía en la mano una palomaria con una vela encendida, a cuya luz, que hasta le deslumbraba, veía Pachín la escena como al sol del mediodía, y distinguía claramente a las personas que formaban parte de ella en la penumbra del segundo término. No cabía la menor duda: aquello no era continuación de su sueño desconsolador y fatigoso, sino la realidad patente. Pachín estaba despierto, y su madre, viva, junto a él. Pensó volverse loco de alegría, como ya lo había estado dos o tres veces de pesadumbre. De un brinco se sentó en la cama y se colgó del cuello de su madre que seguía devorándole a besos e inundándole de lágrimas ... ¡Fueran los químicos del sentimiento a averiguar cuál de los dos corazones ponía mayor cantidad de fibras en aquel abrazo sublime!

* * *

No fueron largas ni minuciosas las explicaciones de la madre cuando llegó el momento de darlas, ni podían ser de otro modo. Sabía muy poco de lo que le había pasado; y eso, por referencias hechas cuando ya no había en ella otro pensamiento ni otras ansias que el saber de la suerte de su hijo. Por lo visto, había sido encontrada debajo de unos maderos,⁶² a la vera

62 En las proximidades del lugar del siniestro había maderas apiladas, de los almacenistas Manuel Casanueva, Leopoldo Pardo y Sorensen y Yaeklin, que tenían su sede en Maliaño. Precisamente encima de una de estas estibas apareció el cadáver del marqués de Casa Pombo.



El alcázar del "Cabo Machichaco" según "La Ilustración".

de un portal, por unas almas caritativas que la subieron sin conocimiento a su casa. De tal arte estuvo hasta cerca de la media noche, hora en que empezó a volver en sí. El verdadero y cabal conocimiento no lo había adquirido hasta las dos de aquella tarde. Entonces fue cuando la enteraron de todo lo del vapor y del modo que había sido hallada y recogida ella; pero como no la daban noticias de su hijo cuando preguntó por él, ya no vio ni oyó nada de lo que a su lado pasaba o se decía, ni pensó en otra cosa que en saltar de la cama para echarse a la calle cuanto antes en busca del pedazo de su corazón. No tenía otro mal que una pesadez muy grande en la cabeza y unos cuantos golpes en el cuerpo, que no le habían hecho sangre ni levantado el menor bulto, pero que le dolían algo... Pues todo se le quitó, como por milagro de la Virgen, tan pronto como se empeñó en que se le quitara con unos sorbos de caldo y la necesidad que tenía de hallarse buena y fuerte. Y tan animosa se vio

de pronto y tan firme y atrevida, que ni siquiera quiso aceptar la compañía que le ofrecieron, por lo que pudiera acontecerla en sus exploraciones: demasiado habían hecho ya aquellas caritativas gentes. Se lanzó a la calle como desatinada y loca; y al verse en ella, se la ocurrió que, ante todo, debía volver a la posada, donde quizás estuviera Pachín llorándola por muerta. Anduvo, anduvo hacia allá, y a medio camino alcanzó a aquel buen hombre (el comensal), que se alborotó de alegría al conocerla, y la impuso de lo que más la interesaba saber. Alabó a Dios con toda su alma agradecida... y allí estaba, un poco menos boyante que la víspera y más baja de color; pero con la salud sin quebranto serio... y hasta con su paraguas y todo, pues abrazada a él había sido encontrada bajo la pila de maderos, según después se la dijo.

— Y ahora, hijo mío de mi alma —añadió, volviendo a besarle con ansias de frenesí,— ahora que sabes de esto más de lo que hace falta, cuenta, cuenta tú de lo tuyo, que es lo que importa y viene al caso.

Quería Pachín dejarlo “para luego”, porque la historia era larga y su madre necesitaba, ante todo, alimentarse y descansar; pero pensaba ella de muy distinto modo: insistió en su empeño; se acomodó en una silla que la posadera le arrimó a la cama; sentáronse también, aunque a prudente distancia, aquella buena mujer y el comensal y cuantas personas estaban allí presentes, y no tuvo Pachín más remedio que ponerse a contar su terrible *Odissea*.

Como tenía el corazón bien repleto del asunto, la boca del narrador le fue pintando de tal arte, que a los fascinados oyentes les parecía estar viéndole estampado en un papel; y tan á lo vivo resaltaban los horrores del cuadro y las angustias del pintor, que al andar éste por la mitad escasa de su tarea, le pidió su madre, por caridad de Dios, que hiciera punto en lo ya dicho y dejara lo restante para otra vez.

— Razón tenías, hijo de mi alma —añadióle—, en resistirte

a contármelo ahora. Están las llagas demasiado frescas todavía para poder tocarlas sin que sangren.

Y con el evidente propósito de llevar sus imaginaciones a otra parte menos triste, le dijo en seguida:

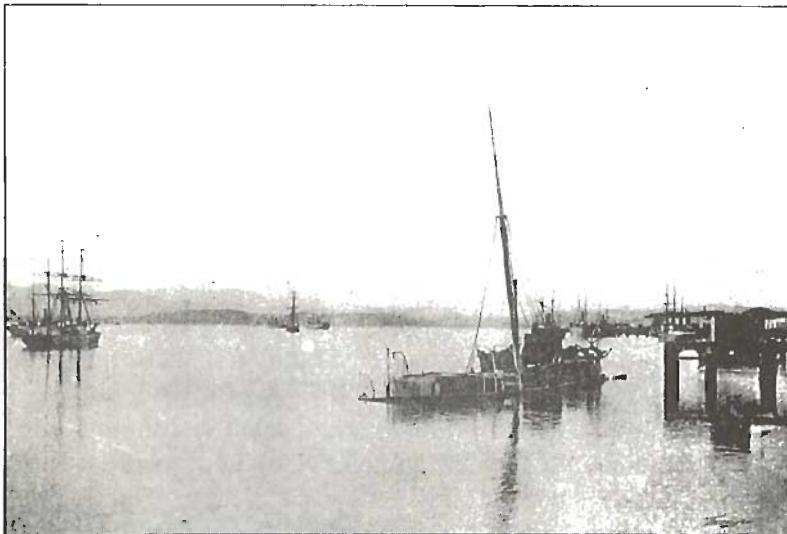
— A más de que hay que hacer de tripas corazón y ponerse cada cual en su deber. Lo que no tiene de por sí remedio, no lo han de remediar fuerzas humanas; y cuando el Señor de los cielos te libró de mal tan grande, será porque te guarda para mejor suerte por otros caminos. ¿No te lo paece a ti también? Y si no, dime: ¿a cuántos estás, a la hora presente, de tu negocio? ¿A que no has pensado siquiera que se puede haber largado el otro barco sin acordarse del santo de tu nombre?

— ¡El otro barco! — exclamó Pachín, llevándose ambas manos a los ojos, espantado de la idea despertada en su cerebro por las preguntas de su madre,— ¿el que había de llevarme a mí por esos mares, días y días, lejos, ¡muy lejos! en busca de... no sé qué?.

— El mismo, hijo mío, el mismo.

— Pues hágase cuenta, madre, que, para mí, todos esos particulares, ya, como las nubes de antaño. Desde ayer acá, soy muy otro de lo que fui en el ver y en el pensar de ciertas cosas...⁶³ Aquello, ¡ay, madre de mi alma!... yo no sé explicarlo bien; pero, aunque torpe de entendederas, paécheme a mí que es a modo de libro abierto que tiene mucho que leer y no poco que rumiar. De algo de ello viví yo loco por tentaciones de Satanás, y así y con todo no pagué mi culpa donde tantos inocentes perecieron ayer. ¿Qué mayor suerte? ¿Qué mayor aviso, madre? Y si no lo fuere, yo por tal le tengo y a él me agarro... y al pobre rinconuco del nuestro lugar quiero volverme antes con antes, a trabajar para usté... para los dos, majando terro-

63 Estas palabras de Pachín parecen un eco de las de Don Quijote al final de su vida: “Señores, vámónos poco a poco, pues en los nidos de antaño no hay pájaros hogao. Yo fui loco y ya soy cuerdo: fui Don Quijote de la Mancha y soy ahora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno” (Quijote, parte II, cap. LXXIV).



El Cabo Machichaco a pique después de la explosión.

nes como los majó mi padre, que, trabajando así, honrado vivió y en santa paz entregó a Dios el alma... Y, en suma y finiquito, ¿qué mejor caudal, madre? El trabajo que honra y da la paz, ¡bendito sea él!... pero la cubicia tirana, el hambre del dinero que con todas entra, porque nunca se ve harta, ¡maldita sea de Dios como la peste más dañosa!⁶⁴

* * *

Al otro día, o al siguiente, porque no están acordes los datos acerca de este insignificante particular, la madre y el hijo emprendieron el viaje de vuelta a su aldea, hablando poco y

64 Estas palabras de Pachín constituyen la argumentación y explicación de la tesis de la novelita.

meditando mucho, según iban adelantando en el camino. Pa-chín, sobre todo, que había visto y sufrido más que su madre, no podía apartar su discurso del cuadro que llevaba estampado a fuego en la memoria, ni cesar un instante en el empeño de reconstruirle, de componerle y de completarle en su fantasía con los elementos adquiridos fuera del alcance de su propia observación. Así, a larga distancia, con el espíritu en reposo y a la serena luz de sus recuerdos, llegó a verle en toda la magnitud de su conjunto de horrores, sobre los cuales se cernían los espectros del dolor, de la orfandad y de la miseria, como una bandada de buitres sobre un campo de batalla; y al estremecerse entonces de espanto, no podía sospechar el noble y rudo aldeanillo que aún faltaban nuevos renglones en la columna negra de aquella cuenta terrible; que el monstruo, aunque sepultado, respiraba todavía, y que, como el de la fábula bajo el peso de su monte, había de vomitar nuevas desventuras sobre la infortunada ciudad, al agitarse en el fondo de su tumba con las últimas convulsiones de la agonía.⁶⁵

Santander, diciembre 1895.

65 Este párrafo final alude a la segunda explosión del “Machichaco”, sobre la que Pérez Galdós publicó también un artículo en el diario *La Prensa* de Buenos Aires el 29 de abril de 1984. (Shoemaker, *op. cit.*, pp. 526-532).



Este libro se termino de imprimir
el 15 de enero de 1985
en América Grafiprint,
Santander.

Es Pachín González un corto relato, a modo de novela-reportaje, en el que Pereda mezcla en un mismo plano la ficción con el hecho histórico de la trágica explosión en Santander del vapor *Cabo Machichaco*.

El tema central de la obra, publicada en 1896 y considerada como *documento histórico* por algunos críticos, refiere la búsqueda angustiosa por parte de un niño de su madre desaparecida en la catástrofe. Pese a su brevedad, fue, al decir de su autor, uno de los libros que más lectores conquistó en menos tiempo. Pachín González supuso también la despedida literaria del escritor de Polanco, quien en la carta prólogo enviada a Victoriano Suárez en 1905 le comunicaba, tristemente, que era el último libro que daba a luz *su moribundo amigo*.

Delegación de Cultura.
Excmo. Ayuntamiento de Santander.



colección Puertochico